

¿POR QUÉ LLORAS? ¿A QUIÉN BUSCAS?
MEDITACIÓN CRISTIANA EN EL DUELO

Obsequio de:
GRUPO ASV
SERVICIOS FUNERARIOS

Fotos cedidas por: Archivo de la Delegación de Medios de Comunicación de la Diócesis de Orihuela-Alicante y por el fotógrafo Francisco Morcuende.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2010 D. Juan Miguel Castelló Sánchez.

Editado por:

© ASV FUNESER, S.L.

Web: www.grupoasv.com

Con licencia eclesiástica. Francisco Conesa Ferrer, Vicario General del Obispado de Orihuela - Alicante. 9 de junio de 2009.

Depósito legal: A - 886 - 2010

ISBN: 978-84-614-3667-5

Impreso en los talleres de:

Gráficas Mesa - Telf. 965 12 73 30 - www.graficasmesa.com

Duelo y consuelo

Esfuerzo no pequeño el realizado por el Obispado de Orihuela Alicante, y más concretamente por la Vicaría de Alicante y por el autor de estas páginas, D. Juan Miguel Castelló Sánchez, Vicario de la Parroquia de El Buen Pastor de Benidorm, para ofrecer a todos este subsidio.

Se trata de unas páginas, que recogen, ordenadamente y con sana lógica, el acompañamiento de esa hora de dura visitación del Señor, que es la muerte. Y que señalan el camino del duelo, el camino de la fe que hemos de recorrer con ayuda de la luz, los que somos creyentes en Jesucristo, conscientes siempre, como pedía el Papa Juan Pablo II, de que, “la oración es indispensable para crecer en la fe”. Fe que compartimos aquí en la tierra. En el cielo veremos a Dios cara a cara...

Se nos ofrecen también, en este camino, imágenes, que ayudan a reflexionar y a orar, y que nos hacen caer en la cuenta de que, tras la muerte, esperamos la resurrección. En casa, en el tanatorio, en el cementerio que significa dormitorio, y en la Iglesia Parroquial tendremos oportunidad de vivir momentos de paz y de sosiego del alma.

Gratitud muy sincera a GRUPO ASV SERVICIOS FUNERARIOS, que se ha ocupado de la edición, cuidada, lograda.

Rafael Palmero Ramos

Obispo de Orihuela-Alicante

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
PREFACIO.....	17
PRIMERA PARTE: ACOMPAÑARTE.....	21
1. ACOMPAÑARTE.....	22
2. ¿QUÉ TE PASA? EL PASO LENTO DEL CORAZÓN QUE AMA.....	24
3. LA MUERTE NOS ENTRISTECE.....	27
4. HÁBLAME DE QUIEN AMAS.....	30
5. VIVIR LA ADVERSIDAD.....	32
SEGUNDA PARTE: EL CAMINO DEL DUELO.....	37
1. PARA QUÉ EL PROCESO DEL DUELO.....	38
«ALGO DE MÍ HA MUERTO».....	38
2. EL AHORA.....	41
3. ACONTECIMIENTO.....	42
4. LAS LÁGRIMAS COMO CAMINO. ¿POR QUÉ LLORAS?.....	45
5. LA FE DESPIERTA EN EL ENCUENTRO.....	48
«IR» AL ACONTECIMIENTO.....	49
6. DEJAR MORIR.....	53
7. DISTINTAS RESPUESTAS.....	55
8. DICHOSOS LOS QUE LLORAN.....	58
9. SIN MOLESTAR.....	59
10. ERES TÚ. SOY YO.....	62
11. SUS HERIDAS NOS HAN CURADO. CONTEMPLAMOS LA MUERTE DE JESÚS.....	66
12. EL TIEMPO.....	69
ES DE NOCHE.....	71
AL AMANECER.....	74
EL DÍA DE LA MUERTE.....	75
EL DÍA DEL DESCANSO.....	78
<u>Día sagrado.....</u>	<u>78</u>
<u>Día de la memoria y la historia.....</u>	<u>79</u>
Biografía de la relación.....	80
Geografía de los encuentros.....	81
Historia agradecida.....	82
EL «TERCER DÍA».....	83
¿POR QUÉ LLORAS? CARTA DE MARÍA MAGDALENA.....	83
13. ¿HASTA NUNCA?.....	88
14. LA ESPERANZA NO DEFRAUDA.....	90

15. LA VISITA DE LA FE	97
16. VOLVER A LA VIDA.....	101
17. DEJARSE AYUDAR.	103
18. ¿QUIERE DIOS LA MUERTE? CARTA DE DIOS PARA SUS HIJOS.	105

TERCERA PARTE: EL CAMINO DE LA FE. 113

1. ANUNCIAMOS TU MUERTE, PROCLAMAMOS TU RESURRECCIÓN.	114
2. LAS IMÁGENES DE LA FE	117
EL BUEN PASTOR.	117
LA CASA DEL PADRE.	121
<u>Casa de la libertad de los hijos.</u>	122
<u>Casa de los herederos.</u>	123
<u>El padre nos espera.</u>	123
<u>Casa de la ternura y el perdón.</u>	124
<u>El abrazo para siempre. Nunca nos abandona.</u>	124
<u>Casa de los hermanos.</u>	125
<u>Casa de la vida.</u>	125
3. EL DUELO DE BETANIA.	126
MEDITAMOS EL DUELO DE BETANIA.	127
4. «DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS».	130
5. COMUNIÓN CON LOS HERMANOS DIFUNTOS.	133
6. «EL QUE COMA DE ESTE PAN VIVIRÁ PARA SIEMPRE».	
LA EUCARISTÍA EN EL TIEMPO DEL DUELO.	135
LA EUCARISTÍA ALIMENTA LA ESPERANZA.	135
7. NOS UNE A JESÚS MUERTO Y RESUCITADO Y A NUESTROS HERMANOS DIFUNTOS.	136
8. NOS TRANSFORMA EN RESUCITADOS.	137
9. PAN DEL CAMINO.	138
10. DIOS ACTÚA EN LA DEBILIDAD DE NUESTRA VIDA CON LA EUCARISTÍA.	138
11. «VUESTRA TRISTEZA SE CONVERTIRÁ EN ALEGRÍA».	
APRENDER DEL SUFRIMIENTO.	139
12. LAS ACCIONES DE LA VIDA.	143
LA IMAGEN DE DIOS Y EL JUICIO.	143
13. CONTINUAR LA VIDA COMO PEREGRINOS.	147
LAS TRES TAREAS DE LA PEREGRINACIÓN.	147
<u>Creer.</u>	147
<u>Esperar.</u>	148
<u>Amar.</u>	150
14. LA PARROQUIA, CASA DEL DUELO Y LA ESPERANZA.	151
LUGAR DE NUEVAS RELACIONES.....	153
LUGAR DE LA PALABRA DISTINTA.	156
ESCUELA DE ESPERANZA.	156
CULTURA DE LA VIDA.	157

15. «ACÉRCATE Y CAMINA A SU LADO». EL GRUPO PARROQUIAL	
DE ACOMPAÑAMIENTO DEL DUELO.....	158
«SOBRE TODO...».....	158
«ÍNTIMAMENTE SOLIDARIA». LA CARIDAD DEL DOLOR.....	159
PARA ACERCARSE A LA PERSONA EN DUELO.....	160
Los deseos más profundos del corazón humano.....	160
Solicitud por todos.....	161
TAREAS DEL GRUPO DE ACOMPAÑAMIENTO AL DUELO.....	162
Quién.....	162
Formación.....	163
Oración.....	164
Acción.....	164
CUARTA PARTE: IMÁGENES PARA ACOMPAÑAR EL DUELO COMO TESTIGOS.....	169
1. EL CAMINO DE EMAÚS.....	169
ALGUNOS ERRORES A TENER EN CUENTA.....	172
ACOMPAÑAR COMO TESTIGOS.....	173
ACOMPAÑAR DESDE LA PROPIA EXPERIENCIA.....	174
EL CAMINO DEL DOLOR: ACOMPAÑAR DESDE DENTRO.....	174
CONTEMPLAR AL RESUCITADO ACOMPAÑANDO.....	176
DE LA ALDEA Y LA CASA DE EMAÚS A JERUSALÉN Y LA COMUNIDAD:	
LA PARROQUIA QUE ACOMPAÑA.....	176
«EMAÚS DISTA DE JERUSALÉN UNOS ONCE KILOMETROS».....	177
«QUÉDATE CON NOSOTROS».....	179
«ELLOS SE DETUVIERON ENTRISTECIDOS Y UNOS DE ELLOS, LLAMADO	
CLEOFÁS, LE RESPONDIÓ...».....	181
«JESÚS DESAPARECIÓ DE SU LADO». LA MEDIACIÓN EN EL	
ACOMPAÑAMIENTO DEL DUELO.....	182
2. ACÉRCATE Y CAMINA A SU LADO. LA «CARIDAD DEL DOLOR».....	183
EL EJERCICIO DE LA CARIDAD DEL DOLOR. GRUPOS PARROQUIALES	
DE APOYO AL DUELO.....	185
PONTE EN PIE.....	186
ESCUCHAR SU VOZ.....	186
ÉL SE PUSO EN CAMINO.....	187
BAJABA DE JERUSALÉN.....	188
ACÉRCATE.....	189
LA PALABRA INCOMPREENSIBLE QUE TRANSFORMA.....	189
SIEMPRE HAY AGUA CERCA.....	190

QUINTA PARTE: EL DUELO Y LOS NIÑOS.	195
1. EL DUELO Y LOS NIÑOS.	196
2. DE LA FANTASÍA AL «UNIVERSO SIMBÓLICO DE LA FE».	198
3. «QUEREMOS QUE NUESTRA VIDA SEA UN SÍ A TU AMOR».	199
4. «LA VIDA ETERNA ES VIVIR SIEMPRE Y FELICES CON DIOS».	200
5. LA PETICIÓN.	200
6. ORACIÓN DE LA IGLESIA.	201
SEXTA PARTE: SENTIDO DE LAS EXEQUIAS.	205
1. LAS EXEQUIAS: ENTRE EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD.	
LA «FRONTERA ECLESIAL».	206
LA PUERTA DE LA ETERNIDAD.	208
LAS EXEQUIAS EN LOS MOMENTOS DE LA MUERTE.	208
<u>La agonía.</u>	209
<u>La muerte.</u>	211
<u>La casa.</u>	213
<u>El tanatorio.</u>	215
<u>La eucaristía en las exequias: Anunciamos tu muerte,</u> <u>proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!</u>	216
<u>El cementerio.</u>	218
CONCLUSIÓN.	223
APÉNDICE: ORACIONES PARA EL TIEMPO DEL DUELO.	225



INTRODUCCIÓN.

«Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva»¹.

«El hombre no sólo necesita simplemente ser aconsejado, necesita ser salvado»². Ésta es la convicción que lleva a escribir estas páginas. El tiempo que sigue a la muerte de quien amamos, el duelo, es un tiempo de transformación de la vida. Los fundamentos en los que basamos nuestro día a día se ven espoleados por la realidad de la muerte. ¿Necesitamos sólo unos consejos para vivir este tiempo? ¿Es suficiente con unas buenas intenciones o unos estudios que muestren las etapas del duelo?

Necesitamos conocer lo que estamos viviendo e identificar los sentimientos y emociones que experimentamos. Es importante descubrir la anormalidad del hecho que provoca estas reacciones normales. Pero esto es la mitad del camino. La mera superación o integración de esta vivencia de forma que ya no produzca dolor, o la disminución del mismo, no significa que hayamos superado el duelo.

Hay dimensiones profundas de nuestro interior que necesitan encontrar apoyo seguro para poder encaminar nuestros pasos de nuevo. Quedan interrogantes por responder que no se pueden eludir porque ya no se sienta dolor o ansiedad.

¿Para qué la vida? ¿Por qué el sufrimiento? ¿Qué queda tras la muerte? ¿Qué será de la vida de quien ha muerto? ¿En que quedarán sus acciones? ¿Ahora qué? ¿Hay posibilidad de reencuentro con la persona amada? ¿Dónde hallar esperanza que realmente sea seguridad aunque no podamos ver aquello que esperamos? ¿Por qué ha permitido

¹ SpS 2.

² Danielou J., Escándalo de la verdad, Cristianismo y hombre actual, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1962, 40, 146.

Dios esta muerte? ¿Podré comunicarme de nuevo con quien amo y ha muerto? ¿Se ha acabado todo?

A estas preguntas se responde de muchas formas. La fe cristiana nos ofrece respuestas totales y coherentes³ que, además, transforman nuestra vida en el tiempo del duelo. Estas respuestas, junto a la acción de Dios que nos transforma, es la vivencia cristiana del duelo. Es apertura a la fe. He aquí la idea nuclear de este libro que presento. El tiempo del duelo es un momento lleno de posibilidades para la fe y la transformación de la persona. Esto es lo que llamo el duelo como travesía pascual.

No pretendo imponer unas ideas desde el principio para conseguir la fe en quien lee. Esto es absurdo en la dinámica de la existencia cristiana. Todo proceso de fe es comenzado y alentado por el Espíritu de Dios en nosotros. Las páginas que presento quieren ser un esclarecimiento y puerta de esta acción de Dios. Intentaré «descifrar el lenguaje de la desgracia»⁴, para encontrar a Dios detrás del dolor humano por la muerte.

Pretendo acompañar desde las vivencias iniciales del duelo. Dios no es ajeno al sufrimiento más hondo de las personas. Él está presente donde el hombre sufre. De un modo progresivo se puede descubrir su acción en nosotros, sin forzarnos ni molestar.

Poco a poco mostraré el mensaje de nuestra fe para ayudar a comprender mejor este momento y cómo podemos abrirnos al Dios que sale a nuestro encuentro en el dolor.

El lenguaje que utilizo es sencillo pero no carente de profundidad y verdad. La hondura de pensamiento no está reñida con la sencillez. El lector podrá ver distintas formas de mostrar el Evangelio: oraciones, cartas, diálogos, preguntas. He intentado hacer lo más comprensible posible el mensaje, aunque soy consciente que en algunas partes lo he logrado mejor que en otras. Pido disculpas si en algo no he sabido acertar.

³ Cf. Wolk H., "Muerte", en Fries H., *Conceptos Fundamentales de teología II*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1979, 119.

⁴ G. Picht, *Mut zur Utopie*, München 1969, 150, citado en Greshake G., *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*, Sígueme, Salamanca, 2008, 111.

El destinatario de este escrito es toda persona que vive la muerte de quien ama. También aquellos que quieran ayudar a estas personas. Todo depende de nuestra creatividad. En las parroquias se puede trabajar en los grupos de pastoral de la salud. El oracional que incluyo al final puede ayudar para el momento inicial con la familia en el tanatorio o en la casa del difunto. Mis hermanos sacerdotes pueden encontrar intuiciones sencillas para acercarse a quien sufre la muerte de la persona amada en los entierros o en la visita particular. Sin perder la perspectiva del mismo podemos ayudar mucho en estos momentos. La presencia de la comunidad cristiana al lado de quien vive el duelo es el mejor complemento a este libro, o quizá, el sustituto adecuado.

Me uno también a los obispos españoles en la campaña de pastoral de la salud del año 2008: «En el duelo, abiertos a la esperanza»⁵. Ellos pretendían estar cerca del hombre doliente y estimular este campo pastoral ineludible y urgente. Ojalá mis reflexiones sean un nuevo aliento a este proyecto.

Por último, quiero agradecer a quien confió en mí este proyecto tan interesante y hermoso: mi Iglesia diocesana de Orihuela-Alicante. También a aquellos que han apoyado mi trabajo con su cariño y aliento, personas importantes para mí, que siempre han estado ahí y a quienes quiero dedicar este fruto. Por supuesto al Seminario de Orihuela, seminaristas y formadores, que me abrieron las puertas de su casa para poder dedicarme a este sueño. A Jesucristo, el Resucitado invisible, que me señaló una nueva posibilidad en mi camino de Emaús. Muchas gracias.

⁵ «En el duelo, abiertos a la esperanza», Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral, mayo 2008.

*Tras el temblor opaco de las lágrimas,
No estoy yo solo.*

*Tras el profundo velo de mi sangre,
No estoy yo solo.*

*Tras la primera música del día,
No estoy yo solo.*

*Tras la postrera luz de las montañas,
No estoy yo solo.*

*Tras el estéril gozo de las horas,
No estoy yo solo.*

*Tras el augurio helado del espejo,
No estoy yo solo.*

*No estoy yo solo; me acompaña, en vela,
La pura eternidad de cuanto amo.
Vivimos junto a Dios eternamente.*

Liturgia de las Horas. Himno de Vísperas, jueves II.

«No temas. Yo soy el primero y el último, el que vive; estuve muerto y ahora ves que estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe lo que viste: lo de ahora y lo que sucederá después».

Ap 1, 17-19

«Pero el hombre que regresa por la Puerta del Muro ya no será nunca el mismo que salió por ella. Será más instruido y menos engreído, estará más contento y menos satisfecho de sí mismo, reconocerá su ignorancia más humildemente, pero, al mismo tiempo, equipado para comprender la relación de las palabras con las cosas, del razonamiento sistemático con el insondable Misterio que trata, por siempre jamás, vanamente, de comprender».

Aldous Huxley. Las puertas de la percepción.

PREFACIO.

«El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también el gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Pues la comunidad que ellos forman está compuesta por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para proponérselo a todos. Por ello, se sienten verdadera e íntimamente solidaria del género humano y de su historia»¹.

Los gozos y las tristezas de las personas son misión urgente para la Iglesia, para los discípulos del Señor. No se puede eludir ninguna de las dimensiones de estas realidades, sobre todo el sufrimiento en sus diversas manifestaciones. En la misión de la Iglesia se insertan estas páginas.

La persona que experimenta la muerte de quien ama ocupa nuestra atención a lo largo de las meditaciones que ofrecemos a continuación. Partimos de la Palabra de Dios para iluminar y alentar la vida de quien camina por la travesía del duelo. La fe es el punto de partida y la meta de cada letra.

Este libro está dirigido a todas las personas que se encuentran en la noche del dolor y del amor. Es una urgencia en nuestros días, pues la muerte y las preguntas que suscita en el corazón del hombre requieren respuestas totales para seguir viviendo.

¹ GS 1.

Pretendemos abrir caminos a la fe, preparar para acoger, interrogar la vida y la muerte desde nuestra esperanza cristiana. Este es nuestro objetivo. La fe la regala Dios partiendo del anuncio de su Palabra.

Creemos que la persona que vive el duelo puede caminar en la fe y así quedar transformada. Esto lo muestran los distintos textos que meditamos.



PRIMERA PARTE: ACOMPAÑARTE.

«El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su «vara y su cayado me sosiega», de modo que «nada temo» (Cf. Sal 22,4), era la nueva «esperanza» que brotaba en la vida de los creyentes».

Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 6.

1. ACOMPAÑARTE

No pretendo otra cosa en estas páginas más que acompañarte, estar contigo. Durante este tiempo recibirás muchos consejos, palabras de apoyo, muestras de cariño, etc. Pero posiblemente sientas que lo que necesitas realmente es una presencia verdadera a tu lado, contigo. En los momentos difíciles y duros de la vida necesitamos «alguien» que esté sentado a nuestro lado compartiendo el momento. La soledad tendrá su espacio y su tiempo y percibirás cuándo has de buscarla. Ahora sólo quiero estar contigo. Estas letras son mi presencia a tu lado. Están cargadas de cariño y comprensión hacia la persona que ha dejado de ser anónima para mí y que eres tú que lloras la muerte de quien amas.

Quiero vivir contigo este acontecimiento de tu vida. Me comprometo a dejarme llevar contigo de las sensaciones, los pensamientos, las lágrimas. Mi compromiso es tal que no me enfadaré si decides dejar de leer por unos momentos o por un tiempo. No te preocupes, ya que seguiré esperándote entre estas páginas. No me cansaré de estar aquí. Incluso estás letras puedes regalarlas a otros algún día. Me encantará viajar a tantos mundos interiores de personas que viven el dolor y que un día volverán a ver la vida con ojos nuevos, una vez se decidan a caminar por la senda que hoy recorro contigo.

No quiero ser maestro del acontecimiento de la muerte. No quiero divagar con palabras incomprensibles. No pretendo que creas en mí o que asientas a todo lo que comparto contigo. Simplemente conversaremos. Y en esta conversación el primer interlocutor eres tú. Tú llevas el timón. Tú marcarás el ritmo. Yo te escucho. Mi silencio es algo obvio. Puedes decirme lo que quieras. Llorar cuanto quieras. Preguntar o callar a tu parecer. El único objetivo es estar contigo y acompañarte. Estos «gestos» tienen una fuerza impresionante en los momentos decisivos de nuestra vida. Y en el fondo de estos gestos podemos descubrir una fuente inagotable que nos sorprenderá a ambos. A lo mejor encontramos

algo de esperanza, unas gotas de consuelo, espacios donde descargar nuestros agobios, quizá incluso nos tropecemos con ese tesoro que se llama «fe». Quién sabe. Buceando se puede descubrir la belleza que esconde el mar. Juntos podremos vivir esta experiencia que algunos han querido llamar duelo. Yo prefiero llamarlo «camino del corazón que ama y se sabe amado». Llámalo como quieras o no le pongas nombre. Es tu camino, es tu dolor, tu sufrimiento, porque es único también el amor que os unía.

Pero tampoco caminaremos a ciegas. Para eso no haría falta que estuviéramos juntos. Sólo te pido que me dejes llevar una pequeña lámpara. Una lámpara que es la vulnerable palabra del amor de Dios: el Evangelio. No nos deslumbrará pues una de sus características es ser tenue, pero eternamente duradera. El aceite que avivará la llama será nuestra compañía y nuestra conversación silenciosa. Tenue, dulce, serena, para no deslumbrarnos y no molestar. Es algo así como el resplandor que presagia el amanecer. Eternamente duradera. Guió a los personajes que encontraremos en nuestro camino y la llama llega hasta hoy, hasta nosotros, hasta ahora. Te aseguro que no será una molestia innecesaria.

A mi lado.

*Necesito que estés a mi lado.
Porque la soledad me ahoga.
Porque el silencio grita.
Necesito tu presencia amiga.
Tu mano, tu hombro que soporte mis lágrimas.
Necesito que me cuides porque mi corazón está roto.
Necesito tu silencio o tu palabra cálida.
Te pido una mirada de comprensión.
¡Si pudiera dominar mi interior!
¡Si pudiera calmar esta tormenta!
Pero me faltan las fuerzas y no puedo.
Pero te tengo a ti a mi lado.
Tú estás conmigo.*

Salmo 24

El Señor se confía de sus fieles
Y les da a conocer su alianza.
Tengo los ojos puestos en el Señor,
Porque él saca mis pies de la red.

Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí
Que estoy solo y afligido.
Ensancha mi corazón oprimido
Y sácame de las tribulaciones.

Guarda mi vida y líbrame,
No quede yo defraudado de haber acudido a ti.

2. ¿QUÉ TE PASA? EL PASO LENTO DEL CORAZÓN QUE AMA.

Estás viviendo uno de los acontecimientos más importantes en tu vida. La muerte de quien amas. Este momento de dolor se presenta como algo nuevo. Quizá ha muerto alguien de tu familia anteriormente, pero no es lo mismo. Cada muerte es distinta porque cada persona lo es. Por esta razón la forma de vivir cada fallecimiento cambia. Comienza ahora un tiempo que se abre ante ti. Es el tiempo del duelo. No acabará todo hoy ni con el entierro. Sería inhumano acabar así de rápido algo tan importante como la vida de alguien y olvidar a las personas que sufren la pérdida. Tu vida a partir de ahora toma un nuevo rumbo. Este trayecto que vas a caminar es decisivo. Pero más adelante hablaremos de esto. Vivamos juntos este momento.

Acaba de morir alguien a quien amas. Sabes bien de quien hablo. El nombre me lo estás diciendo tú, pues ronda tu cabeza constantemente. Su nombre contiene toda su vida. Su nombre que va unido al tuyo, al igual que su vida. La tuya va unida a la

suya. De hecho ahora no escuchar tu nombre pronunciado por quien te conoce y ha muerto es una de las cosas más dolorosas. Es como no reconocerte, como que esa forma de «escucharte» ya nunca más la vas a volver a oír.

Para ti es alguien importante y nadie mejor que tú me puede hablar de él. Hablar de verdad, no a medias tintas pues el amor no entiende de esto. No quiero hablar en pasado. Esta es una tentación que te puede hacer daño. La persona que amas, no «quien amabas». No es una mera forma de hablar. Si me dejas que te acompañe en este tiempo me irás entendiendo, te lo aseguro. Hablaremos ahora en presente porque seguro que aún no te crees lo que ha sucedido, cuesta asimilarlo. Sería duro que tuvieras que adaptarte, después de una vida con esa persona, a poner en pasado todo lo vivido en un breve instante como ahora. Muchos de los que se acercan quizá hablen así y esto te duela más aún. Sencillamente no hagas mucho caso. Es más fácil para ellos situar ahora en el pasado a quien ha muerto. Su relación no es la misma. Su amor no es el mismo.

Parece que este amor sea el que se resista a dar este salto en el tiempo tan precipitado. Es como si el amor escondiera una sed de presente que se prolongara y que no deseara ser interrumpido. Y es que el amor es para siempre si es verdadero amor. Otras realidades son pasajeras pero el amor dura siempre, no pasa nunca. Esas promesas o deseos de amor hacia quien ha muerto se resisten a poner punto y aparte. Ahora no toca hacerlo. Más tarde te invitaré a no hacerlo nunca. El amor es eterno. Oí una canción un día que decía que «el amor es eterno mientras dura», pero no es así. Lo dejamos en poesía porque tú estás experimentando algo muy distinto.

Ahora es difícil también reconocer a quien amas. Es él pero posiblemente parezca que no es él. Es una sensación rara. Ya no habla, ni sonríe, ni llora. No respira. En este momento es

estrecha la frontera entre la realidad de la muerte y el dormir. Muchas personas dicen que creen que se va a levantar y todo va a volver a ser como antes. Pero esto es otra de las luchas internas que vives. Y no es malo vivirlo. No te culpes porque eso te producirá más dolor. Tienes permiso para imaginar o aceptar la realidad. Tienes todos los derechos. En algún momento desearás estar viviendo un sueño. Permítetelo. No te enfades ni creas que pierdes el juicio. Tienes derecho a soñar porque todo corazón herido lo tiene. El corazón herido tiene derecho a querer seguir palpitando a pesar de la herida. Deja que palpite el amor. ¿Dónde está el amor de tu alma?

Son muchas las personas que van y vienen. En este momento no te preocupes por eso. Tendrás muchas muestras de cariño. Otras serán de consuelo. A lo mejor algunas de mero compromiso. Déjate visitar. Olvida los por qué y céntrate en las caricias. Realmente es lo que te puede ayudar. La cabeza está ahora demasiado confundida para pensar con la lucidez necesaria. Pero tampoco te culpes. Deja la mente que funcione a su ritmo frenético o lento. Habrá muchas idas y venidas. Habrá muchas preguntas que ahora hay que dejar que surjan pero que no hay que intentar responder. Esto puede hacerte más daño porque en este primer momento aún no tenemos distancia suficiente para mirar con serenidad lo sucedido. No quieras correr. Como decía antes, el ritmo lo lleva ahora el corazón, y las heridas han aminorado la marcha. Acompasar todo tu interior a su paso es el cometido de tus lágrimas.

Con paso lento.

*Hoy no quiero andar deprisa,
No quiero dejar pasar el instante.
Prefiero quedarme a tu lado soñando la vida,
Porque nuestro amor sabe a eternidad*

*Ahora que todo parece en contra.
Ahora que la vida aparece triste ante mí.
Ahora que los caminos son inciertos,
Quiero estar aquí.*

*No quiero estar de paso por tu muerte.
No quiero pensar que nada ha pasado.
Hoy pensaré en el amor,
Dejaré que las lágrimas suban al camino que piso y que duele,
El camino que hemos recorrido juntos.*

*Pero iré a paso lento,
El paso del corazón que se aferra al amor.
Con paso lento seguiré caminando,
Porque mi corazón guarda una secreta esperanza: tú vivirás
Un día volveremos a caminar juntos...a paso lento.*

3. LA MUERTE NOS ENTRISTECE.

«Hermanos: La muerte de nuestro querido hermano nos entristece y nos recuerda, una vez más, hasta qué punto es frágil y breve la vida del hombre»⁷.

«Amados hermanos: El Señor, en su amorosa e inescrutable providencia, acaba de llamar de este mundo a nuestro hermano. Su partida os ha llenado a todos de dolor y de consternación»⁸.

Esta afirmación es importante. Ya lo sabes pero es necesario caer en la cuenta: la tristeza es la reacción normal a la muerte. Es lo que estás viviendo ahora. Estás triste. Pero no sólo por la muerte, sino por tu amor hacia la persona que ha muerto. Esa es una de las causas de la tristeza. Quizá la más poderosa. Sin amor no habría tristeza. Sin tristeza no había amor.

⁷ RE 614-615.

⁸ RE 633.

A la tristeza también va unida el recuerdo de nuestra fragilidad. Aun con apariencia fuerte siempre estamos expuestos a la muerte. Algunos dirán que estamos destinados a ella, otros que estamos en este mundo para morir. Nuestra visión es algo más positiva: nuestro camino no termina con la muerte sino con la vida. Estamos llamados a vivir. Es el deseo de vivir que tenemos todos esta escrito en lo más profundo de nuestro corazón y encuentra respuesta en la vida nueva que nos ha prometido Dios en su Hijo Jesús.

En este momento estás viviendo la muerte de cerca. Surgen muchas preguntas al mismo tiempo. ¿Para qué vivir? ¿Cómo orientar la vida ante la realidad de la muerte? ¿Por qué es la vida tan breve? Son preguntas que, a su vez, afirman en hecho de nuestra debilidad y de la brevedad de la vida. Es normal rebelarse para comprender: «Libra mis ojos de la muerte, dale la luz que es su destino. Yo, como el ciego del camino, pido un milagro para verte»⁹. No entendiendo formulamos las preguntas fundamentales de la vida. Haciendo esto también estás ensanchando tu interior con preguntas nuevas o que quizá antes eludías.

Estoy contigo.

Te hablo desde el fondo de la bondad de la persona que se acerca para estar a tu lado.

Te abrazo en quien te tiende la mano y te dice con sinceridad «cuenta siempre conmigo».

Te escucho cuando alguien a tu lado guarda silencio y te hace sentir seguro con su presencia amiga.

Te fortalezco cuando esa palabra certera te llama la atención, quizá por inesperada.

Camino contigo cuando los pies parecen clavados a la senda intransitable del dolor.

Te alegro con la visita o la llamada inesperada desde la distancia y cercanía del amor.

Siempre, y desde los más hondo de mi ser, te amo.

Por eso estoy contigo en tus dudas.

En la soledad.

En el silencio insoportable.

En el cansancio de este momento.

En la tristeza que nadie comprende.

En abatimiento del que todos quieren sacarte sin conseguirlo.

En la mirada perdida hacia quien amas y ha muerto.

Siempre estoy contigo.

Hoy, aquí, ahora.

Jesús de Nazaret, El Resucitado Invisible.

4. HÁBLAME DE QUIEN AMAS.

«Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Él había designado: a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección».
Hch 10.

¿Por quién estás llorando? ¿Quién es la persona que ha muerto? ¿Cómo ha sido su fallecimiento?

Háblame de esa persona. Cómo se llamaba. Cuántos años tenía. Qué tipo de relación os unía. Conociendo un poco a la persona que ha muerto también te puedo conocer un poco más a ti.

¿A qué se dedicaba esa persona? ¿Qué era lo que más le gustaba? ¿Quiénes son sus amigos? ¿Has podido hablar con ellos? ¿Han pasado a saludarte? Seguro que la triste noticia está llegando a todos. A mí me ha llegado hace poco. Con estas palabras quiero hacerte saber que estoy contigo y que puedes contar conmigo. Ahora, mientras escribo, pienso en ti y, al mismo tiempo, elevo una oración a Dios por toda tu familia y por quien ha muerto.

Siempre es consolador, aunque duela, hablar de la persona que ha muerto. En el relato de la Palabra de Dios que tienes arriba los amigos de Jesús, sus apóstoles, aparecen hablando de Él. Explican, sobre todo, el bien que hizo entre toda la gente que se encontraba en el camino. A lo largo de estas páginas nos acercaremos a algunos de estos personajes.

Podrías contarme ahora esas cosas buenas que hizo la persona que tanto quieres. Seguro que son muchas. A veces en la vida nos fijamos más en las cosas peores de los demás y poco o nada en el bien realizado. De hecho, todo lo demás lo olvidarás y únicamente recordarás este bien, sobre todo el que hizo en tu vida.

Háblame de ese bien que te ha marcado. Quizá sean pequeños detalles de amor, pero sabes que son los más importantes y los que quedan grabados a fuego en nosotros para siempre.

¿Qué es lo que más te gustaba de esta persona? ¿Qué gesto o forma de actuar le hacían único e irrepetible?

¿Cómo le conociste? Los encuentros más significativos en la vida quedan para siempre en la memoria. Más adelante será tiempo de recordar. Ahora sólo es momento de repasar brevemente esta vida que te duele.

¿Quién eras tú para quien ha muerto? Tú también hiciste mucho bien en su vida. El amor tiene un espacio para la reciprocidad. No es malo reconocerlo. La persona que ha muerto también tiene grabada en su vida tus acciones, pero por encima de todas, las hechas con verdadero amor, que son muchas. Ahora no es momento de culparse por nada. Es momento del amor. Es lo único que queda y que da sentido a toda la vida y la muerte de quien amas. Te puede ayudar a desechar las falsas culpabilidades recordar únicamente bajo el prisma del amor y del perdón. En este tipo de recuerdo dejamos espacio para la acción de quien lleva por nombre: «Amor», es decir, Dios.

No has sido un sueño.

No has sido un sueño.

No hemos soñado nuestra vida unidos.

Tú has sido tan real como este dolor que siento.

Tu vida está grabada en mí.

Mi vida está grabada en ti.

¿Quién nos podrá separar?

El amor es más fuerte que la muerte.

5. VIVIR LA ADVERSIDAD.

En el momento de la muerte de la persona amada parece que todo se vuelve en tu contra. Estas en medio de una tormenta de palabras, sentimientos, emociones, preguntas, ideas confusas. Esta sensación es fuente de dolor. Ciertamente la realidad se me muestra como negativa o sólo soy capaz de percibir la cara oscura de la vida, la cara del dolor y del sufrimiento. Ahora todo es oscuro. Quizá sabías que este momento llegaría, pero nunca nos preparamos para vivirlo. Además ya decía antes que para cada persona es algo nuevo y distinto y es muy difícil de anticipar y prever.

Estas en el corazón del dolor. El sufrimiento es una realidad que brota del amor. Está unido. Hay una relación inseparable entre el amor y dolor humano. Cuanto más amas, más duele. Pero a la vez puedo saber que si me duele la muerte de esta persona, y me duele mucho, es porque la amo profundamente. La amo tanto como me duele. Las personas que te están viendo sufrir lo pueden comprender únicamente desde el amor que tienes a esa persona. Tú también lo puedes experimentar así. De esta forma podrás encuadrar la muerte de quien amas como sentido de su propia vida. Se puede decir que en este momento en que tú sufres

así por su muerte, se está manifestando el amor de una forma nueva hasta ahora entre vosotros.

El acontecimiento de la muerte, visto desde el amor, nos conduce a reconocer este momento de una forma nueva. Se puede vivir como una experiencia nueva de amor entre vosotros que hasta ahora no se había dado. Tu dolor ahora es el rostro de la fidelidad, inseparable del amor. Quizá muchas experiencias anticiparon algo de esto que vives ahora, pero sólo eran destellos de esta experiencia totalmente nueva.

Esta novedad del amor que ahora vives esconde una llamada para ti. Te invito a que lo veas como un momento que “completa” vuestra relación. Como una nueva semilla que puede ser fecunda.

La vida no se acaba sino que esconde un fruto que va madurando durante el tiempo necesario que escapa a nuestra comprensión. Ahora estaríamos en el momento de enterrar la semilla, enterrando la vida. Viéndolo así, se convierte el tiempo en espera, cada instante en una gota de paciencia que riega la tierra en esta espera.

En la adversidad también se pueden descubrir aspectos novedosos de la persona y de los otros. Por último, aprendemos a dejarnos amar por los demás.



SEGUNDA PARTE: EL CAMINO DEL DUELO.

«De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta «realidad» desconocida es la verdadera «esperanza» que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre».

Benedicto XVI, Spe Salvi 12.

1. PARA QUÉ EL PROCESO DEL DUELO.

«¿Hasta cuándo he de estar preocupado, con el corazón apenado todo el día?»

Salmo 12.

Imaginemos que no existiera este tiempo del corazón. Mañana volvería todo a la normalidad sin pasar por este tiempo especial. Parecería que nada hubiera pasado. La vida perdería importancia sin el tiempo del duelo. El duelo me sitúa con respecto a la vida, con respecto al amor y a todo lo que me rodea interior y exteriormente. Esto no significa que no pueda volver a mis actividades habituales cuando llegue el momento. Puedo vivir el ritmo de antes, pero vivirlo interiormente de distinta forma. Caminaré al ritmo de mi corazón, de la curación de las heridas más importantes de mi vida.

La propia historia de quien muere adquiere una nueva profundidad tras la muerte. El duelo da sentido también a la vida del que ha muerto. Sus acciones, sus pensamientos, su visión de la realidad están en mí y pueden aflorar en momentos determinados de la nueva vida sin la persona que ha muerto. Descubrir esto suscitará en ti una mezcla de vivencias. Por una parte el dolor por el recuerdo pero también la satisfacción de hacer presente al otro en este momento de la vida, en esta dificultad o en esta decisión.

«ALGO DE MÍ HA MUERTO».

El dolor es provocado por la experiencia de morir con el otro. Esta es una de las razones del dolor. Desde la perspectiva científica, que explica la muerte biológica, no se puede afirmar que algo de mí ha muerto ya que no “se ve” esto. Pero no es ésta

mi experiencia. Siento que han arrancado algo de mi vida, de mi historia, de mis vivencias, en este sentido algo de mi “cuerpo”. Algo de mí ha penetrado en ese velo que es la muerte. Lo que nos unía no es un mero vínculo externo, superficial. Nos unía el amor, el camino común, la historia con todas sus contradicciones y claridades, un mismo proyecto, una misma vida. Mi vida era la suya. Vivíamos la vida. Esta unión, que llamamos comunión, experimentamos que se ha roto o que ha muerto.

Si no te amo es como si no existieras para mí. No es que el amor añada algo a tu vida sino que me hace alcanzar lo más hondo de ti. Sin amor no hay vida. Realmente alguien está vivo para mí cuando le amo. Cuando dejo de amar es como si no existiera, como si estuviera muerto. Pero esto no ha sucedido ahora. Hay algo contradictorio. El otro ha muerto pero yo sigo amándole. Sin dejar de amarle no le tengo, parece que no existe ya. Esto provoca que el amor se quede «a la deriva», sin rumbo. El amor está sólo, perdido. La brújula que guía mi vida hacia el sentido y su felicidad está herida. Mi amor está herido. En lo más profundo de mi vida algo se ha roto. En este sentido yo también estoy perdido. Me encuentro perdido, confuso. Todo es oscuro. La vida ahora me duele más que nunca. Una «porción» de mi amor, con todo lo que esto supone, ha desaparecido. Ya no está. Ha muerto. Solo hay dolor porque hay amor. Estoy viviendo un camino de amor. Es más, estoy en la experiencia de la fidelidad del amor más plena. Amar cuando quien amo ha muerto. Esto formaba parte de la relación, de nuestros encuentros, sabíamos que había una ventana que nos mostraba la fugacidad de la vida. Ahora he de amar cuando parece que todo ha acabado.

Pero me pregunto si esto es así. ¿De verdad se ha acabado todo? ¿Nuestro amor ha muerto? Algunos explicarán de esta forma la muerte. La vida termina un día con la muerte. Estamos del todo orientados al fin que es la muerte. La vida esta perseguida siempre por la muerte que me amenaza. Soy para la muerte.

Todo se ha acabado. Esta concepción no tiene en cuenta la angustia que yo sufro ahora. Si todo se ha acabado, si mi amor ha muerto contigo, entonces te puedo echar la culpa de haberme dejado así. Te culpo porque te has llevado el amor que nos unía. Y si te has llevado nuestro amor, lo que nos da la vida, me has matado, me has llevado a la muerte contigo. También puedo buscar la culpa en los demás. No por la muerte de quien amo sino por esta especie de «propia muerte». Los demás me han matado. Cada vez que alguien evoca la «caída en la nada» de la muerte me está matando. Los demás me hacen daño de esta forma.

En este camino del dolor.

En este camino del dolor seguiré amando.

En las sendas del sufrimiento mi corazón latirá y seguiré viviendo.

En el descanso necesario me prometeré seguir adelante.

En la subida agobiante del camino pediré ayuda, alguien que me brinde su mano amiga.

Agradeceré la sombra de los árboles, personas que me regalen el consuelo de una palabra.

Levantaré la mirada para robar un horizonte a la tarde.

Cuando no pueda más, extenderé mis brazos para buscar abrazos de los que brote el ánimo que me falta.

No volveré la mirada a ninguna nueva posibilidad que se me ofrezca.

Porque quizá haya nuevos caminos, nuevos horizontes.

Quizá algo de esperanza.

2. EL AHORA.

El momento presente que vives y que seguirás viviendo durante un tiempo será difícil. Es algo que ya sabes. Percibirás el ahora como vacío. La persona que llenaba cada instante ya no está. Hay un hueco que nadie ni nada puede llenar porque la persona que ha muerto es única. El tiempo se hace insoportable porque está vacío. Verás que el tiempo no es igual sin el o ella. Está como detenido, carente de fuerza que mueva las manijas de mi reloj vital. Se ha agotado la fuente que desencadenaba sentido y que adelantaba los momentos de encuentro como deseo y espera con sentido.

Pero descubrirás también otra característica del tiempo. No es la mera sucesión de minutos y segundos sino que está relacionado con las personas. El tiempo es relación de personas. No es sólo el marco en el que nos encontramos sino que necesita estar traspasado por la profundidad del amor dado y recibido. Por tanto ahora es oportunidad de redescubrir y vivir así el tiempo. No llenarlo de actividad sino de relaciones. Huir de la mera actividad como fin en sí misma. Sustituir el hacer por el amar. Esto redimensiona mi tiempo.

Otro aspecto será la vaciedad del ahora sin la persona amada. No es vacío como el vacío de una habitación sin gente. Es el vacío del sinsentido. El vacío interior que se manifiesta en la angustia. Y es que el tiempo esta relacionado con el sentido. Con un por qué. Sin esta razón entrañada y entrañable él ahora está vacío. Y te sentirás en ese vacío. Parece que ya no hay por qué, no hay razón para seguir viviendo.

Pero no debes huir del ahora. Este acontecimiento se ha convertido en el centro de tu tiempo. El momento presente te embarga por completo, alcanzando todos los rincones de tu vida. La Palabra de Dios nos muestra a dos discípulos huyendo del

acontecimiento de la muerte de Jesús. Se alejan de este momento porque es doloroso y produce tristeza. Pero alejarse no les ayuda. Por el contrario, se sienten tristes, se hacen preguntas que no encuentran respuesta. Alejados del momento presente no reconocen las oportunidades que éste supone para sus vidas. Es necesario que Jesús salga a buscarles para hacerles retornar a este espacio interior, a su centro, al acontecimiento nuclear de sus vidas. Por esto es importante que agradezcas la presencia de personas en este tiempo que te ayuden a no huir del hecho de la muerte.

El ahora es único e irrepetible. Este momento es una oportunidad. Es momento especial para pasar viviéndolo de cerca y no dejar que me viva sin más. Sobre todo este instante de dolor es la antesala de otro que viene a continuación. Es importante porque, aunque lo parezca, el tiempo no se ha detenido. Sigue su ritmo porque sigue la vida. Permítete sufrir por la herida, pero no te quedes al borde del camino viendo cómo pasa la vida.

3. ACONTECIMIENTO.

La muerte no es una cosa más que me ha sucedido. La tengo que situar en el plano de las cosas importantes y de calado en mi vida: es un acontecimiento. Y ante los acontecimientos no podemos pasar rápido. Tenemos que detenernos. Cuando algo que nos sucede nos «llega hondo» es importante aminorar la marcha. Quizá el mismo momento lo requiere o nos fuerza a ello. Es acontecimiento porque afecta mi amor, mis pensamientos, mi forma de ver la vida, me cuestiona mis acciones, resitúa la realidad que me circunda, alcanza mi memoria: «que cuando llegue el dolor, que yo sé que llegará, no se me enturbie el amor, ni se me nuble la paz»¹⁰. El acontecimiento me hiere. Si pasamos rápido, si huimos del mismo podremos dejar atrás cosas muy importantes. Por eso es necesario vivir cada segundo de este momento. La muerte de quien amas ha frenado tu ritmo vital, ha detenido tus

pasos, ha generado un tiempo y espacio nuevo que no conocías. Es un acontecimiento.

Nos cuenta la palabra de Dios que María Magdalena fue al sepulcro de mañana. Ella «va» al acontecimiento. Ese «ir» no lo podemos pasar por alto porque tiene mucho que ver con lo que ahora vives. Significa levantarse cuando no hay ningún motivo para hacerlo. Es ponerse en pie cuando desearía que la vida también terminara para mí. Afrontar la certeza de que yo sigo viviendo y que tengo la responsabilidad de vivir este día. Es también caminar cuando no tengo motivos porque mi motivo principal ha muerto. Es una lucha por parte de la persona contra sí misma.

Es un momento de realismo y que pide una respuesta por nuestra parte. La palabra de los ángeles es iluminadora: «No está aquí». Y esto es cierto. Es algo que, en estos momentos en que la sensación de irrealidad puede apoderarse de ti, te hará darte cuenta del hecho que te hace sufrir. Podrás responder acerca de lo que te pasa, de por qué lloras.

Es importante que te des cuenta de que este momento puede haberte debilitado pero no te anula. Puedes tener la herida dolorosa pero tú vives. Tú sigues siendo tú. Las sensaciones y pensamientos nos pueden engañar. La vida continúa para ti. Tú sigues teniendo muchas posibilidades y caminos que recorrer. Aún tienes mucho que amar, mucho que sentir, muchos momentos que te traerán alegría. Cada persona y su vida son únicas. La tuya también. No desprecies ahora tu vida. No te desprecies. Ahora la vida para ti adquiere el tinte de nueva oportunidad. La dificultad esconde un reto: dar la mano a esta novedad que ahora se abre ante ti. La muerte del otro transforma la vida en nuevo camino, en nuevo tiempo.

No es bueno en estos momentos las palabras absolutas del tipo «nunca más...». No es momento de decir esto. Algunas veces quizá te puedas sentir mal cuando te encuentres con motivos para alegrarte y ser feliz. Será como traicionar a la persona que murió. «Nada volverá a ser igual». Es cierto. Pero no significa que no se pueda seguir viviendo. Que no encontremos sendas nuevas para nosotros y que quizá no hubiéramos recorrido sin este acontecimiento. La muerte de Jesús cambia a las personas que le rodeaban. Cambia por completo el rumbo de sus vidas y éstas adquieren un sentido distinto que les alienta y les da fuerza. En su muerte descubren el amor como culmen de su vida.

La muerte de una persona también me ayuda a descubrir nuevas formas de vivir. Relativizando, renombrando, orientando de una forma nueva la vida y las relaciones. El amor adquiere un primer plano.

Salmo 17

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,
Mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
Y quedo libre de mis enemigos.

Me alcanzaban los lazos de la muerte.
En el peligro invoqué al Señor,
Grité a mi Dios:
Desde su templo él escuchó mi voz,
Y mi grito llegó a sus oídos.
Me acosaban el día funesto,
Pero el Señor fue mi apoyo;
Me sacó a un lugar espacioso,
Me libró porque me amaba.

Señor, tú eres mi lámpara,
Dios mío, tú alumbras mis tinieblas.

4. LAS LÁGRIMAS COMO CAMINO. ¿POR QUÉ LLORAS?

Es la pregunta que te hago en este momento. No es ningún reproche. Tampoco espero respuesta. No es mera curiosidad. Te lo pregunto con la sencillez y seriedad con que la escuchó alguien que más tarde te presentaré. ¿Por qué estás llorando?

Llora el niño recién nacido que tiene alguna necesidad y no sabe expresarse de otra forma. Y su llanto es elocuente. La madre lo entiende perfectamente. Toda la familia se moviliza por el llanto del niño. El tiempo se detiene y lo importante es acudir a esta llamada de la existencia que habla con las lágrimas. Es la

vida que necesita de los demás y que reclama el amor de los padres que no pueden permanecer impasibles ante estos sollozos. Y si el niño no llora es signo de que no vive. Y cuando el niño llora muchas veces crea ansiedad en quienes le rodean porque no saben muy bien qué sucede o cómo ayudar. Los padres aprenden interpretar las lágrimas de los hijos. Algo de este significado tienen tus lágrimas hoy.

Lloramos cuando nos duele algo tremendamente. Podemos soportar el dolor pero llega un punto en que no podemos más...y lloramos. Lloro porque me duele. Llorar es expresión de un dolor insoportable. Algo se ha quebrado en mí. Me han arrancado algo vital y me duele. Me han quitado algo de mí sin lo cual no puedo vivir. Lo que me ha sido amputado no es accesorio o reemplazable. Es esencial a mí persona. Y ya no lo tengo. Me duele no tenerlo. Es el dolor que ahora estás sufriendo tú.

La impotencia por no poder ayudar o actuar en algún momento también provoca el llanto. Está manifestando algo muy profundo. Es decir «no puedo». Cuando el deseo, la voluntad y el querer no concuerdan con la realidad o con las fuerzas actuales entonces se provoca este acontecimiento de las lágrimas. Creo que puedo comprender algo de tus lágrimas.

Cuando algo nos sobrepasa también lloramos. Tocamos los límites de la vida. Nunca me había encontrado con esta realidad y me siento desbordado. De hecho se están ensanchando los límites de mi vida. Se acaba de abrir un horizonte en mí que desconocía. Y se ha abierto de repente. Quizá inesperadamente. Y esto duele. Duele mucho. Y por eso lloras.

Lloro cuando digo «adiós» a alguien que amo con locura. Realmente ese «adiós» significa «no te vayas». Como esto no encuentra una realización efectiva entonces lloro. Las lágrimas también significan «vuelve pronto», «siempre te estaré esperando».

¿Por qué lloras? ¿A quién le has dicho «adiós»? ¿A quién le estás diciendo «no te vayas»?

Quizá estas palabras te han hecho llorar. ¿Por qué lloras? Creo que por un poco de todo lo dicho. Quizá lloras porque lo que acabas de leer no agota lo que estás viviendo. Es otra forma de llorar. Más bien creo que esa es realmente la respuesta a la pregunta que te hago. Lloras porque no hay explicación real a tu dolor y nada te sirve ahora.

El momento de la muerte de la persona amada contiene muchas de estas lágrimas y muchas más. Ya hemos visto a la entrada del sepulcro a María Magdalena llorando. Le preguntaremos a continuación cual es la razón de su llanto.

Todo lo dicho acerca de las lágrimas tiene mucho que ver con Dios. Él escucha siempre nuestras lágrimas porque son como una oración. De hecho el que ora lo hace reconociéndose limitado, débil, desbordado por la realidad de la vida y vuelto hacia Dios: «A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor, desahogo ante él mis afanes, expongo ante él mi angustia, mientras me va faltando el aliento» (Salmo 141). Oración es acudir en nuestra necesidad a quien puede ayudarnos a llevarla y aliviarnos la carga: el Señor. Tus lágrimas, aunque sea difícil de entender, ahora están siendo tu voz más elocuente con Dios. Son oración silenciosa pero que realmente brota de tu corazón y que piden una nueva realidad y un sentido al sufrimiento.

Cada lágrima.

Cada lágrima lleva tu nombre.

Y un pedazo de vida, de recuerdo, de tiempo pasado.

*Cada lágrima es palabra, es espera de un abrazo,
es vida derramada.*

Todas mis lágrimas son mi triste canción,

melodía de esperanza.

Esas perlas son mi grito, mi poema de amor por ti.

Cada lágrima lleva tu nombre...

que ninguna lágrima puede borrar.

5. LA FE DESPIERTA EN EL ENCUENTRO.

Vamos a fijarnos ahora en algunos pasos que sigue el Evangelio para las personas que viven el tiempo del duelo. El texto relata algunos caminos interiores que te pueden ayudar para este momento. Primero lee el texto detenidamente:

«El primer día de la semana, muy temprano, todavía a oscuras, va María Magdalena al sepulcro y observa que la piedra está retirada del sepulcro. Entonces corre adonde estaban Simón y el otro discípulo, el predilecto de Jesús, y les dice:

Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

María estaba frente al sepulcro, afuera, llorando. Llorosa se inclinó hacia el sepulcro y ve dos ángeles vestidos de blanco, sentados: uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cadáver de Jesús.

Le dicen:

Mujer, ¿por qué lloras?

Responde:

Porque se han llevado a mi señor y no se dónde lo han puesto.

Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie: pero no lo reconoció. Jesús le dice:

Mujer, ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, tomándolo por el hortelano, le dice:

Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo.

Jesús le dice:

¡María!

Ella se vuelve y le dice en hebreo:

Rabbuni, que significa maestro.

Le dice Jesús:

Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo al Padre mío y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.

María Magdalena fue a anunciar a los discípulos:

He visto al Señor y me ha dicho esto».

Jn 20, 1-18

«IR» AL ACONTECIMIENTO.

María Magdalena asume la realidad de la muerte de Jesús. Sólo asumiéndola puede «ir» y no «huir» del mismo. No se esconde del suceso. No vuelve la mirada a otro sitio. Ser realista con la muerte pone en el camino de nuevas posibilidades. María vence el desánimo producido por la muerte. El hecho de «ir» al sepulcro es ya un movimiento en que vislumbramos el amor que vence la muerte, que no paraliza la persona. Este «instinto del corazón» es ya verdadera acción de Dios, es deseo de encuentro pleno y eterno.

María se acerca a la muerte, al sepulcro. De nuevo el corazón que intuye sin llegar a comprender. La muerte no puede ser la última palabra. La escena es similar a la de Betania, con la resurrección de Lázaro. De nuevo una tumba abierta. Pero no era posible porque Jesús, el único capaz de realizar ese gesto de dominio sobre la muerte, ahora estaba muerto. Se unían realidades contrarias: signos de vida y signos de muerte.

Ante esta contradicción, la razón y el corazón toman un camino de respuesta a la confusión: alguien se lo ha llevado y lo ha puesto en otro lugar. Los sentimientos no contrastados pueden estar cargados de prejuicios, de irrealidad. No es verdad que se hayan llevado el cuerpo de Jesús y, por tanto, tampoco es verdad la imposibilidad de localizarlo. La irrealidad paraliza porque no se dónde buscar, como tampoco se quién se lo ha llevado. Puede haber otra explicación, pero ahora sólo aflora a la conciencia ésta. Otras son imposibles para los sentidos, la ciencia, las teorías que convierten a Dios en mera idea. «Se lo han llevado». «Me lo ha arrebatado el destino», una serie de «coincidencias», «la enfermedad». La persona con la muerte «se desintegra», se «funde» con el universo, «deja de ser» quien era. En todo caso explicaciones más complicadas que la evangélica: vive.

Por tres veces María expresa lo que siente: con los discípulos, con los ángeles y con Jesús. Los discípulos no le hacen caso. Están en la misma situación que ella. No le ayudan. Ella se queda igual y ha de seguir buscando por sí misma. Hay personas que no hacen caso. Si buscamos al que está en el mismo lugar interior que nosotros no nos ayudará. Cuando no encontremos respuesta hay que mirar en otra dirección.

Las preguntas de los ángeles van más allá de lo científico y de estas razones. Interrogan por el sentido de las lágrimas. Saben que son signo de algo más profundo de la persona no mensurable en balanzas. La pregunta es creativa. Entra en el corazón para, desde dentro, germinar y hacerse comprensible. Pero María sigue aferrada a su manera de ver las cosas. Nuevamente la necesaria expresión de la vivencia interior irreal. Se lo han llevado. A pesar de todo, la pregunta ya está dentro de ella y produce un nuevo movimiento. Ahora se gira y mira en otra dirección. Esta es la intención de la pregunta divina por el sentido interior del sufrimiento: hacer mirar en la dirección adecuada para comprender y ver.

Ahora María ve sin reconocer, pero está siendo guiada a mirar en la dirección adecuada. Porque a la pregunta se puede responder también con teorías, Jesús da un paso más. ¿A quien buscas? El sentido de tus lágrimas es la búsqueda de alguien. El sentido de la vida está y es alguien real. La pregunta la hace una persona, porque sólo las personas preguntamos. Y si alguien me pregunta es signo de que está vivo. La muerte no puede preguntar, sólo deja silencio a su paso. Interrogarse en la muerte es camino de vida y de lucha contra ella.

Quien pregunta esta vivo y sabe mi nombre. Lloraba porque creía que el nombre había sido condenado al silencio. Cuando me llamas me haces reconocermelo vivo y capaz de responder. Si mi nombre pronunciado por ti ha sido condenado al silencio, en cierto modo yo también muero. Nunca más me nombrarás. Nunca más me darás vida con tu palabra. Pero ahora la cosa es distinta. María vuelve a oír su nombre. Quien lo pronuncia está vivo y ha vuelto a darle la vida que creía perdida, porque su vida y sentido es aquel a quien ama.

La fe permite ver lo que otros no ven. Ahora María reconoce a Jesús resucitado. Ahora ve lo que antes no veía. Quizá porque se ha convertido en una persona nueva en el encuentro con Jesús. Este encuentro mediante su Palabra nos hace personas nuevas capaces de ver en el acontecimiento de la muerte un paso a la vida.

Hay un detalle importante que no podemos pasar por alto. En la escena aparecen dos discípulos y dos ángeles. Son el signo del testimonio veraz que no proviene sólo de una persona sino que son dos los testigos. Los discípulos empiezan a creer juntos. Los ángeles, con su presencia en el sepulcro en el lugar donde estaba el cuerpo de Jesús, están dando testimonio de que allí no está y que la búsqueda entre los muertos no conduce al encuentro. Estas parejas del evangelio nos están indicando que el camino

a la comprensión del acontecimiento de la muerte no se puede realizar en solitario. Es necesaria la presencia, la compañía que me ayudará poco a poco a salir de mi pozo de irrealdad. El diálogo es necesario para no encerrarme en monólogos frustrantes. Cuando la intimidad herida dialoga consigo misma genera frustración y lágrimas.

La palabra de Jesús le hace mirar en la dirección correcta para que se produzca el encuentro, para que se crucen las miradas y las voluntades. La palabra de Dios nos mueve interiormente. Nos ayuda a caminar en la parálisis que puede suponer el duelo. Nos ayuda a mirar adecuadamente la muerte desde Jesús resucitado. La mirada al Dios de la vida desde el lugar de la muerte es camino de cambio real y posibilidad para la fe.

La pregunta y la respuesta desaparecen ante el encuentro de personas. El duelo no es preguntar o responder, sino encontrar a Jesús como sentido y persona que en quien me reconozco, ante quien se esclarece el misterio del hombre y de la muerte. Las teorías: existencialismo, ateísmo, sólo generan más preguntas y más respuestas. La fe sustituye las preguntas y respuestas por una persona: Jesús. No busquemos la fe como otra teoría más.

Desde la fe puedo «soltar» a la persona amada que ha muerto. No me aferro a recuerdos y al pasado sino que miro la vida completa de esta persona. Entiendo que, con la muerte se pasa a la vida de Dios, del Padre. Puedo «soltarle» porque se que no desaparece para siempre. Estando con Dios estará conmigo.

Aquí llega el final del duelo. Ahora queda el último paso. Elaborar la experiencia, integrarla en mi vida, y darla a conocer a otros. Así comprenderé cada vez más, desde la fe en el Señor, la vida y la muerte.

6. DEJAR MORIR.

«Le dice Jesús:

-Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.

María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: -He visto al Señor y me ha dicho esto».

María Magdalena, en su interior, no quiere dejar al Señor que muera. Está aferrada a Él de una forma que le impide reconocerle en la totalidad de su vida. Ir al Padre forma parte de la vida de la persona. Es el momento definitivo y el final del camino de la misma. Si quitamos este paso de su vida no la entenderemos nunca. De la misma forma, quitar este paso de la vida del hombre no nos permite comprenderla y nos sume en procesos de frustración.

Esta es una dimensión del amor hacia quien ha muerto. Dejarle morir significa para ti una «liberación de tu amor». Soltar las cadenas del amor, cuyo dinamismo interno pide ser para siempre, eterno. No limitarlo a la vida presente sino dejar que se introduzca en esa vida prometida por el Evangelio. Vivir que «el amor no pasa nunca».

El dolor que experimentas en este momento es consecuencia normal de una repulsa a «soltar» a la persona amada. No quieres y es normal. De hecho, medido en términos temporales, tu corazón está más acostumbrado a amarle viéndole que sin verle. También ahora hay que dejar su tiempo al corazón. No para que se acostumbre con visos de resignación, sino para que se eduque en esta nueva forma de amar que es amar sin ver, sin poseer.

Cuando amamos a alguien lo hacemos de forma total. Amamos todo lo que esa persona es, siente, ama y vive. Si no es total no es amor. Se ama a la persona y esta realidad alcanza todos los entresijos del amado. También cada parte de su vida. Por esta razón el amor se manifiesta de distintas formas según la necesidad del encuentro: perdón, comprensión, protección, fortaleza. Ahora he de aprender a amar a la persona que ha muerto en este paso. Digamos que la muerte y la nueva vida que comienza forman parte de la totalidad que pide ser amada. De hecho, sin su muerte, podemos decir que no consideraríamos «toda» su vida. «La muerte no es algo que suceda “en” el hombre junto a otras muchas cosas, sino que es aquello en que el hombre mismo se realiza en su condición definitiva»¹¹. Esto requiere un tiempo y una educación de tu corazón. No hay que tener prisa.

Para esta nueva forma de vivir el amor sólo podemos caminar acompañados de Jesús, que también ha vivido este paso. El lo llama «ir al Padre». Lo expresa en términos de camino ya que tiene en cuenta que es un proceso. Nosotros, con el amor hacia quien ha muerto, «vamos» con él. Nuestro amor no ha terminado en una vía muerta sino que ha partido, sigue caminando y requiere seguir siendo amado, pues el amor está relacionado con la vida, con dar vida, compartir la misma. Ahora esto será de una forma nueva que Jesús designa como «ir al Padre».

Recorrer este camino del amor requiere por tu parte una decisión de hacerlo. Quizá el momento inmediato de la muerte es demasiado pronto. No sería real pues también ha de llegar la plena conciencia de que quien ha muerto «ya no está». De hecho el Evangelio nos presenta a María Magdalena y los discípulos comenzando a transitar cordialmente esta nueva ruta del amor «a los tres días». Cifra real o simbólica, expresa un periodo determinado de tiempo no marcado por el hombre sino por Dios. Al tercer día, el tiempo que sea necesario, podrás empezar a ver las cosas de una forma distinta y tu corazón estará en condiciones

de recorrer nuevos caminos. Para descubrir cuando es ese «tercer día» del tiempo de Dios necesitarás del grupo de personas que están con Jesús, su Iglesia. En el texto siempre hay una referencia al grupo de los discípulos. La Iglesia te ayuda en tu camino de dolor. En lo que parecía una vía muerta, como hemos dicho, ahora hay un tren esperándote. Está en camino y se llama Iglesia de Jesús.

7. DISTINTAS RESPUESTAS.

*«Se dijeron los impíos, razonando equivocadamente:
La vida es corta y triste, y el trance final del hombre,
irremediable;*

*Y no consta de nadie que haya regresado del
abismo.*

Nacimos casualmente

Y luego pasaremos como quien no existió;

Nuestro respiro es humo,

Y el pensamiento, chispa del corazón que late;

*Cuando ésta se apague, el cuerpo se volverá
ceniza,*

Y el espíritu se desvanecerá como aire tenue.

Nuestro hombre caerá en el olvido con el tiempo,

Y nadie se acordará de sus obras;

Pasará nuestra vida como rastro de nube,

Se disipará como neblina

Acosada por los rayos del sol

Y abrumada por su calor.

Nuestra vida es el paso de una sombra,

Y nuestro fin, irreversible;

Está aplicado el sello, no hay retorno»

Así discurren, y se engañan,

Porque los ciega su maldad;

No conocen los secretos de Dios,

No esperan el premio de la virtud

Ni valoran el galardón de una vida intachable.

Dios creó al hombre para la inmortalidad

Y lo hizo a imagen de su propio ser».

Sab 2, 1-5. 21-23.

«La muerte circunda constantemente nuestra vida, y consiguientemente, la cuestiona de un modo radical»¹². Puedes responder de varias formas¹³ a esta cuestión. Dependiendo de la respuesta así será el tiempo del duelo. Toda solución que afirme que todo termina con la muerte llevará a un duelo que quizá termine con el tiempo, pero que te dejará siempre los interrogantes antes citados. Pensando así estamos diciendo que la vida no sirve para nada. Nuestras acciones no tienen ninguna relevancia pues terminan con nosotros o más adelante, pero terminan. La persona que muere se convertirá en un mero recuerdo en el corazón de algunos. ¡Qué lástima de vida si voy a terminar siendo sólo un recuerdo que terminará con quienes me recuerdan! Este tipo de mentalidad deja vacías algunas palabras importantes en la vida y en las relaciones: justicia, bien, verdad. Cada uno puede actuar como quiera pues todo acabará un día. ¿Para qué hacer el bien? ¿Qué pasa con las injusticias cometidas o sufridas por inocentes? ¿Nada sirve para nada? La vida se convierte así en un tremendo absurdo. Este tipo de respuestas alimentan aún más la tristeza.

Otros responderán diciendo que la vida se repite más tarde. Que la justicia de nuestras acciones determinará qué tipo de vida tendremos cuando esto suceda. Pero nada se dice de la desaparición del dolor, sufrimiento. ¿Tendremos que repetir de nuevo las circunstancias dolorosas de la existencia eternamente? Es más, ¿tenemos que dejarnos llevar por la rueda de un destino que condena a algunos a la infelicidad perpetua? ¿Estamos en manos de la casualidad? Esta forma de pensar conduce a un duelo basado en la resignación, no a una verdadera transformación, superación o cambio de vida.

También están quienes piensan que el único sentido de la vida es morir. Estamos en este mundo para morir. Nuevamente la invitación a la resignación y al vaciamiento de sentido de todas las cosas fundamentales de nuestra vida. Nuevamente un agravamiento de la tristeza.

Necesitamos una respuesta total y con sentido que explique la vida y que sitúe la muerte en su lugar, quitándole todo viso de superioridad frente al vivir. Es tu deseo callado ahora. Ante la persona que ha muerto desearías que volviera a la vida. Pero querrías una vida nueva. Que no tuviera la carga dolorosa que esa persona ha tenido que vivir. Que fuera un mundo nuevo de relaciones. Te gustaría que esa persona fuera perdonada de las cosas en las que se pudo equivocar y, por qué no, premiada por sus buenas acciones o su buen corazón. También desearías un mundo nuevo en que el amor fuera la palabra más importante. Por supuesto que nadie muriera más. Ojalá que en esta nueva forma de vivir las personas se relacionaran sanamente. Que no existiera el egoísmo, la envidia, las discordias. Podrías pedir que no existiera esta noche del dolor que experimentas ahora. Por último también sería necesario reconocermte parte de ese nuevo mundo como persona según la relación nuclear de todo ser humano: la familia. Un mundo donde no me sintiera huérfano. Donde no pudiera pensar que estoy sólo o que alguna vez puedo ser abandonado. Donde nada ni nadie pudiera hacerme daño.

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra han desaparecido, y el mar ya no existe. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, bajando del cielo, de Dios, preparada como una novia que se arregla para el novio.

Oí una voz potente que salía del trono:

-Mira la morada de Dios entre los hombres: morará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Les enjugará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado.

El que estaba sentado en el trono dijo:

-Mira, renuevo el universo.

Y añadió:

-Escribe que estas palabras mías son verdaderas y fidedignas.

Y me dijo:

-Se acabó. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Al sediento le daré de beber de balde del manantial de la vida.

El vencedor herederá todo esto. Yo seré su Dios y él será mi hijo. En cambio, los cobardes y desconfiados, los depravados y asesinos, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y embusteros de toda clase tendrán su lote en el foso de fuego y azufre ardiente –que es la muerte segunda-».

Ap 21, 1-8.

8. DICHOSOS LOS QUE LLORAN...

«Dichosos los afligidos porque serán consolados».
Mt 5, 4.

En el Evangelio de San Mateo aparece este mensaje consolador para todos los que sufren. Es una invitación a saberse dichoso no por el llanto en sí, sino por la especial atención que Dios presta a los que derraman lágrimas.

Este es tu caso. Las palabras van dirigidas a ti que lloras. Serás consolado. Pero no sólo en un futuro sin fecha concreta. Quien anuncia esta palabra de ánimo es el mismo Señor Resucitado. Él la pronuncia hoy para ti porque está a tu lado. Es más, se ha fijado en ti. Te ha escuchado. Has pedido su atención con tus sentimientos desbordados. Algunos dirán que la función de las lágrimas es drenar el dolor. Pero quien recoge esas lágrimas es el mismo Señor en su mano. Él sale a tu encuentro porque le has llamado. Él está a la escucha de tu abatimiento.

Su palabra es creadora. Hace lo que dice. Aunque tú no seas consciente tu llanto ha reclamado la atención de Dios y eso te transforma en principal interlocutor con Él. Ahora tienes un nombre nuevo. Ya no eres «el que sufre» sino «el que será consolado».

Además tu llanto no es sólo por tu dolor. Tiene otra dimensión que has de tener en cuenta. Es la aflicción por el mal que ha vivido la otra persona. Son unas lágrimas de rebelión contra la muerte como el peor daño que afecta a la humanidad. Estas lágrimas son compartidas por Dios. El no quiere el mal para el mundo que ha creado bueno. Sufre por la muerte de sus hijos.

Pero estas lágrimas que desaprueban la muerte por robar el bien que es la vida son ya signo de victoria. La muerte ha sido vencida. Es llanto por ver el daño que ha infringido en la humanidad, pero a la vez son confianza en una nueva vida que ha vencido a la muerte mediante la resurrección de Jesús.

Son camino de transformación y están llamadas a convertirse en lágrimas de emoción por descubrir que la persona que ha muerto vive ya la victoria de Jesús sobre el mal y su peor rostro, la muerte del hombre.

9. SIN MOLESTAR.

«El Reinado de Dios es como un hombre que sembró un campo: de noche se acuesta, de día se levanta, y la semilla germina y crece sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce fruto: primero el tallo, luego la espiga, y después el grano de la espiga. En cuanto el grano madura, mete la hoz, porque ha llegado la siega».
Mc 4, 26-29.

La posibilidad del tiempo del duelo es para ti algo así como este mensaje de la Palabra de Dios. Sin saber cómo, pueden crecer nuevas perspectivas desde la fe. Sin ser consciente Dios puede actuar en ti para que aflore una nueva realidad fruto de tu vida y de este sufrimiento por la persona amada.

El reino de Dios en nosotros es esa conversión de la fe en Jesucristo muerto y resucitado que abre la esperanza. Esta es la semilla que germina sin saber cómo. A partir de la fe en el que vive para siempre comienzan a crecer tallos y ramas que buscan el sol y llegar más arriba para abrazar mejor toda la vida. Las ramas son otros aspectos de la fe que irás descubriendo.

El tiempo del duelo es el tiempo de reposo de la semilla. La muerte de la persona amada ha abierto en tu corazón unos surcos, unas preguntas que necesitan respuesta. ¿Para qué la vida? ¿Es la muerte la última palabra? Dios viene a tu encuentro con la semilla de su Palabra para responder y reorientar tu vida a su tiempo, con la paciencia del sembrador que no fuerza la semilla. Simplemente confía en la fuerza interior de la misma y en el fruto esperado a su tiempo.

Es bueno saber que esta acción de Dios puede estar más allá de nuestra conciencia. Él no está limitado a nuestra vida consciente para actuar. En tu vida, ahora, hay muchas cosas que están dentro de ti a pesar de no darte cuenta. Recuerdos, cosas que aprendiste, emociones, afectos, que no están siempre en el nivel consciente. Pero no podemos negar que estén ahí. De la misma forma el Señor actúa dentro de nosotros. En algunos momentos pedirá nuestra atención y nuestra decisión, pero mientras tanto actúa «sin saber cómo».

No sentiremos la fuerza del Señor inmediatamente sino con el paso del tiempo. No se da de una vez para siempre, sino progresivamente como el crecimiento de la semilla.

La muerte pretende endurecer la tierra que eres tú. Pero, por la resurrección del Señor, las cosas negativas para la tierra: tristeza, abatimiento, son puntos de encuentro y de superación para el Resucitado. La dificultad y adversidad han comenzado a ser, a partir de la Resurrección, signos de su presencia elocuente y lugar de encuentro con el Señor.

“Estas son las verdaderas horas de Pascua en nuestra vida. Entonces obra Dios en nosotros las ocultas maravillas de su poder, que experimentamos –según expresión de Tertuliano–, no tanto cuando se nos quita el dolor, como cuando lo sufrimos. Cuando Dios parece no oírnos, cuando se esconde (...) entonces se hace realidad en nosotros el acontecimiento de Pascua que nos atrae la misma respuesta: Dios viene a nosotros y rompe el estrecho vaso de nuestra fuerza, para que el nardo de la fuerza de Cristo, que habita en nosotros, inunde todo nuestro ser. Entonces, nuestro yo que muere entra en el “sí” de Cristo, y de ese modo, en la victoria divina sobre el dolor y la muerte”¹⁴.

Ando por mi camino, pasajero,
Y a veces creo que voy sin compañía,
Hasta que siento el paso que me guía,
Al compás de mi andar, de otro viajero.

No lo veo, pero está. Si voy ligero,
Él apresura el paso; se diría
Que quiere ir a mi lado todo el día,
Invisible y seguro el compañero.

Al llegar a terreno solitario,
Él me presta valor para que siga,
Y, si descanso, junto a mí reposa.
Y, cuando hay que subir monte (Calvario
Lo llama él), siento en su mano amiga,
Que me ayuda, una llaga dolorosa.

Liturgia de las Horas. Himno Hora Intermedia, viernes I.

¹⁴ Rech P., *“Pasión y muerte del cristiano”*, en Nuestra Pascua, Benedictinas de Herstelle, Cristianismo y hombre actual, Ediciones Guarrama, Madrid, 1962, 35, 225-226.

10. ERES TÚ. SOY YO.

«María estaba frente al sepulcro, afuera, llorando. Llorosa se inclinó hacia el sepulcro y ve a dos ángeles vestidos de blanco, sentados: uno a la cabecera y otro a los pies donde había estado el cadáver de Jesús.

Le dicen:

-Mujer, ¿por qué lloras?

Responde:

-Porque se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto.

Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no lo reconoció.

Jesús le dice:

-Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, tomándolo por el hortelano, le dice:

-Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo. Jesús le dice:

-¡María!

Ella se vuelve y le dice en hebreo:

-Rabbuni —que significa maestro—.

Jn 20, 11-17.

María magdalena es una de las discípulas de Jesús. El Señor la ha curado por su amor y ella le ha seguido en el Evangelio. No ha huido en el momento de la muerte del Señor. Era de las que estaba mirando desde la distancia lo que sucedía. A los tres días acude al sepulcro y no encuentra el cuerpo de Jesús. Ella va buscando al maestro muerto y no le reconoce resucitado. En este texto San Juan nos ha dejado una de las páginas más hermosas que reflejan la intimidad de la persona que vive el camino del duelo. Las lágrimas de la Magdalena y el diálogo con Jesús fijan nuestra atención ahora. Vamos a escuchar de cerca su llanto para comprender lo que está sucediendo en su interior y en ti.

Me gustaría que me hablaras de ti. Cuéntame algo de tu vida. Las cosas más importantes que te definen, que te hacen ser quien eres. No hace falta que aparentes nada. Cuando aparentamos nos alejamos de nosotros mismos y, en los momentos duros, nos cuesta reconocernos. Perdemos muchas veces el rumbo ante las dificultades por no ser nosotros mismos. El momento de la muerte de quien amo es un espacio para ser consciente de nuevo de quién soy. Quién es la persona que sufre. Quién es quien oigo llorar y sufrir. Eres tú.

Olvida a todos los demás. Ahora quiero saber de ti. Posiblemente pienses que no puedes hacerlo ya que quien ha muerto era parte de ti y eso no permite ni que pienses en tu vida. Hacer esto pondrá orden por un momento a todos esos pensamientos que pasan por tu cabeza. No es ninguna fórmula mágica. No es el remedio a todo lo que sucede. Pero es una forma de escuchar tu nombre en este momento. Reconocer te en tu vida ahora. Porque si lo haces significa que tú no has muerto, y que sigues siendo esa persona importante para quien sí murió. Eres quien experimentó la reciprocidad del amor. Quien vio ensancharse todo su mundo interior al saberse amado. Esa persona sigues siendo tú. La muerte no ha roto quien tú eres. Y quien ha sido amado sigue pudiendo reconocerse como «quien ha sido amado». Ni la muerte puede destruir esta realidad que eres.

El dolor no nos despersonaliza. No dejamos de ser quienes somos. De hecho puedo elegir vivir el dolor en libertad cuando lo considero «mío», cuando quien posee ese dolor «soy yo». Del mismo modo puedo optar por no reconocirme sufriendo. No querer sufrir frente a la realidad que se me impone y que requiere este acto personal. Entonces es cuando el dolor «me vive». El dolor, la angustia, no tienen rostro. Son vientos sin dirección concreta. Pero tú sí que tienes rostro. Eres alguien. Puedes controlar la dirección de tu vida a pesar de estos «vientos desatados». Pero sólo lo puedes hacer si eres realmente tú. Tú vives el duelo.

«Yo decido vivirlo». «Esto me ha pasado a mí y lo reconozco». No puedes dialogar con quien no tiene rostro. Este es el peligro de muchas personas ante el acontecimiento de la muerte de la persona amada. Y entonces se unen al desvarío de la angustia sin rumbo. Mi invitación a dialogar conmigo abre tu oído ante quien te puede responder y pronunciar tu nombre. Esto es camino seguro y es un paso importante.

Es cierto que en los primeros momentos que siguen a la muerte de quien amas es difícil darte cuenta de esto. Pero tampoco es necesario. No te culpes por no ser consciente de esta realidad. No pasa nada por no querer aceptar ahora el dolor. No tienes por qué aceptar la muerte de quien amas ya. Pero sí que puedes aceptar que quien no acepta eres tú.

También sucede que, ante el silencio de quien amo, no somos capaces de escuchar nada más. Nuestro verdadero deseo es escuchar la voz en la que nos reconocemos. La voz que despierta el amor y un mundo de vivencias en nuestro interior. Cuando no tenemos esa voz parece que todo está en silencio.

En el momento del dolor de María Magdalena, que vemos llorando a la entrada del sepulcro, Jesús pronuncia su nombre. Sigue siendo ella. En el proceso de reconocermelo sufriendo puedo escuchar la voz de Jesús que dice mi nombre y en esa voz me reconozco. María se reconoce como «la que ha sido amada». Este es la raíz y sentido de la vida de toda persona. Y es indestructible a la vez que inexpressable en palabras.

María eres tú que sufres. Eres tú que te acercas a la muerte, o a quien la muerte se ha acercado. Habiendo mirado de frente la muerte experimentas temor. Pero no temas el temor. Una mirada de conjunto a este relato del Evangelio nos recuerda que el temor es normal y que será superado y se convertirá

en esperanza. Ahora Jesús está pronunciando tu nombre desde la orilla de la vida nueva en la que ha empezado a caminar aquella persona que amas y que ha muerto. Él sabe tu nombre: «soñar, amar, servir y esperar que me llames, tú Señor, que me miras, tú que sabes mi nombre»¹⁵.

Oír tu nombre en estas palabras es un paso importante. No significa que ha de ser ahora. Quizá sea dentro de un tiempo. Posiblemente de una forma inesperada comiences a ser consciente de este «soy quien he sido amado». Cuando suceda alégrate porque esta realidad esconde tu nombre pronunciado por el Invisible, por Jesús. Y si escuchas su voz quizá te des cuenta además que, de la mano de quien me llama, está la persona que amo y ha muerto.

Ahora puedes dejar de leer y pensar en estas letras. Piensa en esa honda unión con quien ha muerto. Recuerda que, si lloras, es porque has sido amado. No olvides que este nombre, «soy quien he sido amado», no pasará nunca pues ha sido verdad, aunque cueste recordarlo en estos momentos. Cree que este nombre es pronunciado por el Señor que sale a tu encuentro sin forzarte, sin agobiarte.

¹⁵ Liturgia de las Horas. Himno Hora Intermedia, miércoles I.

11. SUS HERIDAS NOS HAN CURADO. CONTEMPLAMOS LA MUERTE DE JESÚS.

«Nuestros pecados Él los llevó en su cuerpo al madero, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus cicatrices nos sanaron».
1Pe 2, 24.

En este momento de silencio me gustaría que te detuvieras y me contemplaras. Mira mi cuerpo clavado en la cruz. Mira mis manos y mi costado traspasado. Mírame coronado de espinas. Todo este dolor tiene sentido por alguien muy especial y único para mí: TÚ. Sólo porque te quiero.

Mira mis manos. Están clavadas a la cruz e inmóviles. Tus manos también están muchas veces así. En varias ocasiones habrás sentido que tenías las manos vacías. Que los trabajos que hacías con ellas no servían para nada. Quizá ahora estén así. Ante la muerte de quien amas tus manos no se pueden mover. Quizá el único movimiento es el temblor de la angustia. O, a lo mejor, están buscando otras manos a que aferrarse para encontrar alivio. En las manos traspasadas por el dolor, los proyectos e ilusiones que intentamos construir con ellas se caen, se derrumban. Pues si piensas que tus manos han sufrido esto mira las mías. El día que entregué mi vida estaba pensando en tus manos, y desde entonces cuando el trabajo viene cargado de dolor, cuando las manos parecen inmóviles ante las tareas cotidianas, cuando la muerte las deja frías, mi amor está presente en ti. Mis manos son las tuyas. Tus manos que duelen están unidas a las mías.

Mira ahora mis pies. Clavados tampoco los podía mover. Y es que la vida, las circunstancias o las personas a veces nos dejan «clavados». Hay momentos en la vida en que no queremos seguir caminando porque nos sentimos incapaces de poder dar un paso más. Ahora no puedes caminar y sé lo que sientes. Puede ser que las decisiones que tenemos que tomar también nos

paralicen: «¿qué es lo correcto?». Muchas veces a mi me pasó lo mismo. Y por seguir los pasos de la verdad y del bien me persiguieron a muerte. Por hacer brillar la belleza de la vida me mataron. Por luchar contra la muerte que destruía a los hombres me condenaron a sufrirla. Desde entonces cada paso que das y que te duele por las piedras que aparecen, cada vez que el camino se hace difícil de transitar, cada vez que te faltan las fuerzas para caminar...mis pies son los tuyos. Amo cada uno de tus pasos. Tus pies traspasados de dolor están unidos a los míos. ¡Sigue adelante a pesar de todo!

Mira mi cabeza. Tiene una corona especial. Es una corona que se clava en ella. Y el dolor fue insoportable. Pero lo soporté con amor y entereza porque sabía que tú también ibas a sufrir muchos dolores de cabeza. No de esos que se arreglan con aspirina, sino de los que no nos podemos quitar y que duelen de verdad: ese problema, aquella preocupación, la enfermedad o la muerte de quien quiero. ¿Qué te preocupa hoy? ¿Qué dolor te ronda por la cabeza? Mira mi corona de espinas nuevamente para comprender que yo te acompaño cuando aparece ese sufrimiento. Hoy tu mente embotada y oscurecida por el dolor es mi mente. Mira mi corona de espinas y piensa todo lo que me dolió. Lo aguanté por ti. Porque te quiero. Porque hoy sigo pensando en ti.

Por último te invito a que mires mi costado traspasado. Aquella lanza llegó a mi corazón. No fue una herida superficial ni un mero rasguño. Llegó hondo. Y es que sabía que las heridas más profundas son las del corazón. Las que nos hieren en el amor. ¿Cómo está tu corazón? ¿Qué lado del amor te duele más? ¿Cuál es la herida más honda que tienes? Si yo dejé que traspasaran mi corazón era porque sé que es lo más doloroso. En el corazón está el sentido de la vida porque somos por amor y para el amor. No sabemos quienes somos si no tenemos amor. Por todas tus heridas en tu corazón fue herido el mío. Dentro de

mi costado, al lado de mi corazón, está tu nombre. Tu corazón está en mi corazón.

Pero todos estos sufrimientos acabaron un día. Fueron camino de sentido y vida, camino de felicidad. Todo acabó al tercer día. Las heridas se llenaron de sentido, de luz, de vida con la resurrección. Las lágrimas se secaron al sol de la mañana de resurrección. Y esto es lo que también te prometo a ti y a toda persona. Todo lo que sufras tiene un sentido, es camino misterioso hacia una felicidad que cuesta de vislumbrar a primera vista. Yo tengo preparado para ti una fuente de amor que las curará. Acércate a mí. No tengas miedo. Eternamente te amo.

Jesús de Nazaret.
El crucificado por amor

«¡A ti la gloria, a ti que con tu cruz elevaste como un puente sobre la misma muerte, para que las almas pudieran pasar por él desde la región de la muerte a la región de la vida!

¡A ti la gloria, a ti que asumiste un cuerpo mortal e hiciste de él fuente de vida para todos los mortales!

Tú vives para siempre; los que te dieron muerte se comportaron como los agricultores: enterraron la vida en el sepulcro, como el grano de trigo se entierra en el surco, para que luego brotara y resucitara llevando consigo a otros muchos»¹⁶.

12. EL TIEMPO.

*«Todo tiene su tiempo y sazón,
Todas las tareas bajo el sol:
Tiempo de nacer, tiempo de morir;
Tiempo de plantar, tiempo de arrancar lo plantado;
Tiempo de matar y tiempo de sanar;
Tiempo de destruir y tiempo de construir;
Tiempo de llorar y tiempo de reír;
Tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar;
Tiempo de arrojar piedras y tiempo de recogerlas;
Tiempo de abrazar y tiempo de desprenderse;
Tiempo de buscar y tiempo de perder;
Tiempo de guardar y tiempo de desechar;
Tiempo de rasgar y tiempo de coser;
Tiempo de callar y tiempo de hablar;
Tiempo de amar y tiempo de odiar;
Tiempo de guerra y tiempo de paz».*

Eclesiastés 3, 1-8.

Todo tiene su tiempo, su momento oportuno. Seríamos sabios si comprendiéramos lo que toca hacer en cada momento. Muchas veces acertamos pero otras erramos en el tiempo. Este poema del tiempo que aparece en el libro del Eclesiastés también puede ser una reflexión esperanzadora. Los tiempos los determina Dios y Él puede hacer que a uno le suceda otro. El tiempo vital puede ser transformado por Dios. Es promesa, realidad y esperanza¹⁷ para el tiempo del dolor que vives ahora.

Una de las sensaciones habituales que experimentarás será «como si el tiempo se detuviese». Parece que no pasan las horas. Que el reloj no quiere recorrer este camino de dolor contigo. Los segundos no coinciden con las lágrimas que se derraman. En la era de las prisas y de la velocidad tu tiempo no pasa. Y es que las cosas importantes de la vida requieren un tiempo especial. En los momentos de especial relevancia queremos que «se detenga el tiempo». Anhelamos poder amarrar las manijas del ritmo de la vida para que el momento «sea eterno».

¹⁷ Balthasar U. V., Teología de la Historia, Cristianismo y hombre actual, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959, 4, 49.

Esta sensación nos hace sumergirnos en un aspecto necesario. Al morir alguien importante, el corazón queda profundamente herido. Comienza una pregunta interior por el sentido de la vida y el amor. Con estas preguntas estamos rozando las cuestiones universales del hombre, las preguntas que toda la humanidad alberga en su interior. Descendemos, de la mano del amor, a lo esencial de la vida. Podemos decir que bajamos a lo eterno que está dentro de toda persona y que es la raíz del tiempo. Por esto, la sensación del tiempo detenido es vivencia de la eternidad. Y, en este sentido, nos acercamos a Dios que vive en esta eternidad.

Quiero caminar contigo en este «tiempo detenido». Posiblemente leyendo comprenderás que es una sensación normal y que esconde un significado hondo. Deja el reloj con su marcha y vamos a concentrarnos en este tiempo especial. Si parece que no pasan las horas es porque estás viviendo un acontecimiento importante. Así las cosas cambian.

El tiempo del duelo que vives, este camino del dolor del corazón que se ha sabido amado, es un acontecimiento con una densidad única. Nuestro reloj del corazón aminora la marcha con una sabiduría que escapa a nuestra comprensión. Ha de ser así pues, de otra forma, pasarías de largo ante este instante. Parecería que el sufrimiento pasa rozándote para olvidarse mañana. ¿Cómo sería tu vida si mañana todo volviera a la normalidad? ¿Qué importancia tendría esta persona en tu vida si, dentro de un rato, fuera un mero recuerdo?

ES DE NOCHE.

«La ciudad no necesita que la ilumine el sol ni la luna, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero. A su luz caminarán las naciones, y los reyes del mundo le llevarán sus riquezas.

Sus puertas no se cerrarán de día. Noche no habrá allí».

Ap 21, 23-25.

Este tiempo del corazón es el que ahora determina las horas. Digamos que va a marcar el momento del día y la noche sin coincidir con lo que ven tus ojos o los demás. Algunos querrán forzar el día en tu vida. Te pedirán que te animes, te repetirán palabras de ánimo. En definitiva, querrán que sea de día en tu interior, sin saber que realmente acaba de comenzar una noche cerrada. Su tiempo no será el tuyo.

«La desesperación es conciencia del tiempo cerrado, del tiempo como prisión»¹⁸. Esta conciencia puede estar latente en el duelo. El tiempo aparece como repetitivo, cerrado, sin sentido ni respuesta. De alguna forma existe un cierto temor a abrir el propio tiempo pues se percibe una incapacidad, una falta de fuerzas. Es necesaria la esperanza como fuerza para abrirme. El tiempo se convierte en asfixiante si carece de la esperanza, de lo eterno que lo anima y fundamenta.

Ahora vives la noche. Un momento oscuro. Desearás soledad, silencio, tranquilidad. Son las cosas que se desean cuando es de noche. Las sombras alcanzan todos los lugares de tu interior: sentimientos, emociones, esperanzas, razón.

La noche también es el tiempo de la intimidad del amor. De esta forma, el tiempo que vives aparece relacionado con el amor por quien ha muerto. Tiempo, noche, amor, muerte. Esta es la relación que puede haber ahora en tu interior. Aparece la

¹⁸ Marcel G., «Fenomenología y metafísica de la esperanza», en *Homo Viator*, Sígueme, Salamanca, 2005, 65.

contradicción porque está la muerte en este escenario del amor y de la intimidad. Pero también podemos caer en la cuenta de que en la noche crece la vida sin saber cómo. Es el momento en que vivimos aquello que escapa a nuestra razón y percepción. Marca un tiempo esencial en la vida de toda persona ya que sus fuerzas son restituidas en el sueño por la noche. ¿Y si la noche que ahora vives fuera un tiempo para «restituir la fuerza del amor»? ¿Y si el tiempo del duelo es un espacio para reconstruir el corazón roto por la muerte? «Haz que sepa adivinar entre las sombras la luz, que nunca me ciegue el mal, ni olvide que existes tú»¹⁹.

Probablemente no seas consciente de esta realidad. Pero, con el ejemplo de la semilla que germina y crece sin que el labrador sepa cómo, podemos afirmar que la vida escapa a nuestra percepción. Hay una fuerza interna que empuja a la vida y que no depende de que nosotros seamos conscientes de la misma. Esta fuerza está también en ti y es alentada por Dios que determina los tiempos: «La noche no interrumpe tu historia con el hombre; la noche es tiempo de salvación»²⁰.

La noche convierte la palabra en susurro, en palabra de amor que no fuerza a la persona amada. Así es la Palabra de Dios. No quiere imponerte nada. Solo acompañarte. Puedes leer los relatos del Evangelio que te ofrecemos o alguna oración. Son palabras de esperanza. Pero son palabras con las que Dios nos recuerda que está a nuestro lado y lo que un día hará en nuestra vida. Ahora pueden ser simplemente una oportunidad para leer algo distinto. Para escuchar palabras de consuelo que alivian, no quitan, el dolor que sufres por la muerte. Pueden ser como luces que están ahí, que no queman, pero que te darán la tranquilidad de una presencia a tu lado. Son un susurro de Dios para ti que lloras: «mas entonces me miras..., y se llena de estrellas, Señor, la oscura noche; y detrás de tus huellas, con la cruz que llevaste, me es dulce caminar»²¹.

En nuestra mentalidad la noche es el fin del día, un momento oscuro que concluye cada jornada. Tú puedes sentirte así. En la oscuridad de una conclusión que te ha venido dada, que no has buscado y que ha caído sobre ti. Pero te puede ayudar mirar las cosas de otra forma. Para la mentalidad bíblica la noche es el comienzo de un nuevo día. Al día no le sigue la noche sino a la noche le sigue el día. Es la oscuridad que anuncia un nuevo día. Cuando se ve la primera estrella en el cielo ya empieza una nueva jornada. La caída de la noche no es momento de conclusión sino que es un símbolo de una nueva oportunidad regalada por el nuevo día que comienza. Imagínate que la noche del dolor que vives no fuera un momento de oscuridad que no sabes dónde te conducirá, sino el preludio de una nueva realidad en tu vida. Con este momento de sombra se inaugura un nuevo día en tu historia. Una nueva vida llena de posibilidades, llena de luz. De esta forma este momento que vives proclama novedad y está abierto a la esperanza. «El día celeste resplandece, brilla, fulgura sin cesar y no hay oscuridad que pueda con él. La luz de Cristo luce, ilumina, destella continuamente y las tinieblas del pecado no pueden recibirla»²².

«Allí no habrá noche. No les hará falta luz de lámpara ni luz del sol, porque los ilumina el Señor Dios, y reinarán por los siglos de los siglos».
Ap 22, 5.

Palabras en la noche.

Señor mío.

En la noche tú caminas conmigo.

Tú me acompañas siempre, aunque no sea consciente.

No siempre te veo o te oigo.

Hazme capaz de sentirte cerca, de verte a mi lado.

Llévame sobre tus hombros de Buen Pastor porque me faltan las fuerzas.

²² Liturgia de las Horas, San Máximo de Turín, Sermones, Tomo III, 695.

*Transforma el camino de mi vida.
Que descubra que estás aquí aunque no te vea en la
noche.
Anímame desde el fondo de mi corazón para seguir
adelante.
Sostenme cuando no pueda más.
Sal a mi encuentro cuando las lágrimas cubran mis ojos.
Que comprenda no me abandonas el dolor.
Que entienda que, en la noche, tú eres la Noche.
Que me sepa protegido por tu manto de suave oscuridad.
Gracias Señor mío.*

AL AMANECER.

*«Pasado el sábado, al despuntar el alba
del primer día de la semana, fue María
Magdalena con la otra María a examinar
el sepulcro».
Mt 28, 1.*

Pasado el sábado, el día de descanso de los judíos, en el que no podían realizar ningún trabajo ni recorrer una distancia determinada, estas mujeres van a visitar el sepulcro. Van al amanecer. El día ya había comenzado con la primera estrella de la noche. «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 62).

Está pasando la noche. Las mujeres acuden al amanecer del domingo al sepulcro. Dice el Evangelio que es “el primer día de la semana”. Se nos va a narrar la acción de Dios que va a transformar sus vidas. Ellas están viviendo el duelo. No sólo temporalmente, sino interiormente, han pasado tres días: el día de la muerte, el día del descanso y el primer día de la semana. Este es el proceso que vives tú también.

Vamos a caminar por estos tres días para ver algunas de sus características ya que pueden darnos una idea de los pasos que podremos dar en este tiempo del dolor.

EL DÍA DE LA MUERTE.

«Jesús, lanzando un nuevo grito, expiró.

El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron y muchos cadáveres de santos resucitaron. Y, cuando él resucitó, salieron de los sepulcros y se aparecieron a muchos en la Ciudad Santa.

Al ver el terremoto y lo que sucedía, el centurión y la tropa que custodiaban a Jesús decían muy espantados:

-Realmente éste era Hijo de Dios.

Estaban allí mirando a distancia muchas mujeres que habían acompañado y servido a Jesús desde Galilea. Entre ellas estaban María Magdalena, María, madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos».

Mt 27, 50-56.

Es el día de la muerte de Jesús. También el día de la muerte de tu persona querida. Ha muerto. Este hecho desencadena una serie de acontecimientos que nos narra la Palabra de Dios. Todos tienen que ver mucho con lo que a ti te sucede. Ninguna muerte deja totalmente indiferente. Mueve a quienes rodean de alguna forma. En nuestra perspectiva como cristianos creemos que somos criaturas de Dios. Estamos unidos a todos porque formamos parte de una misma humanidad. Tú y yo estamos unidos. Esto es la verdadera solidaridad. Pero no sólo entre nosotros sino también con el resto de la creación de Dios. Formamos una unidad salida de las manos de Dios. Una unidad de amor. Una unidad de vida. Por tanto, la muerte de una criatura podemos decir que afecta de alguna forma a las demás de acuerdo con la unidad mencionada.

De esta forma entendemos los acontecimientos que siguen a la muerte de Jesús. No son de carácter terrible o para asustar. Se recoge el estremecimiento de toda la creación por la muerte de Jesús.

En nuestra vida sucede lo mismo. Ha muerto alguien al que estaba unido por el amor. Todo su alrededor va a estremecerse por este acontecimiento. La muerte afecta la realidad circundante.

Se rasga el velo del corazón. En él estaba fundada nuestra relación. Detrás de este velo estaba nuestra historia común, nuestra intimidad. Era algo sagrado. Lo custodiábamos como se custodia un tesoro, algo de infinito valor. Todo estaba protegido por un velo. Es un signo nupcial, signo de amor y entrega sagrados. Porque así es el amor: vulnerable, débil, pero a la vez es capaz de separar la relación sagrada de dos personas de todo lo demás, capaz de proteger, de resguardar de enemigos externos. Tras este velo también había una presencia de Dios. Porque donde existe esta relación en el amor ahí está presente el Dios del amor.

Hay un terremoto. Las piedras se parten. Es el terremoto de los sentimientos, de los pensamientos que van y vienen. Las piedras, que pueden ser ese signo de las fuertes convicciones, de las verdades selladas en tu interior, todo se rompe por la muerte. ¿Ahora qué? ¿Qué esperar a partir de ahora sin la persona que amo?

Fíjate que, junto a estos acontecimientos, aparecen también personas que reconocen que Jesús era Hijo de Dios. Se anuncian palabras de fe. También el símbolo de los sepulcros que se abren y muchos resucitan. Son realidades que pertenecen a la fe. Pero no están separados de todo lo demás. Están unidos como indicando nuevas posibilidades ante el momento de la muerte.

*«En presencia de su Dueño se estremece la tierra,
En presencia del Dios de Jacob,
Que transforma la roca en estanques,
El pedernal en manantiales».
Sal 114.*

De hecho, los signos del terremoto, el velo, las piedras que se rompen, son también signos que anuncian una acción inminente de Dios. Cuando en la Palabra de Dios encontramos este tipo de lenguaje es para poner en situación al lector ante una nueva acción poderosa de Dios. ¿Puede ser que también en tu vida Dios quiera realizar alguna acción poderosa acompañándote en este acontecimiento del duelo?

Mirando a distancia estaban unas mujeres. Ellas conocen bien a Jesús. Le han acompañado y le han servido. Se han sabido amadas por él hasta el extremo. Y ahora miran a distancia. Ante el paso de la muerte surge la distancia. Es un momento tan personal que no se puede vivir con el otro. Y sólo podemos mirar a distancia. La provoca la muerte, pero también es la distancia del amor que deja morir, que deja que la persona termine su vida. Ellas sólo miraban. Mirada, distancia, amor y dolor. Son gestos que se repiten hoy en tu vida. Es como estar dentro de esta escena. Y en la escena está Jesús.

Su presencia siempre es la antesala de alguna sorpresa, de algún milagro. Pero ahora está muerto. Ahora calla. Con la muerte calla. En la muerte de tu ser querido muere con él. Pero está. Está en silencio pero no se marcha de la escena. Hoy tampoco se ha marchado de la escena de tu duelo. Esta aquí en silencio. Un silencio y una presencia que presagian algo nuevo. ¿Quizá “el tercer día” de tu tristeza?

La ruptura del velo inauguraba una nueva forma de relación con Dios, una nueva forma de presencia más allá del espacio y tiempo físicos. ¿Puede ser que la ruptura del velo de

vuestro amor con la muerte inaugure una nueva forma de amar más allá del tiempo y del espacio? Así nos ama Jesús Resucitado. Estamos hablando de una dimensión del amor que no se le puede negar y que concede validez al deseo del hombre de un amor eterno. Esta nueva forma de amar también justifica el poder mantener una relación en el amor con la persona que ha muerto. Nuevamente puedo afirmar: «amo y soy amado».

EL DÍA DEL DESCANSO.

«Se volvieron, prepararon aromas y ungüentos, y el sábado guardaron el descanso de precepto».

Lc 23, 56.

Entre el día de la muerte del Señor y el de su Resurrección media un día de descanso. Las mujeres que aparecen en el Evangelio ese día descansan. Los judíos celebraban este día el descanso sagrado de Dios y del hombre. Es un tiempo para ser conscientes de que somos de Dios, que todo le pertenece. La tierra no se trabaja ni los animales salen al campo. Todos tienen derecho a ello. Es un día de descanso también para los esclavos para reconocer que ante Dios no hay clases. Es un día dedicado al Señor por completo.

Día sagrado.

Este día podemos relacionarlo con el tiempo del duelo que vives. Será un tiempo dedicado a ser consciente de lo sucedido. Es un tiempo sagrado. Porque es un tiempo de reconstrucción interior. La memoria necesita ser restaurada. Los sentimientos recolocados. Los recuerdos puestos en su orden correcto y en el marco adecuado. Es tu tiempo. Y cuando es tu tiempo también es el tiempo de Dios. Es un tiempo para ser consciente de la

acción de Dios en ti. Para dejar que él actúe por medio de la esperanza. Es el tiempo de las preguntas, de la no aceptación o del rechazo de lo acontecido, el tiempo de la restauración. Digamos que es como un viaje que emprendemos sin programar y que, conforme avanzan los días, vamos organizando. Más tarde te darás cuenta del trayecto recorrido.

En este tiempo puedes darle cabida a Dios en tu viaje. Rechazarlo al principio quizá es normal, pero acogerle en tu dolor puede abrirte nuevos caminos. Es el tiempo en que seleccionas tus compañías en el viaje. Habrá momento en que decidas ir solo, otros junto a alguien, quizá con este libro, o con algún recuerdo. En tu espacio y tu tiempo sagrado tú decides. Este tiempo si que no admite prisas, ni correr hacia delante saltando etapas. No esta permitido dejarnos llevar por cosas superfluas. Ya te has dado cuenta de lo que vale la vida para dedicarla este tipo de cosas. En este tiempo tu mundo interior puede adquirir nuevas dimensiones, puedes llegar al fondo con la luz de la fe, luz segura.

Día de la memoria y la historia.

Este día también se recordaba la historia de la relación de Dios con su pueblo. Era una relación de amor y fidelidad por parte de Dios. Muchas veces había actuado para salvarle de la desgracia. Es el día de la memoria.

Para ti también el duelo es tiempo de la memoria. Es momento de volver atrás, ejercicio difícil, y recordar acontecimientos, lugares, experiencias del pasado que os tengan como protagonistas a ti y la persona que ha muerto. A muchas personas esto les ayuda, a pesar del esfuerzo que supone. Hacer memoria es más que recordar. Los recuerdos pueden aflorar inconexos mientras que la memoria es un ejercicio que busca el sentido de los mismos en una unidad coherente. Es hacer resonar

en tu conciencia situaciones importantes en el marco de la historia compartida y única de vuestra relación. Hacer memoria reconstruye no sólo la historia sino que produce una serie de movimientos internos: acción de gracias, asombro, fascinación por el descubrimiento de un sentido quizá oculto hasta ahora. Estos movimientos internos son terreno para la acción de Dios, pues son actitudes del creyente.

Biografía de la relación.

«Puesto que muchos emprendieron la tarea de relatar los sucesos que nos han acontecido, tal como nos los transmitieron los primeros testigos presenciales y servidores de la Palabra, yo también he pensado, ilustre Teófilo, escribirte todo por orden y exactamente, comenzando desde el principio; así comprenderás con certeza las enseñanzas que has recibido».
Lc 1, 1-4.

El comienzo del Evangelio de Lucas nos presenta la intención del autor: escribir todo por orden y exactamente, comenzando desde el principio, los sucesos que han acontecido. Son los sucesos de la vida de Jesús. A lo largo de la historia este texto se reconoce como lugar de encuentro con Dios, Evangelio.

Muchas personas afirman que les ha ayudado escribir su propia historia. Es lo que llamamos biografía. No consiste en depositar en papel recuerdos llamativos sino en mostrar la vida desde su interior. Puede ser útil escribir los acontecimientos que os han unido. También puedes recoger los recuerdos y testimonios de otros para unirlos a tu historia. Narrar el amor ayuda a resituar la relación y a percibir las corrientes subterráneas de la misma para encontrar un sentido, una orientación. La biografía pone orden interior a la vida, y este orden es necesario frente al

bombardeo que ha producido el dolor de la muerte. Narrando la vida puedes asombrarte de detalles que habías pasado por alto. Al principio sobredimensionarás a la persona amada. Pero poco a poco adquirirá su lugar real en tu vida y serás consciente del tuyo en la suya.

Algunas veces, no poder escuchar últimas palabras de quien ha muerto produce angustia. Escribir vuestra biografía también te ayudará a descubrirte en la otra persona, en su pensamiento y amor. Te puede dar una idea certera de quién eras tú para quien ha muerto. Este ejercicio, por último, te ayuda a algo que quizá dabas por imposible: el diálogo real con esa persona.

Geografía de los encuentros.

«Id ahora a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ellos a Galilea. Allí lo verán, como les había dicho».
Mc 16, 7.

Jesús resucitado ordena a las mujeres con las que se encuentra en la mañana de la resurrección que vuelvan a Galilea para encontrarse con Él. Galilea es un lugar significativo para los discípulos pues guardan numerosos recuerdos de sus acciones en aquellas tierras. Ahora es lugar de encuentro con el Resucitado.

Unida a la biografía de vuestra historia está lo que podemos llamar «geografía de los encuentros». En tu vida hay lugares especiales compartidos con la persona amada. Pues bien, también recordar y situar en la memoria los lugares puede ayudarte en este momento. Como en la biografía, muchos recomiendan volver a estos lugares. Están impregnados de vida, emociones, sentimientos, que es preciso integrar en tu vida en estos momentos.

No se puede situar en el tiempo cuándo es el momento para realizar la «biografía» y «geografía» de vuestro amor. Evidentemente no en los primeros días que siguen al fallecimiento sino más adelante, al tiempo de retomar la actividad cotidiana. Simplemente el hecho de saber que te puede ayudar es lo que pretendo con estas letras. Tú podrás determinar qué momento es el mejor porque descubras, sientas y alguien te indique que estás preparado para ello.

Historia agradecida.

«Te damos gracias por todos los dones con que lo enriqueciste a lo largo de su vida; en ellos reconocemos un signo de tu amor y de la comunión de los santos»²³.

Es importante leer la historia de vuestra relación buscando aquellas cosas que nos muevan a la acción de gracias. Su forma de ser, su manera de pensar o de encarar la vida, cómo resolvía los problemas. La memoria agradecida se convierte en escuela de amor y espacio de reconocimiento de los dones de Dios en la otra persona. Todos poseemos alguna característica personal que nos define con respecto a los demás y que manifiesta que somos únicos. Rastreamos la biografía de la relación para encontrar estos aspectos únicos. También te puede ayudar buscar aquellos momentos en que esa persona te ayudó a ti o a otros por ser ella misma.

Ven en mi ayuda.

*Señor Jesús,
Ayúdame a hacer memoria.
Dame luz para descubrir el interior oculto del amor que nos unía.*

Hazme descubrir el sentido de todos aquellos momentos que compartimos.

Aclara la noche de mi razón olvidadiza para recordar.

Vacía mi corazón de falsas esperanzas, de falsos consuelos que engañan.

Dame la fortaleza que brota de esperar sólo en ti.

Serena mis sentimientos de rabia y culpabilidad.

Afianza en mi vida la confianza en tu Palabra de Vida.

No me dejes de la mano.

Condúceme por tus sendas.

Alivia mi dolor para que comprenda el misterio de la vida.

Ayúdame Señor.

EL «TERCER DÍA».

«Este es el día en que actuó el Señor:

Sea nuestra alegría y nuestro gozo».

Salmo 117.

Nos acercamos a este tercer día de la mano de la experiencia de María Magdalena. Le hacemos la misma pregunta que Jesús.

¿POR QUÉ LLORAS? CARTA DE MARÍA MAGDALENA.

Esta fue la pregunta de Jesús aquella mañana. Y cada día que pasa la voy entendiendo mejor. Es imposible que se me borre de la cabeza y el corazón. Sus palabras, como siempre, provocaron un movimiento en mi interior que es inolvidable.

Desde hacía tiempo éramos grandes amigos. El me encontró por las sendas torcidas de mi vida. El me curó, me

levantó, me enseñó a vivir sin miedo. Con él aprendí a ser libre, porque comprendí que mi libertad era estar cerca de él. En su camino descubrí una vida nueva que realmente es posible: amar sin reservas, dar la vida en cada instante de la misma, perder para ganar, morir para vivir, nacer de nuevo, perdonar con las entrañas de Dios.

Hablar con él encendía el corazón. Y era fácil amarle, ¡cómo no hacerlo! Sus palabras cautivaban, sus gestos rebosaban el mismo amor de Dios, su mirada ardiente y su sabiduría. De él salía una fuerza que amarraba los corazones a su paso.

Los demás discípulos no entendieron muy bien que seguirle era amarle. Su proyecto parecía fracasar, pero la fuerza interna de todas sus acciones era Él mismo, pues sólo Dios es capaz de vencer el poder del mal en el hombre. Muchos le abandonaron asustados. Pero el amor a Jesús me impidió dejarle solo en el momento de su muerte. Estaba enamorada de Él perdidamente, estaba enamorada del Dios de mi vida y sabía que no podía morir este amor que sabía a eternidad hecha carne.

Pero sucedió que lo mataron. Dejó de respirar en un último suspiro y una última palabra: «Padre». Era como un guiño de confianza en el último momento y un mensaje para toda la humanidad. Era como decir que estaba viendo ya al Padre que salía a su encuentro para abrazarle llorando de emoción. Pero todo acabó. Vino el silencio, la oscuridad, la muerte. A pesar del amor y las promesas la fuerza de la muerte pesa sobre nosotros. Sigue siendo la puerta cerrada e infranqueable por la razón y el corazón. Y así lo viví yo.

Se había apagado la voz en la que me sabía reconocida. Sus labios ya no decían mi nombre con esa mirada cómplice que el Señor dirige a todos. Y esto producía un inmenso dolor. Jesús ya no podía responderme a mis súplicas, a mis preguntas inocentes

sobre su Reino, ya no podía llamarme para pedirme algún servicio. Ya no podía responder. Y esto es un signo de que la muerte ha pasado cerca. Ya no escucho mi nombre pronunciado por quien amo. Este dolor fue terrible. Y sin escuchar mi nombre de su boca ya no sabía ni quien era. Todo había terminado, menos mi sufrimiento. Nuestra relación había terminado. Donde no hay llamada ni respuesta no hay posibilidad de dar y recibir amor. Es muerte.

Al tercer día pude volver al sepulcro. Y sucedió algo que me hizo perder la paciencia de la resignación. Lo único que me quedaba de Jesús, su cuerpo muerto, había desaparecido. Tenía la esperanza de volver a ver ese cuerpo inerte y de acariciarlo recordando los momentos vividos juntos. Me consolaba pensar que podía estar junto a Él para que, allá donde estuviera, le llegaran mis muestras de amor. Y se lo habían llevado. No estaba. Me encontré con la mentira de la resignación entre mis manos. Se derramaron las lágrimas contenidas que creía que podría soportar. Mi amigo muerto ya no estaba. O, como descubrí después, mi amigo ya no estaba muerto. Experimenté una especie de abandono, de vacío, de soledad²⁴.

Tanta era mi desesperación, mi angustia, que era incapaz de aceptar la realidad²⁵. Aunque la realidad era de otra forma a como me la imaginaba. Me sentía totalmente desamparada pues me había robado mi última ilusión.

El desconcierto fue tal que no sabía que hacer. Además escuchaba en mi interior una posibilidad que se ahogaba por estas emociones, la posibilidad de la Resurrección como tantas veces había anunciado. Pero era como una voz lejana de ángeles

²⁴ «En todo caso, son momentos de confusión en los que podemos sentir toda clase de emociones: profunda tristeza, enfado, rabia, desamparo, impotencia, sensación de abandono, amargura, vacío, soledad, miedo o culpa. También son frecuentes los cambios de humor: los sentimientos pueden ser cambiantes y contradictorios incluso a lo largo del día». AA.VV. *Apoyo al duelo*, Universidad Miguel Hernández. Esta guía pertenece a GRUPO ASV SERVICIOS FUNERARIOS y se obsequia en todos los tanatorios de este grupo.

²⁵ «La primera etapa se conoce como fase de shock o estupor. En los primeros momentos, podemos encontrarnos en un estado de desconcierto y embotamiento, sintiendo como si nuestras emociones estuvieran anestesiadas o fluctuaran intensamente de un estado a otro. También es muy frecuente tener sentimientos de irrealidad o de incredulidad. En estos primeros momentos hay personas que actúan como si no hubiera ocurrido nada, aparentando ante los demás que aceptan plenamente la situación. En otros casos, encontramos a personas que se paralizan o permanecen inmóviles e 'inaccesibles'. AA.VV. *Apoyo al duelo*, Universidad Miguel Hernández y Grupo ASV Servicios Funerarios.

que me recordaba esas intervenciones de Dios por medio de estos mensajeros. Aún así corrí a decir a los demás amigos lo que había sucedido. Era como sacar fuera lo que pasaba en mi interior, esos pensamientos y sentimientos que iban y venían. Estaba como viviendo en una tormenta interior de la que no podía resguardarme. Los discípulos vinieron y enseguida regresaron a casa.

Cuando ellos se marcharon me quedé de nuevo sola. Pensaba que nadie entendía lo que estaba viviendo. No podía concentrarme y pensar con serenidad. Y sólo me quedaba llorar. Llorar en soledad. Llorar de rabia y de impotencia. No podía hacer nada, pero algo quería hacer. Estaba paralizada a la entrada del sepulcro mirando sin entender nada.

De momento, alguien venía a molestar. Una presencia en mi soledad. Una voz que parecía venir de lejos pero que estaba muy cerca. La única persona que podía estar por allí era el hortelano. ¿Quién iba a pasear vivo entre la muerte y a preocuparse de una mujer que llora?

Esa voz tenía algo familiar. Esa preocupación por el llanto de una mujer. Ese tono que no molestaba y que realmente hacía que me planteará por qué yo, la amiga del maestro de Nazaret, tenía que estar llorando. Además, sabía que buscaba a alguien. ¿Cómo podía saberlo? ¿Es que podía leer mi corazón?.

He de confesar que respondía a mis sueños. Encontrarme a Jesús vivo de nuevo. De pie frente a mí como tantas veces. Mirándome a los ojos con esa mirada que veía lo que yo no era capaz de ni de intuir. Esa mirada y esa voz que tenían el poder de hacer brotar agua en el desierto interior del hombre, esa voz que es inconfundible por el cambio inmediato que produce en el corazón. Pero todo esto eran sueños. En mi estado ya no sabía distinguir la realidad del sueño.

La voz del hortelano era especial. Pero no podía ser. Seguro que me estaba volviendo loca. Respondí con la evidencia: necesitaba saber dónde estaba Jesús. Dónde estaba su cuerpo.

Y sucedió el milagro. Escuche de nuevo mi nombre. Esa voz y mi nombre. Era inconfundible porque hizo que me invadiera una alegría imposible en mi estado. Solo mi Maestro podía crear algo así de la nada o de lo imposible. No podía ser otro. Sólo Él era capaz de traspasar los signos de muerte en la persona y devolver salud y sentido. Era el Señor. Vivo, Resucitado, de pie entre los muertos, con las señales de su muerte pero como ahora como signo de victoria. Había vencido a la muerte. Eso sólo lo podía hacer mi amor y mi esperanza, mi Señor Jesús.

A partir de ese día comprendí que las lágrimas son lugar de encuentro con el Señor que sale a buscarnos. Quizá le buscamos entre los muertos y no le encontramos porque esta vivo. Quizá buscamos y nos desesperamos por la muerte de quien amamos, pero si seguimos buscando con la luz de la fe, podremos comprender que quien ha muerto esta llamado a la vida nueva con Jesús. Podremos comprender que su amor ha vencido la muerte y que podemos vivir con la serenidad de que él nos acompaña en nuestras lágrimas desesperadas. No te desanimes y sigue adelante.

María Magdalena
Amiga de Jesús.

13. ¿HASTA NUNCA?

«No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza.

Pues si creemos que Jesús ha muerto y ha resucitado, del mismo modo, a lo que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él.

Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, con estas palabras».

1Ts 4, 13-14. 17-18.

«Concedéndonos saber consolarnos con palabras de fe hasta que también nos llegue el momento de volver a reunirnos con él, junto a ti, en el gozo de tu reino eterno»²⁶.

«Y que a nosotros nos dé la firme esperanza de encontrarlo nuevamente en tu reino»²⁷.

La palabra del Señor y la oración de la Iglesia nos invitan a la confianza en la futura reunión con aquellos que ya están con el Señor. «Padre de bondad, que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino, con María, la Virgen Madre de Dios, con los apóstoles y los santos; y allí, junto con toda la creación libre ya del pecado y de la muerte, te glorifiquemos por Cristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes»²⁸. «Tras el vivir dame el dormir con los que aquí anudaste a mi querer»²⁹.

En los brazos de Dios.

Han acabado las cosas que envejecen, que se deterioran con el tiempo.

No existe el dolor, ni la angustia por los acontecimientos que nos hacen sufrir.

No he visto a nadie que llore.

Todos están alegres porque vivimos todos para todos.

Nadie se siente agobiado porque aquí vivimos el misterio que sustenta el tiempo.

Tenemos las cicatrices de las heridas de la vida, pero ya curadas.

El amor es una realidad ya conquistada.

Nadie pasa hambre, pues el pan se multiplica continuamente en la mesa.

Todos tenemos nuestra estancia adornada con el bien que hicimos.

Hay sitio para todos en los brazos del Padre, allí nos sentimos seguros y le hablamos de vosotros.

Siempre hay un fuego encendido por el que entramos al venir, pero realmente es el amor de Dios al que no hay que temer. Es un fuego que limpia aquello que empobrece al hombre, cura y enciende el corazón de amor verdadero.

El camino hacia aquí lo llevas escrito en tu conciencia y te lo ha mostrado Jesús en su Palabra.

Aquí hace viento y muchas veces llueve. Pero no es una molestia. Es el Espíritu de Dios que es el aire que respiramos y el agua que también hay dentro de ti. Fue derramada por la fuente de Vida en la Cruz.

Esta ciudad esta construida sobre una roca fuerte y sólo tenemos una ley: Amarnos unos a otros.

Es bonito pasear por las praderas verdes donde también nos sentamos muchas veces a descansar y beber del agua que te decía y que nunca se acaba.

El paisaje es impresionante pero normalmente miramos el mundo para orar por el, por ti.

Aquí te esperamos. Si te pierdes para venir, Jesús el Buen Pastor saldrá a buscarte, no temas.

Recuerda que, en los brazos de Dios, te sigo amando.

14. LA ESPERANZA NO DEFRAUDA.

«Pues bien, ahora que hemos sido justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de Jesucristo Señor nuestro.

También por Él, -por la fe-, hemos obtenido acceso a esta condición de gracia en la que nos encontramos, y podemos estar orgullosos esperando la gloria de Dios.

No sólo eso, sino que además nos gloriamos de nuestras tribulaciones; pues sabemos que sufriendo ganamos aguante, aguantando nos aprueban, aprobados esperamos. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios se infunde en nuestro corazón por el don del Espíritu Santo».
Rm 5, 1-5.

San Pablo se dirige a los romanos situando en la fe en Jesucristo resucitado los frutos de la paz y la esperanza. Habla de unas consecuencias prácticas: gloriarse en las dificultades, aguantar, no ser defraudados, saberse amados por Dios.

Ahora te quiero hablar de la esperanza. En este momento que vives, en el tiempo en que cuestionas tanto la vida, aparece una nueva posibilidad que se te ofrece. Quizá pienses que no es posible tener esperanza por lo que has vivido. A lo mejor crees que has perdido la esperanza por esta muerte que te ha tocado vivir de cerca. Nuevamente sin forzar te ofrezco un camino que, si quieres recorrerlo, puede iluminar el horizonte oscurecido por este acontecimiento doloroso.

¿Qué es para ti la esperanza? A veces hablamos mucho de ella pero no sabemos realmente a que nos referimos. Pensamos que la esperanza es esperar que se cumplan unas metas propuestas por nosotros o por otros. Otras veces tenemos unas expectativas en la vida y queremos que se lleven a cabo. Nuestros proyectos se presentan cargados de esperanza al comienzo pero experimentamos que, con el paso del tiempo y con el retraso en su realización, empezamos a perder la esperanza. ¿Es esto la esperanza?

En la mayoría de los casos llamamos así a lo que no es propiamente esta realidad. Las expectativas no cumplidas nos paralizan y generan tristeza o angustia. La desesperación se abre paso cuando no vemos los resultados que esperamos. Nuestra ilusión y motivaciones se congelan y creemos que todas las puertas se cierran. ¿La verdadera esperanza puede paralizar al hombre?

Cuando confiamos en nosotros mismos y ponemos aquí el núcleo de la esperanza llega la desconfianza, la frustración. Quizá depositamos esperanzas en otras personas y llega la decepción. ¿Dónde encontrar un fundamento seguro para la esperanza?

«Recordemos que el hombre es un ser llamado a vivir para siempre. Nos lo asegura la fe cristiana, que se apoya en la Palabra de Dios, promesa efectiva para nosotros»³⁰.

Ante la muerte puedes experimentar en cierto sentido una decepción: decepciona la vida, el tiempo, nuestra propia fragilidad que no queremos asumir. Aparece la frustración porque somos conscientes de la brevedad de nuestra vida. Experimentamos que no somos capaces de dominar el tiempo y que éste se nos escapa de las manos. Cuanto más sucede con las personas. Hay un deseo latente de que la persona amada no muera nunca y, cuando esto sucede no podemos aceptarlo, nos

³⁰ RE 1356.

sentimos decepcionados por una vida que consideramos injusta con nosotros.

¿Podemos vivir así? ¿No necesitaremos un fundamento seguro y no perecedero que sustente nuestra existencia? ¿Cómo seguir esperando a pesar de la muerte? ¿Cómo encarar la vida sin caer en la tentación de pseudo-esperanzas frustrantes? ¿Qué respuesta da la fe a este momento que vives?

La esperanza parece ser otra cosa distinta. La Palabra de Dios nos dice que la esperanza no defrauda. Está relacionada con la fe en Jesucristo Resucitado. Afirma que es dada por Dios al hombre. Está relacionada con el amor de Dios. La esperanza no es sólo una teoría sino que afecta hondamente nuestro ser, pues está en nuestro corazón junto al amor. Además permite a la persona aguantar en los momentos difíciles, e incluso alegrarse del sufrimiento por saberse protegido por Dios: «Él no olvida jamás al pobre, ni la esperanza del humilde perecerá» (Sal 9).

De esta presentación podemos meditar algunos aspectos. La esperanza permite elevar la mirada para ver los acontecimientos de una forma más amplia que la humana. Vemos la vida y el tiempo desde Dios. Desde su proyecto para la humanidad. No es una teoría sino que mueve al hombre a actuar, pero desde otra perspectiva que le permite estar firme ante las dificultades.

La esperanza reconstruye interiormente la vida. Relaciona el pasado, presente y futuro, dándole un sentido dentro de un proyecto que he de comprender: el misterio de Dios para mí.

Además nos hace salir de la incertidumbre del futuro. Ilumina el tiempo y pone en marcha la memoria del corazón. Unifica la propia vida pues encontramos un sentido; un principio y fin. Éste no es abstracto sino que es una persona; el principio y fin es Jesús Resucitado: «Yo soy el alfa y la omega, el primero

y el último, el principio y el fin» (Ap 22, 13). Por tanto el camino de la vida se convierte en un diálogo con Jesús que me va guiando ya que el es el Camino.

Otra característica de la esperanza en el tiempo en que vivimos es que marca el justo ritmo de la vida. No corremos demasiado sino que con serenidad de corazón vamos trabajando en lo que realmente está llamado a durar para siempre. Toda la existencia queda situada en su justa armonía. Por tanto, también nos ofrece criterios de discernimiento de las acciones. El final está en todo lo que vivo como razón y sentido. Jesús es el «principio y fin» de manera que, siendo Él nuestra esperanza, comenzamos una nueva forma de vida, un nuevo principio.

La esperanza une nuestra vida a Dios en su Hijo Jesucristo. Esta unión es realizada por el Espíritu que Dios mismo ha infundido en nuestros corazones. De esta forma es una realidad que supone una relación especial con Él. Toda relación especial con el Señor también es una relación especial conmigo mismo, con el mundo, con las personas, con el tiempo y la historia. Todo está referido a Dios que nos ama y lo ha demostrado en la muerte y resurrección de su Hijo Jesús.

Muriendo y resucitando, Jesús nos ha prometido que estaremos siempre con Él. En la vida y en la muerte somos del Señor. En la dificultad no estamos solos. En el dolor Él está dentro de nosotros fortaleciéndonos. Podemos encarar la vida con valentía pues sabemos que nada nos puede separar de su amor, ni la misma muerte. San Pablo lo expresa de esta forma:

«Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, mas aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros? ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo? ¿La aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro».
Rm 8, 31-35. 37-39.

Ese amor, que es igual para todas las personas, es lo que nos une. En ese amor puedo confiar y así la vida adquiere otro color. Yo puedo fallar pero sé que Dios me busca para perdonarme. En ese amor sitúo la persona que ha muerto. La promesa del Señor mueve mi esperanza en una vida nueva donde todos seremos felices y estaremos para siempre con Él. La muerte tampoco me puede separar de su amor. Ni la mía, ni la de la persona que amo. A veces podemos pensar que Dios ya no se acuerda de nosotros porque ha permitido la muerte de la otra persona. En definitiva es otra falsa esperanza pues pensábamos que esa persona no moriría nunca. Nada nos puede separar de su amor.

La esperanza permite recorrer la vida con realismo y sin falsas ilusiones. Como decía antes, no es real pensar que alguien nunca morirá a esta vida. No es real pensar que Dios se lo ha llevado. No es tampoco real echar culpas a nadie porque seguramente nos equivoquemos. Mediante la esperanza miramos el ahora equilibradamente y en su verdad, porque está abierto a una visión más amplia desde Dios.

«En Cristo alcanzaremos la salvación del hombre renovado, como dice el mismo Apóstol: Primero, Cristo, es decir, el autor de la resurrección y de la vida; después los de Cristo, o sea, los que, por haber vivido imitando su santidad, tienen la firme esperanza de la resurrección futura y de poseer, con Cristo, el reino prometido, como dice el mismo Señor en el Evangelio: Quien me siga no perecerá, sino que pasará de la muerte a la vida.

Por ello podemos decir que la pasión del Salvador es la salvación de la vida de los hombres. Para esto quiso el Señor morir por nosotros, para que, creyendo en él, llegáramos a vivir eternamente».

Liturgia de las Horas, Homilía pascual de un autor antiguo, Tomo III, 490.

«Sabemos que quien resucitó al Señor Jesús también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros. Todo es para vuestro bien. Cuantos más reciban la gracia, mayor será el agradecimiento, para gloria de Dios. Por eso, no nos desanimamos. Aunque nuestro hombre exterior se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día. Y una tribulación pasajera y liviana produce un inmenso e incalculable tesoro de gloria. No nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno.

Es cosa que ya sabemos: si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre y que tiene una duración eterna en los cielos».

2Cor 4, 14-5, 1.

El futuro incierto que se presenta ante nosotros está iluminado por la esperanza. La inseguridad paralizante que puedes vivir en este tiempo del duelo puede sanarse con la esperanza. Ésta posibilita mirar hacia delante y pone en movimiento a la persona para seguir el transcurso de la vida junto al sufrimiento real.

Tenemos la promesa de que todos resucitaremos. Esta es nuestra esperanza. Está fundada en la promesa de Dios que ha verificado con la resurrección de Jesús.

Tu interior en este tiempo del duelo se renovará cada día. Has experimentado en otro la muerte, ese «hombre exterior» que se deshace, que envejece, que experimenta la contradicción. Esto te puede llevar a valorar más lo que no se ve, que lo que se ve. Lo que no se ve es eterno, dura siempre. Son las virtudes y valores fundamentales de la vida como por ejemplo el amor. Lo que se ve suele pasar, desgastarse, morir. Lo eterno no muere nunca y es leña buena que alimenta el fuego de la esperanza que hace arder el corazón.

La esperanza es semilla de otros frutos en nuestro interior. Fortaleza de ánimo ante la adversidad confiando plenamente en Dios, paciencia para soportar los padecimientos con entereza, sabiduría para intuir el plan de Dios en la vida, inteligencia para descubrir el sentido de los acontecimientos. Son dones que alimentan y, a la vez, manifiestan la esperanza y la hacen operativa. Ya que no los creamos nosotros tenemos que pedirlos siempre a Dios, sobre todo en las dificultades que sabemos no vamos a poder sobrellevar.

«No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza.

Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él.

Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras».

1Ts 4, 13-14. 17b-18.

Aumenta mi esperanza.

Aumenta mi esperanza.

Esperanza que fortalece, que ayuda a caminar.

Dame esa fuente de vida en este momento de mi camino.

Necesito ese regalo ahora que me fallan las fuerzas.

No puedo seguir sin ver la vida de otra forma, con otros ojos.

Dame esperanza para vislumbrar el futuro incierto.

Dame esperanza que abra mi horizonte.

Dame la esperanza que es saberte caminando a mi lado siempre.

Yo solo no puedo.

Dame tu mano que llega al corazón.

Dame esperanza que es tu nombre más preciado.

Con este don podré seguir viviendo.

Contigo puedo.

Dame tu esperanza.

15. LA VISITA DE LA FE.

Nos detenemos ahora a leer este texto del Evangelio de San Juan. Los discípulos están en duelo como tú. Están encerrados en una casa y van a recibir la visita de Jesús que les va a transformar.

«Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice:

Paz con vosotros

Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Jesús repitió:

Paz con vosotros. Como el Padre me envió, así os envío a vosotros.

Dicho esto, sopló sobre ellos y añadió:

Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los mantengáis les quedan mantenidos.

Tomás, que significa Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús

Los otros discípulos le decían:

Hemos visto al Señor».

Los discípulos son conscientes de lo que les sucede.

Están encerrados porque tienen miedo. No quieren ver a nadie y menos a quien les recuerde lo sucedido. Lo que no saben es que lo que les encierra no está fuera de la casa sino dentro de sí mismos. El miedo está en su interior y el estar encerrados es manifestación de este miedo. Un paso importante es reconocer a qué temo en este tiempo. De qué o de quién me escondo. Porque puede ser que me esconda de los recuerdos y de la tristeza o la culpabilidad que están dentro de mí.

Jesús aparece inesperadamente y muestra sus manos y su costado heridos. Tenemos que *dejarnos visitar* porque esto ayudará a alejar los temores que llevamos dentro. Cualquier visita en este tiempo nos puede parecer inesperada. Cuando una persona se encierra todo le molesta. Dejarse visitar es de gran ayuda y es ya un movimiento de apertura y de salir del miedo.

Encerrados podemos juzgar las intenciones del otro cuando realmente lo que se pretende es transmitirnos algo de serenidad, de paz. Las personas que nos visitan quieren compartir con nosotros sus bienes, su tiempo, su palabra o su silencio. Por eso también es bueno dejarse visitar. Sobre todo cuando quien viene a vernos ha pasado por la muerte y tiene las heridas en su vida. Éstas son el signo de la paz que traen para nosotros. Pretenden consolarnos, animarnos, darnos a conocer que nuestro camino de dolor tiene un fin.

En la persona que me muestra sus heridas para consolarme me visita el mismo Señor. Esta visita es posibilidad para la fe. Es la visita que traspasa la frontera del miedo para llegar a nuestro corazón mediante la muestra de las propias heridas curadas. Aquí se produce el encuentro. Y esto hace brotar la alegría. No la risa ni la jocosidad, sino la alegría de saber que la muerte no es el término de la vida, que tengo a Dios conmigo, de saber que mi miedo puede ser vencido.

Escuchar lo que me dice y quien le envía. En la persona que me visita, mediante la fe, descubro a Dios mismo que le envía. Acoger la visita en nombre de Dios es oportunidad para que se curen las propias heridas producidas por la muerte de quien amo.

Recibir lo que me da. Jesús da su Espíritu. La misma intensidad del amor de Dios que vence el mal y la muerte es compartida conmigo. Me habla de corazón a corazón y comparte

esta fuerza interior e invisible, pero real. La actitud correcta es acoger ese amor que se derrama en mi corazón mediante su Espíritu. *Acoger al otro que me visita y me abre su corazón* para unirse a mí con la fuerza de su amor.

Es interesante el tema que aparece a continuación en este relato y es de gran ayuda el duelo. Jesús habla de poder para perdonar los pecados o para mantenerlos. A veces puede experimentarse el remordimiento o la culpabilidad, porque no se si la persona que ha muerto me perdonaría aquello que le hice. Unido a esto está la tristeza por no perdonarse uno mismo lo que hizo con esa persona, o saber si me perdonaría por algo que hice. Las palabras de Jesús son elocuentes en este contexto. Desde la fe podemos eliminar este miedo interior. Creyendo en Jesús podemos perdonarnos porque sabemos que el perdón brota de él. Recibiendo su perdón creemos que éste alcanza también todo lo que nos rodea, incluso la persona que ha muerto. El miedo a no ser perdonado es uno de los más extendidos en la vivencia del duelo. Desde la fe las cosas cambian.

Contar la visita. Es la última parte. Transmito la experiencia del encuentro con Aquel que ha disipado mis miedos y que me ha mostrado caminos para vivir. Así El se vuelve a hacer presente en mis heridas curadas y llenas de vida.

Las cosas que no mueren con la muerte de quien amas.

No muere el amor...cambia la forma de expresarlo.

No muere la alegría. Aquello que es la fuente de la misma, la entrega de uno mismo, ahora se llama intercesión.

No muere la historia. Ahora se fortalece haciendo memoria agradecida.

No muere la palabra. Ahora se llama oración.

No mueren los afectos. Ahora se anclan con más fuerza a la fidelidad.

No muere tu corazón. Solo aminora su ritmo temporalmente.

No muere el tiempo. Ahora está mas cerca de su raíz que se llama eternidad.

No muere el hogar. Ahora se ha abierto una ventana más con un paisaje nuevo.

No muere el futuro. En la esperanza podemos caminar con paso firme.

No muere la fe. Ahora puede brillar con más fuerza y encontrar razones «imposibles».

No ha muerto la familia. Ahora se ampliará con más miembros que nunca te imaginabas.

No muere la fortaleza. En ningún sitio dice que tienes la obligación de serlo pero puedes pedir este don a Dios.

No ha muerto la amistad. Ahora descubrirás de una forma nueva el significado de esta palabra.

No has muerto tú. Tu vida sigue. Y no estás solo en ella. Sigue adelante.

16. VOLVER A LA VIDA.

Llegará el momento en que tengas que volver a tus actividades cotidianas. Retomar la actividad no significa dejar atrás el sufrimiento. El duelo te acompaña y va a actuar en ti. Pero no tienes que desesperarte. Muchas cosas no las afrontarás como antes. Ahora el trabajo tendrá otro ritmo. Será más lento porque se ha ralentizado el reloj de la vida.

«Después Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se apareció así:

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos.

Les dice Simón Pedro:

Voy a pescar.

Le responden:

Vamos contigo.

Salieron, pues, y montaron en la barca; pero aquella noche no pescaron nada. Ya de mañana Jesús estaba en la playa; pero los discípulos no reconocieron que era Jesús.

Les dice Jesús:

Muchacho, ¿tenéis algo de comer?

Ellos contestaron:

No

Les dijo:

Echad las redes a la derecha de la barca y encontraréis.

La echaron y no podían arrastrarla por la abundancia de peces.

El discípulo predilecto de Jesús dice a Pedro:

Es el Señor.

Al oír Pedro que era el Señor, se ciñó el blusón, pues no llevaba otra cosa, y se tiró al agua. Los demás discípulos se acercaron en el bote, pues no estaban lejos de la orilla, apenas doscientos codos.

Cuando saltaron a tierra, ven unas brasas preparadas y encima pescado y pan.

Les dice Jesús:

Ahora, traed algo de lo que habéis pescado.

Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, la red no se rompió.

Les dice Jesús:

Venid a almorzar.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó pan y se lo repartió e hizo lo mismo con el pescado. Ésta fue la tercera aparición de Jesús, ya resucitado, a sus discípulos». Jn 21, 1-14.

Los discípulos de Jesús, en el tiempo del duelo, vuelven a sus actividades cotidianas. Pero no vuelven igual que antes. Son pescadores de este lago, lo conocen porque antes trabajaban en él, pero no pescan nada. Esto nos está mostrando en primer lugar algunos aspectos internos de los discípulos: ¿Puede ser que su capacidad de concentración sea menor por el recuerdo de lo acontecido? ¿Pueden acusar una cierta falta de memoria por su estado de ánimo?

En otro nivel podemos intuir que han perdido la fuente de su ilusión: Jesús. Ellos que habían dejado todo por seguirle ahora tienen que volver con un aire de derrota a lo cotidiano. Desilusión, sensación de derrota, cansancio, son sensaciones habituales al volver al trabajo. Nuevamente aparece el signo de la noche de los discípulos en contraste con la mañana de la aparición de Jesús que devuelve el sentido y la alegría a los mismos.

Nos dice la Palabra de Dios que no estaban lejos de la playa. Éste es el lugar de descanso después de la tarea de la pesca. No podemos volver al mismo ritmo al trabajo habitual. Necesitamos más espacios de descanso que restauren las fuerzas. Estos espacios de descanso reparador serán espacio para encontrarnos con el Señor que nos espera en esta playa.

Desde estos lugares y espacios de descanso en la vuelta a la cotidianidad, el Señor nos ayudará a descubrir que no nos hemos vuelto incapaces para el trabajo sino que estamos viviendo las consecuencias del duelo en nosotros que alcanza a nuestra actividad que antes no nos costaba. Con su ayuda el trabajo es fructífero pero, más que los resultados, lo importante es la conciencia de que seguimos siendo nosotros con las mismas capacidades. Es signo de curación interior.

En este momento aparece un salto importante. Nadie se ha dado cuenta de que quien ayuda desde la playa es el Señor.

Inconscientemente Él puede ayudarnos. Pero ahora viene el momento en que podemos descubrir quién es el que nos ayuda, dialogar con Él, dejar que nos alimente con la fuerza de su muerte y resurrección de la cual es símbolo la Eucaristía. Encontrar sentido total a la vida es la acción de este almuerzo con el Señor que todos los días celebra la Iglesia.

En la escena aparece alguien especial que descubre quién es ese ayudante misterioso. Juan, el discípulo amado de Jesús, señala que es el Señor quien les habla, quien ayuda, quien está con ellos. Hoy ese discípulo son los cristianos, esa persona de la parroquia que conoces, ese sacerdote que se acerca.

Ellos señalan quién puede dar sentido a lo que vives. Quien ha vencido la muerte. Ellos te indicarán donde está ese almuerzo que cambia la vida. Ahora eres tú, desde el lago de tu actividad marcada por el duelo, quien puede decidir echarse al mar y nadar hasta su presencia. Puedes acudir a su invitación. Hoy ese almuerzo sigue preparado para ti. Las brasas siguen encendidas. En la barca hay un discípulo más que no tiene nombre, ¿quieres ser tú, y sentarte a la mesa del sentido y del amor que es la Eucaristía?

17. DEJARSE AYUDAR.

Partiendo del texto anterior del encuentro con Jesús en aquel amanecer vamos a detectar nuevamente algunos de esos «movimientos internos» del Evangelio que pueden ayudar en el proceso del duelo.

Pedro vuelve a la actividad de siempre. Ser pescador es su trabajo. Aunque hacía ya un tiempo que tenía un acento especial. Jesús quería que dedicara su pericia en la pesca para anunciar el Evangelio. La relación con Jesús, a quien amaba,

había convertido el trabajo en algo distinto y especial. La relación con quien amo convierte en distintas las actividades cotidianas. Cuando muere quien amo percibo que ya no tiene sentido lo que hago, que no vale la pena. Todo esto es perjudicial además de falso. La fe nos ayudará a descubrir la llamada a la vida para siempre y, por tanto, vuelve a conceder todo el sentido y todos los acentos especiales a mis tareas.

Vemos que Simón Pedro no toma solo la decisión de volver a la actividad cotidiana. Está con sus compañeros. No podemos lanzarnos al ritmo habitual sin *consultar alguna opinión* porque podemos equivocarnos. Los demás ayudarán a la decisión del momento adecuado para retomar las actividades de antes. Ellos mismos nos pueden ayudar en las mismas. Pedro va a trabajar y acepta la compañía. *Lo fundamental ahora no es la productividad del trabajo sino el proceso del duelo.* Esto es algo que hay que aceptar. La tarea nos puede distraer o hacernos olvidar las heridas por algún tiempo, pero no hacerlas desaparecer. Por esto tenemos que *partir de la posibilidad de no ser productivos en el trabajo, de no tener éxito.* Esto ahora no es lo prioritario.

Otra vez vemos en el relato del Evangelio la ayuda por parte de alguien desde la playa. Muestra dónde están los peces, pero realmente muestra que no son inútiles, que no han perdido capacidades, que siguen siendo los mismos pero debilitados por el golpe de la muerte del amigo. Ellos *aceptan la ayuda y obedecen* porque son conscientes de su parálisis interna.

Aquí llega el momento de la fe. En este caso es reconocer en la ayuda para lo cotidiano la presencia de Jesús resucitado. Uno de los discípulos lo señala y los demás confían en su percepción. Este tipo de ayuda posibilita la fe, se recupera el sentido de la acción, se olvida el sentimiento de inutilidad y genera un

movimiento de acercamiento a quien realmente me ha salido a mi encuentro: el Resucitado.

En este momento aparece un símbolo importante: el almuerzo. Esta comida ya está preparada porque Jesús, alimento de la vida, siempre está servido, es pan preparado para alimentar al hombre que sufre. Es la celebración de la Eucaristía preparada para quien sufre. Nosotros llevamos al altar no el éxito en la tarea sino «los gozos y las fatigas de cada día». Llevamos nuestra vida herida por la muerte para que Él la llene de sentido y de la luz del nuevo amanecer de la fe.

18. ¿QUIERE DIOS LA MUERTE?

CARTA DE DIOS PARA SUS HIJOS.

«Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: « ¡Abba! (Padre)».
Rm 8, 14.

Veo que muchas veces las personas me preguntan por qué he permitido la muerte de la persona que querían. Soy el objetivo de las culpas de personas desesperadas. He de confesarte que no me molesta pues entiendo que en algunos momentos del camino del dolor el corazón necesita buscar razones, explicaciones posibles a la muerte, y en último término lo atribuyen a la razón teóricamente más irracional de su sufrimiento: Dios.

¿Es que yo quiero la muerte? ¿La he creado yo para quebrar la felicidad de las personas? ¿Tengo yo la culpa de los numerosos desastres que sufre la humanidad por causa del mismo hombre?

Déjame que te explique lo inexplicable: el misterio de mi amor. Déjame por unos momentos que me dirija a ti para que

entiendas algo de mis razones para amarte. Lee con atención mis palabras pues así pretendo salir a tu encuentro y consolarte. Escucha con atención y saca tus propias conclusiones.

Yo soy amor. No «tengo» o «poseo» el amor, sino que «soy» realmente amor y no puedo dejar de serlo. El amor busca entregarse al amado, ser don, regalo para el otro. Por esto mismo puedes entender que no puede haber amor si no hay otro a quien amar, ¿te suena la palabra «trinidad»? Es lo mismo que decir amor. Una persona que se entrega a otra no sólo con palabras u obras, sino con el mismo ser, con mi «yo», sin reservas de ningún tipo. Así soy yo: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amor, amado y amante dirán algunos. Amor que da vida, que se derrama, que no es un gesto superfluo sino que está siempre en movimiento, es dinámico, es siempre «estar amando» con la misma intensidad. «Intensidad del amor del Padre y del Hijo», así podríamos llamar al Espíritu Santo.

Por este amor creé al hombre. Sólo el amor es creativo, inventa nuevas posibilidades, nuevos detalles. Así es el hombre, una fuente de nuevas posibilidades, reflejo de mi amor, imagen de Dios.

Sólo el amor es libre y da libertad. La libertad podríamos llamarla «la intensidad del amor como posibilidad hecha realidad». Así el hombre es libre por mi Espíritu que habita en su corazón.

Sólo el amor hace al otro «rostro». Sin amor el otro es «objeto», es «cosa». En el lago calmado del amor veo el reflejo del rostro del otro. Así pensé yo al hombre amando a mi Hijo Jesús, como su rostro. El hombre no tenía que ser una cosa útil para nadie, no era «algo», sino «alguien».

De esta forma el hombre era una persona semejante a mí: apertura de posibilidades ilimitadas, libre y con rostro. Estaba

«bien hecho». Y con esta forma de ser estaba orientado del todo hacia mí. De hecho, a alguna de estas características, alguien la ha llamado «capacidad para lo eterno».

Siendo así el hombre podría vivir su vida relacionándose con los demás, con la naturaleza, consigo mismo, y conmigo. A esta vida le han llamado Paraíso, signo de esta belleza del hombre salido de mis manos.

Nada le faltaría en este paraíso, reflejo de su interioridad: alimento, agua, compañía, trabajo, diálogo con Dios. Lo tenía todo.

Pero el hombre tenía vedado el acceso a la fuente de su propia vida. Todas sus características son relativas, son para la relación, hacen que el hombre mire siempre “hacia fuera”. Si se hacen absolutas se ahogan en sí mismas y crean la posibilidad de la división. Esto es lo que se llama pecado. Esta es la violación de la propia fuente que me hace ser quien soy. Cuando se levanta la bandera que reza: «libertad por la libertad», no para los demás o para el bien el hombre está herido. Siendo así se ahoga en sí mismo y comienza la confusión. Y la confusión unida a la otra característica de la “fuente de posibilidades” hizo nacer como posibilidad la negación de Dios. Así se llevó a cabo la estrategia de “quien todo lo divide”, ser manifestado en la serpiente del texto de la Biblia. Esto llevó a que en el rostro del hombre apareciera una posibilidad nueva: la vida sin Dios, el final de su vida como muerte. Y esto marcó el miedo en su rostro. Así no lo había creado yo. Su rostro no estaba marcado por este miedo porque el fin de su vida no era muerte sino vida plena, era alcanzar la mano de Dios que se me brindaba al final de la vida y era visible y comprensible para todos. Pero el pecado hizo que este final fuera muerte, oscuridad, temor, miedo, puerta cerrada y opaca.

Además se desfiguró el amor. Una de sus facetas es la totalidad. Amar con todo lo que se es. La muerte se apropió de esta faceta. Y se hizo total. Ya no era sólo una posibilidad en la mente sino una realidad total. Alcanzaba a todo el hombre: cuerpo y espíritu, memoria, razón, vida. La muerte se hacía visible ahora de una forma grotesca en la vida del hombre: el final de su vida sería una división interior y exterior, cuerpo y alma, sería él pero no lo sería de forma total, la libertad ya no sería la forma de terminar la vida pues ahora podría ser arrebatada acontecimientos sin sentido o por otro hombre. Se había convertido en una caricatura de mi sueño inicial.

La muerte era lo peor que le pudo suceder al hombre. Se podía negar a sí mismo, me podía negar a mí, el otro dejaba de ser rostro para ser cosa. Y todo esto conducía a la más terrible experiencia en la persona, no poder responder a la pregunta: «quién eres». El hombre dividido no se reconoce.

Se me puede preguntar cómo si todas las características de la persona estaban orientadas hacia mí fue capaz de volverlas contra quien se las había dado.

Te vuelvo a repetir que este hombre así no era más que una caricatura del sueño inicial, era el hombre engañado, pervertido, dividido, alejado de sí mismo porque estaba alejado de mí.

Pero quien le hizo caer no sabía que yo me había guardado el molde. Yo seguía siendo amor aunque el hombre, ahogado en su propia libertad, se alejara de mí y tuviera miedo. Yo seguía siendo Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto no lo pudo arrebatar ese pecado. Y por eso podía reconstruir la obra de mis manos incluso de una forma mejor. Ahora tenía que ser Padre de una forma nueva. No podía quedarme recluso en mi casa sino que tenía que estar constantemente saliendo al camino para abrazar a mi hijos que se habían gastado la herencia y habían agotado todas

las posibilidades. Tuve que pasar a vivir a la intemperie en las puertas de mi casa para tenerlas siempre abiertas. Tuve que amar de una forma incomprensible incluso para mí. Amar a los hombres que ahora mataban a mi Hijo Jesús. La vasija de barro se rompió en la cruz para derramar este amor. Era incontenible y tenía que llegar a toda la humanidad. Y ahora si se había roto el molde. No había más camino para vencer el pecado que reconocerse vasijas de barro rotas amadas por mí hasta el extremo.

Mi amor había vencido la muerte. Ahora nuevamente el hombre podía terminar su vida en libertad, abrazarse a mí al final de la misma. La división había sido superada por la unión de toda la humanidad en mi Hijo. La caricatura ha sido reemplazada para siempre por el hombre resucitado, unido interior y exteriormente. Otra vez podía decir «soy yo» plenamente. Había recuperado el rostro, la libertad y la posibilidad de amar vuelve a estar en su fuente. Las puertas de mi corazón quedaron abiertas para siempre para todos. Si alguien tiene dudas por la muerte de alguien sólo tiene que creer en el fuego de mi amor, capaz de quemar la impureza para que brille la belleza de mis hijos.

Es cierto que lo que ves no se corresponde mucho con esto. Para vivirlo así es necesaria la fe, posibilidad que puse en tu corazón y que aún posees. El nombre de esta nueva vida actuando es «promesa». Ahora es momento de callar y orar. Es momento de creer. La intensidad de mi amor se ha hecho más fuerte que nunca. He derramado mi Espíritu en ti y puedes percibir su calor. Deja que se queme la incredulidad y sube la colina de la fe.

Por siempre te amo.

Tu Padre Dios.

«A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado. Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca»³¹.



TERCERA PARTE: EL CAMINO DE LA FE.

«Es verdad que, quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (Cf. Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (Cf. Jn 13,1;19,30)».

Benedicto XVI, Spe Salvi 27.

1. ANUNCIAMOS TU MUERTE, PROCLAMAMOS TU RESURRECCIÓN³².

«Ante la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su culmen. El hombre no sólo es atormentado por el dolor y la progresiva disolución del cuerpo, sino también, y aún más, por el temor de la extinción perpetua. Juzga certeramente por instinto de su corazón cuando aborrece y rechaza la ruina total y la desaparición definitiva de su persona. La semilla de eternidad que lleva en sí, al ser irreductible a la sola materia, se rebela contra la muerte»³³.

Nada hay de la vida del hombre que sea ajeno para los cristianos. Por eso nosotros tenemos un sentido de la muerte que brota de la muerte y Resurrección de Jesús. No lo vemos como una respuesta, más cualquiera, sino como una respuesta total para la vida de las personas y del mundo, así como una respuesta al problema del mal que angustia y oprime. Creemos en la semilla de eternidad que hay en su corazón y, de esta forma, mediante la fe, la dignidad del hombre es elevada. Ya no es un “ser para la muerte”, sino para la vida eterna.

Efectivamente, es experiencia común descubrir que no queremos la muerte. Nos rebelamos frente a ella. Incluso no queremos pensar o hablar de la misma pues nos angustiamos y nos quedamos sin palabras para definirla. Es como un “instinto del corazón” del que todos somos portadores. No queremos morir. No queremos extinguirnos como la luz de una vela. Quisiéramos prolongarnos por más tiempo. A pesar de la técnica actual, el hecho de la muerte no se supera. ¿Cómo entender la muerte para comprender y colmar este “instinto del corazón humano”?

³² Me aproximo a la muerte porque pienso que, en el tiempo del duelo, tenemos la misión de “dar razón de nuestra esperanza” anunciando el Misterio de la muerte y resurrección del Señor Jesús. Para acompañar en el camino del duelo lo hacemos al ritmo de la persona que sufre pero bajo la luz pascual de este misterio. Así no sólo acompañamos sino que ofrecemos una forma de vivir una vez que se haya completado este camino. Quisiera resaltar de nuevo que, para los cristianos, el duelo termina realmente cuando la persona se encuentra con el Señor Resucitado, que ofrece una visión total de la propia existencia, integrando todos sus aspectos, en concreto este enigma de la muerte que tanta desesperación produce y que hace de las personas “hombres sin esperanza”. Éste es nuestro empeño y nuestra misión pero sin olvidar que Dios asocia a su misterio pascual de formas que sólo Él conoce.

³³ GS 18.

« La muerte es el final de la vida terrena. Nuestras vida están medidas por el tiempo, en el curso del cual cambiamos, envejecemos y como en todos los seres vivos de la tierra, al final aparece la muerte como terminación normal de la vida. Este aspecto de la muerte da urgencia a nuestras vidas: el recuerdo de nuestra mortalidad sirve también para hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado para llevar a término nuestra vida»³⁴.

La fe nos ayuda a situar la muerte en su lugar en la existencia del hombre. La afrontamos como una realidad que acontece al final de la vida terrena. Es cierto que no sabemos cuándo y por eso ella misma exige de nosotros una posición vital activa. Nuestro tiempo es limitado. Vivir sin aceptar esto conduce a la angustia o desesperación. Frente a la invitación de algún pensamiento contemporáneo, que lleva al hombre a entender la vida desde la muerte, y que hace absurda la vida así como la propia teoría, nosotros afrontamos activamente la vida porque, por la fe, podemos superar cualquier visión pesimista. En el tiempo del duelo asumir así la realidad de la muerte es una ayuda para volver a la vida de una forma nueva.

«La muerte fue transformada por Cristo. Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana. Pero, a pesar de la angustia frente a ella, la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición»³⁵.

Esta es nuestra perspectiva total que da sentido a la actitud y la vida del cristiano. Convertir la muerte de maldición en bendición ha sido el resultado de la muerte de Jesús. Sufriéndola, vencerla. Éste es el acto de amor de Jesús. Ésta es la fe a la que nos invita la Iglesia. La vivencia del tiempo

³⁴ CIC 1007.

³⁵ CIC 1008.

del duelo es un proceso también de transformación interior de la propia persona en el que se convierte el sentido de la muerte.

La muerte de Jesús y su victoria es vivida como distintivo de la vida cristiana en el Sacramento del Bautismo. De esta forma toda la vida está embargada por la unión con Él. Si hemos muerto con Cristo también viviremos con Él. Así la vida es actitud positiva ante los acontecimientos y, en especial, frente el sufrimiento, ya que nos une más al Señor. La muerte física será el acto pleno de unión con Él para experimentar así su misma resurrección. Todo cambia desde la fe. Así, el cristiano, está abierto a la esperanza.

«La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su destino último. Cuando ha tenido fin “el único curso de nuestra vida terrena”, ya no volveremos a otras vidas terrenas. “Está establecido que los hombres mueran una sola vez” (Hb 9, 27). No hay “reencarnación” después de la muerte»³⁶.

Por tanto, estamos llamados a vivir esta vida sabiendo que es la única y que la eterna será el fruto maduro de esta única vida. No nos tiene que desesperar que sea así, sino pensarla como oportunidad y con la creatividad que nos ofrece la fe cristiana. Además, sabemos que contamos con la ayuda de Dios para poder orientar siempre nuestros pasos hacia su proyecto sobre el mundo y la humanidad.

«La Iglesia, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz más allá de los límites de la miseria terrestre»³⁷.

2. LAS IMÁGENES DE LA FE.

EL BUEN PASTOR

«Sus ovejas encuentran pastos, porque quienquiera que siga al Señor con corazón sencillo se nutrirá con un alimento de eterno verdor. ¿Cuáles son, en efecto, los pastos de estas ovejas, sino los gozos eternos de un paraíso inmarcitable? Los pastos de los elegidos son la visión del rostro de Dios, con cuya plena contemplación la mente se sacia eternamente.

Busquemos, por tanto, hermanos queridísimos, estos pastos, en los que podremos disfrutar en compañía de tan gran asamblea de santos. El mismo aire festivo de los que se alegran allí nos invita. Levantemos, por tanto, nuestro ánimos, hermanos; vuelva a enfervorizarse nuestra fe, ardan nuestros anhelos por las cosas de cielo, porque amar de esta manera ya es ponerse en camino».

Liturgia de las Horas, San Gregorio Magno, Homilías sobre los Evangelios, tomo III, 642.

«El Señor es mi pastor, nada me falta:
En verdes praderas me hace recostar;
Me conduce hacia fuentes tranquilas
Y repara mis fuerzas;
Me guía por el sendero justo,
Por el honor de su nombre

Aunque camine por cañadas oscuras,
Nada temo, porque tú vas conmigo:
Tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
Enfrente de mis enemigos;
Me unges la cabeza con perfume,
Y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
Todos los días de mi vida,
Y habitaré en la casa del Señor
Por años sin término».

Sal 22.

Una de las imágenes de la fe que te puede ayudar en este tiempo es contemplar a Jesús como Buen Pastor. En varias ocasiones Él se refiere a sí mismo con este nombre, con esta comparación. Dios es un pastor que no abandona a su pueblo, que camina siempre con sus ovejas y las cuida, que las cura cuando están enfermas, las conduce al lugar donde se pueden alimentar. El pastor no permite que el lobo haga estragos en el rebaño. Nosotros somos como sus ovejas y no nos va a abandonar nunca, ni después de la muerte.

En este salmo un creyente expresa su confianza en Jesús el Buen Pastor de su vida. Es el testimonio de la experiencia de

la fe. No se habla de oídas sino que se relata una vida en la que Dios ha actuado y que se convierte en oración confiada para nosotros.

Podemos leerlo de varias formas. Nosotros escogemos dos que se complementan en este momento de tu vida.

La vida actual es acompañada por el Señor resucitado que no te abandona en ningún momento. También podemos leer en él la realidad de la vida que se nos promete: vivir para siempre con el Buen Pastor cuando comience la vida eterna. Nuestra mirada puede ser un ir y venir en estas dos direcciones para alimentar la esperanza.

Estar con el pastor significa no carecer de nada. Las cosas esenciales de la vida son dadas por Dios: la misma vida, la fe, la felicidad, la confianza en él. «Nada me falta». Es un testimonio de la persona que, mediante la confianza absoluta en Dios, ha experimentado este cuidado especial de Dios.

Estar con el es mi descanso. La vida provoca fatigas, cansancio, etc. A su lado esto desaparece. El está conmigo siempre. Incluso cuando me pierdo en mis caminos, él sale a buscarme. Cuando no puedo caminar porque me fallan las fuerzas me lleva sobre sus hombros. Me cura si estoy enfermo y me protege de todo peligro, por eso nada temo. El miedo que a veces podemos tener por acontecimientos adversos desaparece al saber que El está a mi lado. El miedo a que será de mí ya no tiene cabida por la esperanza en Jesús, que me espera en el cielo para seguir siendo mi pastor.

El actúa en mí. Me hace recostar, me conduce, repara mis fuerzas, me guía. Prepara la mesa, me unge la cabeza, me llena la copa. Me sosiega. Son gestos de cuidado extremo. Es un cuidado que podemos designar como maternal, expresado en detalles de amor.

Verdes praderas, fuentes tranquilas, sendero justo. Son signos paradisiacos. Estar con el Señor devuelve la belleza de la vida tantas veces oculta por el mal. Es la nueva creación de Dios en la que el pastor nos introduce y nos permite disfrutar de ella.

En la cañada oscura del dolor, del sinsentido, del paso de la muerte el Señor va conmigo. Escucho su vara y su cayado. Escucho porque el va cerca de mí. Nada he de temer ni en la vida ni en la muerte.

La fe en el Buen Pastor nos introduce en el lugar de las nuevas relaciones basadas en el Evangelio. Sentarse enfrente de los enemigos es signo de estas relaciones según el mandamiento de amar a todos incluso a los enemigos. Así es nuestra vida y así será un día junto a Dios. En la mesa de su amor compartimos su perdón, su amistad y sus mismos gestos.

Me unges la cabeza con perfume. Cuando somos bautizados nos ungen la cabeza con un aceite mezclado con perfume que se llama Santo Crisma. Es el signo de una señal imborrable en nuestro ser que nos hace propiedad de Dios como hijos. El Bautismo también es morir y resucitar con Jesús. Este gesto del Pastor me recuerda que junto a él he vencido la muerte y que me ha sido regalada una vida nueva.

La bondad y la misericordia del Señor acompañan siempre a sus hijos, a sus ovejas. La capacidad de perdón de Dios es ilimitada. Su misericordia es eterna. Por eso no he de temer acercarme al Señor ya que me mira con esta misericordia que descubre la verdad de mi vida con bondad y perdona los pecados con amor eterno.

Habitaré para siempre en la intimidad de Dios. Por años sin término. Nuestra vida se acaba. Pero la vida con Dios será para siempre. Felicidad que no se agota. Por eso puedo mirar

ahora toda la realidad con esperanza. Estaremos para siempre con el Señor, con el Buen Pastor que ya ahora nos conduce a su casa del cielo para resguardarnos de todo mal y para cuidarnos eternamente.

Una cosa más. Si no le descubres inmediatamente ahora no significa que el Señor no está contigo. Posiblemente haya salido a buscar alguna oveja perdida y enseguida volverá. Suele hacerlo con bastante frecuencia, pero regresa enseguida. Ánimo.

*«Pastor, que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño;
Tú me hiciste cayado de ese leño
En que tiendes los brazos poderosos.*

*Vuelve los ojos a mi fe piadosos,
Pues te confieso por mi amor y dueño,
Y la palabra de seguir empeño
Tus dulces silbos y tus pies hermosos.*

*Oye, Pastor, que por amores mueres,
No te espante el rigor de mis pecados,
Pues tan amigo de rendidos eres,
Espera, pues, y escucha mis cuidados.
Pero, ¿cómo te digo que me esperes,
Si estás, para esperar, los pies clavados?». Amén.*

Liturgia de las Horas, tomo III, 40.

LA CASA DEL PADRE.

«Un hombre tenía dos hijos. El menor dijo al padre: Padre, dame la parte de la fortuna que me corresponde. Él les repartió los bienes.

A los pocos días, el hijo menor reunió todo y emigró a un país lejano, donde derrochó su fortuna viviendo como un libertino. Cuando gastó todo, sobrevino una carestía grave en aquel país, y empezó a pasar necesidad.

Fue y se puso al servicio de un hacendado del país, el cual lo envió a sus campos a cuidar cerdos. Deseaba llenarse el estómago de las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitando pensó:

A cuantos jornaleros de mi padre les sobra el pan mientras yo me muero de hambre. Me pondré en camino a casa de mi padre y le diré: He pecado contra Dios y te he ofendido; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros.

Y se puso en camino a casa de su padre. Estaba aún distante cuando su padre lo divisó y se enterneció. Corriendo, se le echó al cuello y le besó.

El hijo le dijo:

Padre, he pecado contra Dios y te he ofendido, ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Pero el padre dijo a sus criados:

Enseguida, traed el mejor vestido y vestido; ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado y matadlo. Celebremos un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado.

Y empezaron la fiesta.

El hijo mayor estaba en el campo. Cuando se acercaba a casa, oyó música y danzas y llamó a uno de los criados para informarse de lo que pasaba.

Le contestó:

Es que ha regresado tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo.

Irritado, se negaba a entrar. Su padre salió a rogarle que entrara.

Pero él respondió a su padre:

Mira, tantos años llevo sirviéndote, sin desobedecer una orden tuya, y nunca me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos. Pero, cuando ha llegado ese hijo tuyo, que ha gastado tu fortuna con prostitutas, has matado para él el ternero cebado.

Le contestó:

Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Había que hacer fiesta porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado».

Lc 15, 11-32.

Jesús utiliza este relato para contestar a los que le critican porque come con pecadores. Nos muestra la imagen de una casa especial en la que nos inspiramos para hablar de la fe y esperanza cristiana. Aparece como protagonista un padre y dos hijos. El Padre es Dios y los hijos somos nosotros. La casa es el contexto y tiene unas características que son sugerentes. Jesús habla en ciertos momentos del Evangelio de una casa donde todos tenemos sitio para abrir a la esperanza a los discípulos. Relacionamos ahora ambas casas en esta meditación, intuyendo cómo es el lugar que nos espera para siempre con Dios, esa vida eterna que ya actúa en nuestro momento actual, como llamada constante a volver a Dios en la fe.

Casa de la libertad de los hijos.

El hijo menor pide la herencia al padre. Pide la parte que le corresponde por ser hijo. El padre no duda en dársela. En esta casa se respira libertad. El padre nos da lo que le pedimos y nos

corresponde por ser sus hijos. Aunque nuestra libertad está herida todavía y podemos malgastar los dones de Dios, no estamos a la deriva pues lo que no podemos perder es ser hijos de Dios: nuestra verdadera libertad es quiénes somos. Ésta es la confianza que Dios tiene en nosotros y el reclamo continuo de su atención con nosotros. No se puede olvidar de quien ha creado. Si lo hiciera dejaría de ser padre, dejaría de ser Dios. La libertad que tenemos es un signo de la confianza depositada por el Padre en nosotros, así como de su compromiso de no abandonarnos nunca.

Casa de los herederos.

Todos tenemos nuestra parte de la herencia. A todos nos ha dado un lugar en el mundo, unos bienes y unos dones. Esta herencia es para ponerla al servicio de los demás. Malgastarla es ponerla a nuestro servicio. El que continuamente se mira a sí mismo malgasta los dones que posee en nada. El egoísmo agota la vida, nos aleja de nuestra identidad dada por Dios, nos aleja de nuestra casa paterna. Aparecen los sueños de libertad erróneos porque creemos que lo podemos todo, que somos como dioses. Y un día nos damos cuenta que de la irrealidad de nuestros ideales egoístas. Pero Dios siempre espera.

El padre nos espera.

La espera del padre no es una vigilancia agobiante. Su espera está basada en quiénes somos. ¿Cómo no va a esperar siempre un padre a su hijo? ¿Cómo no va a pensar continuamente en él? La casa permanece en su lugar, el padre esta en ella. Siempre es una posibilidad en la vida. La casa de Dios, volver a él es una posibilidad constante. Hoy es posibilidad para la fe. Él está esperando.

Casa de la ternura y el perdón.

Cuando el hijo regresa se encuentra con la mirada de su padre y con un corazón enternecido. No se encuentra reproches ni castigos. Cuando se acordó de la casa de su padre vio la verdad de su vida. No hacía falta que el padre se lo recordara para causarle dolor. Si el hijo vuelve es porque ha pensado lo que ha hecho y ya ha medido las consecuencias. Vuelve porque la verdad le empuja. Y la verdad mueve a la esperanza en un futuro abrazo del que ya se posee la seguridad. Y así es. Se encuentra con un padre tierno que manifiesta el perdón del que el hijo tenía seguridad: «Pero yo, por tu gran bondad, entraré en tu casa, me postraré ante tu templo santo con toda reverencia» (Sal 5). Acude corriendo a su presencia y le abraza. No sólo eso sino que además le besa. Es el beso del reconocimiento y de la adoración. El padre abre su corazón a su hijo con este beso y se hace vulnerable. El amor nos deja así. Es el mismo amor que trae el hijo en forma de esperanza y que le deja desnudo, le hace frágil, a la vez que fuerte en el amor del padre. Pero en la casa la fragilidad del amor es vestida por la novedad de la decisión del perdón del Padre. Ahora es una persona nueva. En la casa entramos renovados por el encuentro con el Padre. Somos reconocidos por los demás por llevar el mismo traje del amor de Dios. El anillo es signo de bodas. Signo de la promesa de Dios de ser fiel al hombre y no abandonarlo nunca. Las sandalias son signo del fin de la peregrinación. En casa nuestros pasos ya no son vacilantes y nuestros pies no tropiezan ni pueden ser heridos por nada. Así somos y seremos en la casa de Dios.

El abrazo para siempre. Nunca nos abandona.

Tras la muerte y Resurrección de Jesús, en quien todos hemos vuelto al Padre, siempre podemos experimentar este abrazo. El nos protege de la muerte para siempre. Estamos a

salvo de cualquier enemigo. Podemos escuchar su corazón que se confunde con el nuestro inundado de su amor incondicional.

Casa de los hermanos.

En la casa están mis hermanos. Todo lo del padre es nuestro. Los reproches se quedan en la puerta pues el padre hace comprender a todos la igualdad de la dignidad de hijos. Todos el que está dentro ha experimentado en la puerta el amor de Dios y entra transformado por éste. Las relaciones son basadas en este amor de perdón que nos une. El padre ya se encarga de que en la intemperie se queden las faltas y las envidias.

Casa de la vida.

Todos los que estamos dentro hemos pasado de la muerte a la vida y celebramos un banquete que lo manifiesta. Es el banquete de la Eucaristía. Cada vez que comemos el Cuerpo del Señor y bebemos su Sangre estamos anunciando que la muerte ha sido vencida y que esta victoria nos ha alcanzado ya. Estamos de fiesta porque a nada hemos de temer. De distinta forma hemos vuelto a la vida tras pasar por el encuentro transformador con el Padre Dios.

En esta casa hay muchas estancias, tantas como hombres en el mundo. Para ti y para mí. Tenemos sitio preparado. La fiesta está comenzando y están preparados el traje, el anillo y las sandalias para nosotros. Los que ya han caminado hasta allí con su muerte están a la mesa esperándonos. Sabemos el camino. Jesús muerto y resucitado. Por él hemos pasado ya de la muerte a la vida y el Padre esta divisándote desde la puerta de su casa. Caminemos confiados a la casa de Dios.

*«Porque la vida de los que en ti creemos, Señor,
No termina, se transforma;
Y, al deshacerse nuestra morada terrenal,
Adquirimos una mansión eterna en el cielo».*

Prefacio de difuntos.

3. EL DUELO DE BETANIA.

*«En aquel tiempo, cuando llegó María, la hermana de
Lázaro, adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus
pies diciéndole:*

*«Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi
hermano».*

*Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos
que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó:
« ¿Dónde lo habéis enterrado?»*

Le contestaron:

«Señor, ven a verlo».

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban:

« ¡Cómo lo quería!»

Pero algunos dijeron:

*«Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía
haber impedido que muriera éste?»*

*Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una
cavidad cubierta con una losa.*

Dice Jesús:

«Quitad la losa.»

Marta, la hermana del muerto, le dice:

«Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.»

Jesús le dice:

*« ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»
Entonces quitaron la losa.*

Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo:

«Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.»

Y dicho esto, gritó con voz potente:

«Lázaro, ve afuera.»

El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

«Desatadlo y dejadlo andar.»

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él».

Jn 11, 32-45.

MEDITAMOS EL DUELO DE BETANIA.

Betania es una ciudad cercana a Jerusalén. Allí Jesús tiene unos amigos: Marta, María y Lázaro. La cercanía con la ciudad de la Pascua convierte este lugar en escenario de paso para Jesús al ir cada año a celebrar esta fiesta a la Ciudad Santa. Podemos decir que es el lugar de la amistad con Jesús, de la intimidad con él en la escucha de su palabra.

Escuchamos el reproche de María: «si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano»³⁸. Es una afirmación del Evangelio que no está fundada en la verdad. Su hermano sí habría muerto. Este reproche es una actitud normal en el duelo. Su hermano habría muerto igual debido a la enfermedad. La intención de quien escribe el evangelio es mostrar el poder real de Jesús sobre la muerte como el peor mal que acecha al hombre.

Jesús es el dueño de la vida. El que ha vencido a la muerte pide nuestra fe, para que creamos ahora en nuestra vida, para que no nos desesperemos.

³⁸ «La segunda etapa es la fase de rabia o agresividad, podemos sentirnos enfadados con aquellas personas a las que consideramos responsables de la pérdida. A veces esta rabia se vuelve contra uno mismo, y podemos culparnos por la muerte o por algo que pensamos deberíamos haber hecho y que hubiera podido cambiar las circunstancias. Podemos sentir falta de seguridad y baja autoestima. Suelen aparecer también sentimientos de injusticia y desamparo». AA.VV. *Apoyo al duelo*, Universidad Miguel Hernández y Grupo ASV Servicios Funerarios.

Se acerca al sepulcro. Quiere ver el lugar. Este sepulcro evoca el de Jesús. Falta que retiren la losa que hay a la puerta para que la imagen sea completa. A pesar de la advertencia que le hacen y que manifiesta la muerte real de la persona Él pide que abran el lugar donde está enterrado. Por su palabra se abren las puertas que mantienen al hombre encerrado en la muerte. Es una iniciativa que desconcierta. «Abrid las antiguas compuertas, va a entrar el rey de la gloria», dice el salmo.

El Señor pide la fe para ver la gloria de dios. Su acción, la belleza restituida de Dios. Mediante la fe podemos contemplar al resucitado actuando sobre la muerte dejándola desarmada y sin poder con el hombre.

Con la losa quitada, la escena es la misma que se relatará más adelante con la resurrección del señor. Es como si el evangelio nos situara en el mismo lugar. Ante la muerte y sus puertas abiertas aparece la victoria del Señor.

Nosotros podemos hacer el esfuerzo de quitar la losa. Es decir, acercarnos a la puerta de la muerte. Pero de ahí no podemos pasar, pues solo percibimos más muerte y sus signos. Con Jesús en escena podemos ver otra cosa. La muerte como el momento previo a la vida nueva que él nos ha conseguido con su muerte y resurrección.

Nosotros vemos losas. Nuestras posibilidades se agotan a la entrada del sepulcro. Pero Jesús ve nuevas posibilidades. La oración con la que comienza la escena, María a los pies de Jesús, es el camino para poder ver la realidad con la mirada de Dios que es creativa.

La oración de Jesús es utilizada por el evangelista para recordar la acción de Dios. Jesús es el Hijo al que siempre escucha su Padre. No tiene ninguna duda. Ante todos nos abre la intimidad de su dialogo personal con quien le envía.

Dicho esto grita a Lázaro que salga. El hombre absorbido por la muerte puede salir de ella por la Palabra de Dios, más poderosa que la muerte. Jesús es la Palabra de Dios por medio de la cual todo se hizo. El hombre puede reconocer esa voz a pesar de la muerte. La muerte no le puede arrebatarse la capacidad interna de escuchar a su creador. Jesús grita como signo de poderío. Ordena que salga.

Y el muerto sale. Tiene los pies y las manos atados con vendas. Dos miradas a este signo: en primer lugar es la mirada de la fe de las personas. Han visto la acción de Dios pero sólo en la fe. Por eso aún no vemos con claridad los movimientos de la persona ni su rostro. No podemos entender plenamente cómo es esa vida nueva de resucitados.

En segundo lugar, son los signos de liberación de la muerte. Jesús manda que le suelten y que le dejen andar. Es libre. Ahora sólo obedece a la voz de Jesús. Algunos sólo interpretan en este relato un volver a la vida para después volver a morir. Pienso que es más acertado leer estas miradas en otra clave. Ya en esta vida somos liberados por la palabra del Señor de la atadura de la muerte, podemos escuchar su palabra y responder en la fe: aún con un sudario delante que vela toda la realidad y profundidad del acontecimiento de la nueva vida pero que vivimos ya en realidad.

Mas tarde Lázaro aparecerá sentado a la mesa. Es la mesa de los hombres resucitados. Liberados de la muerte. Es la mesa de la unción, la mesa de la muerte y la resurrección, la mesa de la amistad con Dios, la Eucaristía que «aleja toda corrupción»:

«Por ello podemos decir que el cuerpo de Cristo da vida a los que participan de él: si los encuentra sujetos a la muerte, aparta de la muerte y aleja toda corrupción, pues posee en sí mismo el germen que aniquila toda podredumbre»³⁹.

³⁹ Liturgia de las Horas, San Cirilo de Alejandría, Comentario sobre el evangelio de San Juan, Tomo III, 635.

Debemos leer este relato teniendo como marco este otro del mismo evangelio de San Juan:

«Os lo aseguro: quien escucha mi palabra y cree al que me envió posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida. Y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del Hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio».

Jn 5, 24-29.

4. «DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS».

«A ti te mando: Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; levántate entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tu en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona»⁴⁰.

«Fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos. Al tercer día resucitó de entre los muertos».

El credo cristiano, al hablar de Jesucristo afirma que, tras su muerte, descendió a los infiernos. ¿Cuál es el significado de

esta expresión de la fe? ¿Puede aportar algo a la vivencia del duelo? Vamos a acercarnos a su significado para responder a estas preguntas.

En primer lugar tenemos que quitar de la mente aquí el significado de «infierno» como lugar de condenación o de horrores. No es esta la intención de la Iglesia en el credo.

«Los infiernos», para la mentalidad bíblico-judía, es el lugar de los muertos. Es el sitio donde van las personas que mueren, sean de la condición que sean. Es el lugar donde no se puede ver a Dios. También es un tiempo de espera de alguien que les rescate de esa muerte.

Por tanto, el significado real de esta expresión es que Jesús murió realmente como toda persona. Comparte la misma vida y la misma muerte que todos. De esta forma inaugura una nueva realidad. El baja a este lugar para rescatar a los que están bajo el poder de la muerte. Para abrirles la puerta a la visión de Dios. Para anunciar el Evangelio de la vida y del amor que vence a la muerte y el mal. «Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempos de hambre» (Sal 32).

Es Jesús mismo quien va a este sitio. En el se cumple ese deseo del hombre de vivir para siempre. En el Resucitado se anuncia una nueva vida. Frente a la disolución o desaparición de la persona, Jesús anuncia con su resurrección el verdadero futuro del hombre: resucitar, volver a decir un día «soy yo» plenamente.

De esta forma, esta expresión de la fe cristiana se convierte en esperanza para la vida actual y en posibilidad de posesión ahora de esta vida de resucitados.

Fijémonos a continuación cómo puede ayudarnos a vivir el camino del duelo. Partimos de la siguiente convicción: la vida del cristiano es la vivencia del misterio de Cristo muerto y resucitado. Por tanto, en la fe y sus expresiones encontramos elementos que aclaran el «cómo» se da esta vivencia.

El gesto de «descender» es significativo pues se realiza también en nosotros en el tiempo del duelo como oportunidad. Podemos descender, de la mano del Señor, a lo más profundo de nuestro interior. Allí se encuentran realidades que la muerte ha oscurecido: memoria, afectos, identidad, amor. El tiempo del duelo ayuda a descender a este lugar que la muerte ha alcanzado y que nos afecta.

Este «descenso» tiene un objetivo. Bajando con el Cristo, el Resucitado, es decir, mediante la luz de la fe en Él y con su ayuda, podemos iluminar y «rescatar» estas dimensiones de la vida heridas por la muerte. El rostro del Señor mirará cara a cara esta oscuridad. La resurrección rescata lo que en nosotros ha alcanzado la muerte de quien amamos.

Una de las características es rescatar la memoria. Ya hemos dicho que puede quedar herida y sinsentido. Así sucedía a los judíos. La memoria de su pueblo, basada en las promesas de Dios a diversos personajes, estaba condenada al silencio por la muerte. Descendiendo a los acontecimientos que están en nuestro interior, podemos descubrir el sentido de los mismos, desde la victoria sobre la muerte de Jesús. Este «descenso» y «rescate» abren a la esperanza.

Por último, hemos dicho que, tras estos movimientos, la fe se ve fortalecida por la promesa del Señor de nuestra resurrección, que podemos empezar a vivir ya. Este el último momento del proceso. Tras el «descenso» y «rescate» del tiempo del duelo, viene una vuelta a la vida habitual desde la fe y la esperanza.

“Y porque no comenzó Cristo a salvar y glorificar el mundo por la superficie, sino por la raíz más íntima, creemos nosotros, seres superficiales, que no ha sucedido nada. Porque el agua del dolor y de la culpa todavía corre aquí donde estamos, nos imaginamos que sus fuentes, en lo profundo, no están todavía agotadas. Porque la maldad dibuja todavía nuevas ruinas en el rostro de la tierra, concluimos que en lo más profundo del corazón de la realidad ha muerto el amor. Pero todo no es sino apariencia, apariencia que tenemos por realidad de la vida”⁴¹.

5. COMUNIÓN CON LOS HERMANOS DIFUNTOS.

«Así pues, la fe, apoyada en sólidos argumentos, ofrece a todo hombre que reflexiona una respuesta a su ansiedad sobre su destino futuro, y le da al mismo tiempo la posibilidad de una comunión en Cristo con los hermanos queridos arrebatados ya por la muerte, confiriéndoles la esperanza de que ellos han alcanzado en Dios la vida verdadera»⁴².

Mediante la fe salimos al paso de la pregunta acerca de la posibilidad del contacto con las personas que han muerto. El amor no se acaba con la muerte. Ahora existe una forma de diálogo y relación con quien muere. Sólo desde la fe podemos explicar esta realidad sin caer en imaginaciones acerca de nuestra relación con los difuntos, cosa que, por otra parte, conduce la mayoría de las veces a aumentar la confusión y la angustia.

«La unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza por la comunicación de los bienes espirituales»⁴³.

La forma que nos ofrece la fe de la Iglesia, partiendo de la resurrección de Jesús y de nuestra vida unida a la suya, tiene

⁴¹ Rahner K., *El año litúrgico, meditaciones breves*, Herder, Barcelona, 1966, 88.

⁴² GS 18.

⁴³ LG 49.

un nombre que brota del amor: la comunión. El amor busca la comunión, el don total de sí de las personas que se aman. En esta vida esta comunión se expresa mediante nuestro cuerpo. Tras la muerte de la persona amada, la comunión a la espera de la resurrección del cuerpo se realiza mediante la oración. Así se convierte en signo de esperanza. *«Ahora, alabamos a Dios, pero también le rogamos. Nuestra alabanza incluye la alegría, la oración, el gemido. Es que se nos ha prometido algo que todavía no poseemos; y, porque es veraz el que lo ha prometido, nos alegramos por la esperanza; mas, porque todavía no lo poseemos, gemimos por el deseo. Es cosa buena perseverar en este deseo, hasta que llegue lo prometido; entonces cesará el gemido y subsistirá únicamente la alabanza»*⁴⁴.

La Iglesia ora a diario por los difuntos en la celebración Eucarística:

*«Recuerda a tu hijo a quien llamaste de este mundo a tu presencia: concédele que, así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con Él la gloria de la resurrección, cuando Cristo haga resurgir de la tierra a los muertos y transforme nuestro cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el suyo»*⁴⁵.

En la oración espera la reunión un día con los que ya han muerto:

*«Y a todos nuestros hermanos difuntos y a cuantos murieron en tu amistad, recíbelos en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas»*⁴⁶.

Y no sólo miramos en la dirección de la vida presente en unión con los que han muerto, sino que también existe relación contraria de la comunión de los difuntos con los vivos:

«Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor»⁴⁷. «Su preocupación de hermanos ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad»⁴⁸.

6. «EL QUE COMA DE ESTE PAN VIVIRÁ PARA SIEMPRE». (Jn 6, 51) LA EUCARISTÍA EN EL TIEMPO DEL DUELO.

*«En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente:
Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma
de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré
es mi carne para la vida del mundo».*
Jn 6, 50-51.

Jesús se llama a sí mismo «pan bajado del cielo». Todo aquel que coma de este pan vivirá para siempre. Es una referencia a la Eucaristía en la que el Señor se nos ofrece como pan que nos alimenta, nos une a Jesús Resucitado y nos une, en él, a todos los que ya viven en la Casa del Padre.

LA EUCARISTÍA ALIMENTA LA ESPERANZA.

En la Eucaristía celebramos la victoria del Señor sobre la muerte. «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús». En su muerte está derrotada nuestra muerte y su resurrección es la nuestra. Por eso acudir a la Eucaristía en el tiempo del duelo es una oportunidad para que Dios encienda

⁴⁷ CIC 958.

⁴⁸ LG 49.

la fe en nuestros corazones⁴⁹. Nuestra esperanza se fortalece en Jesús que «muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró la vida»⁵⁰. La luz de la fe y la esperanza alcanza el sufrimiento actual y la comprensión del misterio de nuestra muerte es alivio para el corazón. En la Eucaristía, «cada cual se prepara para el encuentro en la luz, cuando la muerte venga a desgarrar el velo»⁵¹.

7. NOS UNE A JESÚS MUERTO Y RESUCITADO Y A NUESTROS HERMANOS DIFUNTOS.

«Por él, los hijos de la luz amanecen a la vida eterna, Los creyentes atraviesan el umbral del reino de los cielos; Porque en la muerte de Cristo nuestra muerte ha sido vencida Y en su resurrección hemos resucitado todos»⁵².

El muro de la muerte que nos impide ver más allá ahora se ha convertido en el umbral del Reino de los cielos que podemos atravesar mediante la fe en el Señor resucitado, presente en la Eucaristía.

Celebrar la Misa se convierte en una forma de unión con aquellos que ya han cruzado físicamente este umbral mediante la oración unidos al Resucitado.

«Se puede dar a las almas de los difuntos consuelo y alivio por medio de la Eucaristía, la oración y la limosna. Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción fundamental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una experiencia consoladora. ¿Quién no siente la

⁴⁹ «La Eucaristía sitúa en el interior de Dios la plena realización del hombre como hombre: llamado en Cristo a ser hijo en el Hijo, a recibir el Espíritu de hijo, a participar de la creatividad paterna. Ningún problema humano se puede ya plantear sin tener presente esta realidad: ni la psicología, ni la sociología, ni la política. Todas estas dimensiones del hombre son ya conato y fracaso al mismo tiempo, de una llamada hondísima a mirar más allá para descubrir la verdad de este más acá que nos es dado degustar en la Eucaristía». Trujillo Díaz L. y López Sáez F.J., *Meditación sobre la Eucaristía, Sígueme, Salamanca, 2008, 122.*

⁵⁰ Prefacio Pascual I.

⁵¹ Durrwell F-X., *El más allá. Miradas Cristianas*, Ed. Sígueme, Verdad e Imagen, Salamanca 1997, 40.

⁵² Prefacio Pascual II.

necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón?»⁵³.

El Señor es este umbral. Únicamente le vemos en la fe y la Eucaristía hace que nosotros «vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino»⁵⁴.

Nuestra esperanza se alimenta de la Eucaristía «mientras espera el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en tu descanso»⁵⁵.

8. NOS TRANSFORMA EN RESUCITADOS.

La Eucaristía no sólo alienta nuestra esperanza sino que nos transforma ya en resucitados. Igual que el pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre del Señor, nosotros somos transformados en esta nueva forma de existir que inauguró Él al tercer día de su muerte.

Siendo esto así, somos capacitados internamente por Dios para percibir la profundidad de la realidad y su orientación hacia Dios. Vemos el mundo con ojos nuevos, los ojos del Señor resucitado.

Nos hacemos más sensibles a la acción del Espíritu Santo, que siempre asiste a su Iglesia, «para que, a impulso de su amor confiado, no abandone la plegaria en la tribulación, ni la acción de gracias en el gozo»⁵⁶.

«Porque la participación del cuerpo y la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos: y seamos portadores, en nuestro espíritu y en nuestra carne, de aquel en quien y con quien hemos sido muertos, sepultados y resucitados»⁵⁷.

⁵³ SpS 48.

⁵⁴ Prefacio I de la Ascensión del Señor.

⁵⁵ Prefacio X dominical.

⁵⁶ La acción del Espíritu en la Iglesia, Prefacio II del Espíritu Santo.

⁵⁷ Liturgia de las Horas, San León Magno, Sermones, Tomo III, 563.

9. PAN DEL CAMINO.

En el camino de nuestra vida el Señor es nuestro alimento para no desfallecer: «En la Eucaristía, testamento de su amor, él se hace comida y bebida espiritual, para alimentarnos en nuestro viaje hacia la Pascua Eterna»⁵⁸. Jesús es el camino que nos conduce a Dios. La presencia del Señor en la Eucaristía es verdadero alimento que nos renueva interiormente y nos ayuda a seguir a pesar de las adversidades. «Con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles, para que una misma fe ilumine y un mismo amor congrege a los hombres que habitan un mismo mundo»⁵⁹.

«Éste es el viático de nuestro viaje, con el que nos alimentamos y nutrimos durante el camino de esta vida, hasta que saliendo de este mundo lleguemos a Él; por eso decía el mismo Señor: Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tenéis vida en vosotros»⁶⁰.

10. DIOS ACTÚA EN LA DEBILIDAD DE NUESTRA VIDA CON LA EUCARISTÍA.

«Del mismo modo que el esqueje de la vid, depositado en tierra, fructifica a su tiempo, y el grano de trigo, que cae en tierra y muere, se multiplica pujante por la eficacia del Espíritu de Dios que sostiene las cosas, y así estas criaturas trabajadas con destreza se ponen al servicio del hombre, y después, cuando sobre ellas se pronuncia la Palabra de Dios, se convierten en la eucaristía, es decir, en el cuerpo y la sangre de Cristo; de la misma forma nuestros cuerpos, nutridos con esta eucaristía y depositados en tierra, y desintegrados en ella, resucitarán a su tiempo, cuando la Palabra de Dios les otorgue de nuevo la vida para la gloria de Dios Padre. Él es, pues, quien envuelve a los mortales con su inmortalidad y otorga gratuitamente la incorrupción a lo corruptible, porque la fuerza de Dios se realiza en la debilidad»⁶¹.

⁵⁸ La Eucaristía, viático para la Pascua Eterna, Prefacio III de la Santísima Eucaristía.

⁵⁹ Los frutos de la Santísima Eucaristía, Prefacio II de la Santísima Eucaristía.

⁶⁰ Liturgia de las Horas, San Gaudencio de Brescia, Tratados, Tomo III, 570.

⁶¹ Liturgia de las Horas, San Ireneo, Tratado contra las herejías, Tomo III, 621-622.

La Eucaristía es, como hemos leído, un signo de debilidad ciertamente: anunciamos la muerte de Jesús, grano de trigo caído en tierra y muerto. Pero es, al mismo tiempo, misterio de victoria, pues ese grano enterrado y desintegrado en la tierra ha dado la vida a los hombres rompiendo las cadenas de la muerte, saliendo victorioso del seno de la tierra. Hay una unión misteriosa de debilidad y fortaleza en este sacramento, que sólo se esclarece a la luz del Señor muerto y resucitado.

Por esto se convierte en fuerza para nosotros envueltos en la debilidad. La mayor fragilidad, que es la muerte, ha sido vencida. Por eso creemos que, nosotros que comemos en este banquete, a pesar de la muerte que nos entierra, saldremos de ella un día resucitados. «Mira, Señor, con bondad a tu pueblo, y ya que has querido renovarlo con estos sacramentos de vida eterna, concédele también la resurrección gloriosa»⁶².

11. «VUESTRA TRISTEZA SE CONVERTIRÁ EN ALEGRÍA». **(Jn 16,20)** **APRENDER DEL SUFRIMIENTO.**

«La pasión del Señor nos muestra la penuria de la vida presente, en la que tenemos que padecer la fatiga y la tribulación, y finalmente la muerte; en cambio, la resurrección y glorificación del Señor es una muestra de la vida que se nos dará»⁶³.

Es posible que este título te llame la atención. Puedes pensar que el objetivo es apartar lo más lejos posible el dolor de tu vida. No te equivocas. Tienes toda la razón. Pero tampoco puedo engañarte. No puedo decirte el tiempo que vas a sufrir. No puedo alcanzar a comprender todo tu dolor. Es cierto que me acercaré bastante pero llega un momento en que la comprensión ya no alcanza más lejos. Y en ese límite de mi comprensión quiero dejarte un mensaje en una botella. Llegará el día en que este

⁶³ Liturgia de las Horas, San Agustín, Comentarios sobre los salmos, Tomo III, 737.

mensaje te sirva. Ahora recíbelo y guárdalo. Todo tendrá su momento.

Hoy se escribe mucho sobre el sufrimiento: cómo superar las situaciones que lo provocan, cómo extraer algo positivo del mismo, estrategias para acompañar a quien sufre. Pero en el Evangelio podemos encontrar algo más profundo. El sufrimiento no es bueno, no es querido por Dios. De hecho encontramos siempre una lucha de Jesús contra éste. En muchas ocasiones aparece Jesús curando enfermos, tomando una actitud activa contra el sufrimiento del hombre.

Pero aún podemos dar un paso más importante. Una de las peores consecuencias del sufrimiento es que la persona que sufre piense que su dolor no vale para nada. Que no tiene ningún sentido. Escuchamos a veces que se dice que «estamos en la vida para sufrir» afirmando así que estamos en manos de la fuerza del dolor por el dolor. Pensar que el sufrimiento carece de sentido es más doloroso que la causa del mismo. Es lo que se llama el *«sentido de inutilidad del dolor»*.

«Sensación que a veces está arraigada muy profundamente en el sufrimiento humano. Este no sólo consume al hombre dentro de sí mismo, sino que parece convertirlo en una carga para los demás. El hombre se siente condenado a recibir ayuda y asistencia por parte de los demás y, a la vez, se considera a sí mismo inútil»⁶⁴.

Pero existe otra forma de considerar el dolor para superar este sentido de inutilidad. Los apóstoles sufren mucho por Jesús y nos dice la Palabra de Dios que esto les hace felices. San Pablo también hablará de sufrir por los suyos y esto como fuente de felicidad. Su sufrimiento no es un fin en sí mismo sino que creen que, con sus padecimientos, se unen a Jesús que sufrió y murió para acabar con la muerte y el mal en el mundo: «La elocuencia

de la cruz y de la muerte es completada, no obstante, por la elocuencia de la resurrección. El hombre halla en la resurrección una luz completamente nueva, que lo ayuda a abrirse camino a través de la densa oscuridad de las humillaciones, de las dudas, de la desesperación y de la persecución»⁶⁵. De esta forma, con la fe en esta unión misteriosa con el Señor, su dolor «sirve» también para acabar los signos de la muerte en la humanidad y en nuestra vida.

Es cierto que cuesta comprenderlo. Es difícil y es necesaria la fe. Pero contamos con los testimonios de muchos cristianos que han comprendido este sentido de su dolor y lo han convertido en fuente de bendición para otros. También esta actividad ha servido para alimentar la esperanza de muchos. ¿No podría ser también tu caso?

Quiero terminar con algunos aspectos del sufrimiento⁶⁶ que nos pueden servir para dar un primer paso, es decir, superar ese sentido de inutilidad del que te hablaba:

1. Aprendemos a mirar la vida con realismo.
2. Reconocemos nuestra debilidad y fragilidad. No sólo sino que aprendemos a amarnos así. Nos conocemos a nosotros mismos.
3. Aprendemos que necesitar de otros no es algo humillante sino necesario y generador de nuevas relaciones más fuertes.
4. Encontramos las cosas esenciales de la vida con luz nueva.
5. Nos hacemos capaces de relativizar.
6. Nos hacemos fuertes porque aprendemos que la fortaleza está en nuestro crecimiento interior.
7. Nos convertimos en más compasivos y comprensivos con los que nos rodean.

⁶⁵ SD 20.

⁶⁶ Me parece interesante para este tema el apartado "Madurar" del libro Greshake G., *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*, Sígueme, Salamanca, 2008, 117-121.

8. Desechamos las idealizaciones del amor y de la vida para descubrir la belleza que poseen por sí mismas.
9. Nos abrimos a la fe y la esperanza en Jesús que ha muerto y Resucitado para acabar con el mal y la muerte en el mundo.

«Quienes participan en los sufrimientos de Cristo tienen ante los ojos el misterio pascual de la cruz y de la resurrección, en la que Cristo desciende, en una primera fase, hasta el extremo de la debilidad y de la impotencia humana; en efecto, Él muere clavado en la cruz. Pero si al mismo tiempo en esta *debilidad* se cumple su *elevación*, confirmada con la fuerza de la resurrección, esto significa que las debilidades de todos los sufrimientos humanos pueden ser penetrados por la misma fuerza de Dios, que se ha manifestado en la cruz de Cristo. En esta concepción *sufrir significa* hacerse particularmente *receptivos*, particularmente *abiertos a la acción de las fuerzas salvíficas de Dios*, ofrecidas a la humanidad en Cristo. En Él Dios ha demostrado querer actuar especialmente por medio del sufrimiento, que es la debilidad y la expoliación del hombre, y querer precisamente manifestar su fuerza en esta debilidad y en esta expoliación. Con esto se puede explicar también la recomendación de la primera carta de Pedro: «Mas si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre»⁶⁷.

12. LAS ACCIONES DE LA VIDA.

LA IMAGEN DE DIOS Y EL JUICIO⁶⁸.

«Tú, que lo sabes todo, sabes también mi incapacidad. Tú, que todo lo puedes, eres el Señor de la gracia. Por eso me entrego a tu sentencia. Tu sentencia cumplirá la verdad, pero ésta, que según la palabra de tu Apóstol, será Amor»⁶⁹.

Frente a la muerte de la persona amada nos preguntamos qué significado y valor tienen las acciones de la vida. Si morir es el final de todo y no hay nada más ¿para qué sirve orientar mi vida de una forma u otra? ¿Qué valor y significado pueden tener mis decisiones libres? ¿Cómo superar la injusticia de los juicios humanos que son tantas veces superficiales? ¿Para qué el sufrimiento provocado por algunas decisiones que buscaban el bien y que nunca fueron reconocidas por nadie? La misma reflexión señala como las acciones poseen un sentido y, por tanto, reclaman trascenderlas para buscar la repercusión real que pueden tener en la vida como totalidad. Reclaman una responsabilidad para no convertir la libertad en arbitrariedad. Reclaman un Alguien que pueda juzgar la vida en esta totalidad. Reclama un juicio divino.

Otro de los aspectos del sufrimiento en el duelo es no saber cuál es el resultado de la vida de la persona que ha muerto, cuyas acciones conocemos en mayor o menor medida, o quizá desconocemos. Surgen muchas preguntas que pueden llevar a la angustia.

Nuestra reflexión pretende mostrar cómo, desde la imagen correcta de Dios y el juicio tras la muerte, Dios puede actuar y transformar esta dimensión en la persona en duelo. Es lo que hemos llamado la pascua de las acciones de la vida.

⁶⁸ Cf. SpS 41-48.

⁶⁹ Guardini R., *Oraciones teológicas*, Cristianismo y hombre actual, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959, 3, 107-108.

Todos los acontecimientos, acciones, decisiones y vivencias guardan relación con la vida eterna, ya presente como semilla en la vida actual. «Para nosotros, los cristianos, la vida presente guarda una esencial relación con la otra, y la subsiguiente, mejor dicho: la que coexiste ya con ella y la impregna, constituye realmente otra vida distinta, perteneciente a otro mundo, de distinto orden, vida verdadera, vida de Dios»⁷⁰. Es importante esta visión de la propia vida relacionada con la eterna. De esta forma la muerte ya no será una ruptura con la vida sino un “dar fruto”, una eclosión de la semilla de eternidad que portaban nuestro ser, acciones y decisiones.

Para el pensamiento cristiano, la muerte es compañera de la vida y no puede concebirse como exterior a la vida sino en relación con ella.⁷¹ La muerte circunda constantemente nuestra vida, y consiguientemente, la cuestiona de un modo radical⁷². A lo largo de la vida tenemos «experiencias de muerte»: dolor, enfermedad, etc. No sólo en estas experiencias «operamos nuestra muerte» sino en toda acción libre que realizamos en nuestra vida y que es para nosotros expresión o no de la opción fundamental que brota de la totalidad de nuestro ser⁷³. Desde el punto de vista que aducimos podemos interpretar estas experiencias como «fronterizas» con esa «vida eterna» prometida por Jesucristo. Las experiencias de muerte ponen en juego nuestras decisiones ante las mismas, apelan a nuestra libertad como «facultad para lo definitivo»⁷⁴.

Nuevamente caminamos de la mano de la esperanza para explicar este aspecto del sentido de las acciones de la persona. El juicio es «lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza»⁷⁵.

En primer lugar vamos a mirar el juicio como momento que puede transformar la angustia en quien vive el proceso del

⁷⁰ Congar Y., *Los caminos del Dios vivo*, Estela, Barcelona, 1964, 442.

⁷¹ Congar Y., *Los caminos del Dios vivo*, Estela, Barcelona, 1964, 442.

⁷² Greshake G., *Mas fuertes que la muerte: lectura esperanzada de los “novísimos”*, Sal Terrae, Santander, 76.

⁷³ Cf. Rahner K., *Sentido teológico de la muerte*, Herder, Barcelona, 1965, 49-50.

⁷⁴ Metz J.B., «Libertad», en Fries H., *Conceptos Fundamentales de la Teología I*, Ediciones Cristiandad, Madrid, ²1979, 915.

⁷⁵ SpS 41.

duelo. Sólo Dios conoce todo el hombre. Todas las acciones de la persona han sido conocidas por Dios. Ante Él vamos a ver la verdad de nuestra vida. La verdad de todo lo que he hecho y de las motivaciones que llevan a hacerlo. Sólo él conoce el sufrimiento del corazón del hombre. «En Él vivimos, nos movemos y existimos». Nada es superfluo a la justicia de Dios. «Él modeló cada corazón y comprende todas sus acciones» (Sal 32). Esto es una llamada a nuestra esperanza. Tenemos que liberarnos de la imagen humana de justicia, que es engañosa y limitada: cerrada a la esperanza.

Evidentemente se puede objetar que sólo esto no puede transformar la angustia puesto que podemos mirar las acciones de la persona que ha muerto y ver que «merecen una condena» y, por lo tanto, provocar más angustia. Pero esta sigue siendo la perspectiva humana de justicia pues estamos juzgando desde nuestros parámetros.

La fe en la justicia de Dios nos recuerda que en la existencia del hombre hay una mezcla de bien y mal, de motivaciones erróneas y otras que no lo son, de búsqueda sincera del bien y lo contrario, de vida en la verdad y en la mentira. «En gran parte de los hombres,-eso podemos suponer- queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal»⁷⁶.

Al mismo tiempo, sabemos que estas acciones, mezcladas tantas veces con los «compromisos con el mal», van a ser juzgadas por Dios. Aquí está la peculiaridad. La justicia mostrará realmente en su verdad las acciones, pero tenemos presente también la gracia de Dios. De esta forma es Dios justo realmente. Dios no confunde el mal con el bien ni se fija sólo en uno de los dos, ya que si no serían irrelevantes nuestras acciones en la vida. «Señor,

⁷⁶ SpS 46.

no me corrijas con ira, no me castigues con cólera. Misericordia, Señor, que desfallezco, cura, Señor, mis huesos dislocados» (Sal 6)

Ante el juicio, que es paso de la persona por Cristo⁷⁷, queda atrás todo lo que es mentira en la vida, todo lo que no conducía a El. Es un encuentro salvador que, a la vez, cura a la persona. Es justicia y gracia. No sabemos que será de la persona que ha muerto, pero la confianza en el Juez alienta la esperanza. Volvemos a recordar que estamos hablando en el ámbito de la fe y desde éste intentamos comprender. En la fe encontramos, pues, respuesta y consuelo que transforman desde dentro la angustia del duelo.

Otro momento de esta acción pascual del Señor es el que redimensiona el presente desde esta mirada al futuro en el juicio. Es una llamada a mirar el presente sabiendo que nuestras acciones no son irrelevantes: superación vital del relativismo ético. Es esperanza en que, aunque sepamos de la limitación en la verdad de lo que hacemos ya que está influida por el mal del pecado, existe la gracia de la curación. Es una invitación a descubrir la verdadera imagen del hombre en su condición actual con respecto a la imagen de Cristo, juez y salvador. Es, por último, una propuesta creativa de una «nueva justicia humana» fundamentada en la justicia divina.

«Dichoso el que ha muerto en el Señor, que descanse ya de sus fatigas y que sus obras lo acompañen».

13. CONTINUAR LA VIDA COMO PEREGRINOS

«En tierra extraña peregrinos,
Con esperanza caminamos,
Que, si arduos son nuestros caminos,
Sabemos bien a dónde vamos.

En el desierto un alto hacemos,
Es el Señor quien nos convida,
Aquí comemos y bebemos
El pan y el vino de la vida.

Para el camino se nos queda
Entre las manos, guiadora,
La cruz, bordón, que es la vereda
Y es la bandera triunfadora.

Entre el dolor y la alegría,
Con Cristo avanza en su andadura
Un hombre, un pobre que confía
Y busca la Ciudad futura. Amén».

LAS TRES TAREAS DE LA PEREGRINACIÓN.

Creer.

«Es probable que cada uno tenga actitudes y valoraciones diferentes ante este acontecimiento. Los creyentes pensamos que detrás de esta convocatoria hay una llamada de Dios, para que, ante la experiencia de la muerte, aprendamos a vivir guiados por la fe»⁷⁸.

Estas páginas pretenden ser una invitación a la fe. Hemos visto cómo en los relatos del Evangelio aparecen personas que viven el duelo con sus etapas normales. Vemos como el sufrimiento

⁷⁸ RE 1357.

no está lejos de sus vidas: lloran, se encierran, reprochan, no lo quieren aceptar. Pero estos personajes tienen una experiencia única en su vida. Jesús resucitado les lleva a descubrir el sentido de la propia vida, del sufrimiento, de la adversidad. Les muestra que el sufrimiento es camino para descubrirle, pues Dios está cerca del dolor. Ven lo que otros no son capaces de ver en las mismas circunstancias, incluso en las más dolorosas y negativas.

El Señor les acompaña en su proceso de dolor para que crean en la vida eterna que Dios les ha prometido y que ha realizado ya en su Hijo resucitándolo. Y les promete la misma experiencia de victoria sobre la muerte para toda la humanidad. El poder de la muerte ha sido derrotado por la Vida que es Jesús.

Siempre es oportunidad para creer. El Señor nos regala y alimenta la fe. Esta fe nos presenta la vida como un camino y a nosotros como peregrinos, protagonistas de este trayecto. Tenemos una meta y unos pasos para seguirla. Es imposible perderse, pero si la debilidad provoca esta pérdida, el Señor estará buscándonos siempre.

Tenemos el alimento del camino: la Eucaristía. Podemos reconciliarnos con todos y con Dios mediante el sacramento de la confesión, también con nuestros hermanos difuntos.

El camino está trazado y tú puedes recorrerlo. Este tiempo del duelo es momento para empezar a caminar con esperanza.

Esperar.

Mediante la fe sabemos bien a donde vamos. Además, poseemos ya ese lugar y esa vida, pero aún sin verlo, en oscuridad, en esperanza. Esta es la principal fuerza de nuestra fe. Podemos seguir caminando siempre a pesar de que el camino se haga difícil y, a veces, intransitable.

La esperanza es la fe que crece en el corazón del hombre y va alcanzando todas las dimensiones de su ser. Pone en movimiento al creyente cuando las fuerzas fallan, cuando lo más normal sería dejar de caminar.

Caminar en esperanza no significa que no viviremos el dolor, sino que, en medio del dolor y la alegría podemos seguir esperando lo que se nos ha prometido, la vida con Dios y con los hermanos, un día en la Ciudad futura.

Esto implica, pues, afrontar la vida con serenidad y activamente. Defender valores y causas aunque a veces vayamos contracorriente. Significa introducir en nuestra vida la posibilidad de cambio, de conversión.

La esperanza convierte en pasajeros los momentos y circunstancias de la vida y, a la vez, convierte en importante el momento presente porque lo percibimos como único e irrepetible.

Vivir en la esperanza es una fuerza que ayudará también a otros a levantarse y continuar. Nos convertiremos en personas que pueden actuar allí donde otros ven que todo está perdido. Nos hace personas positivas en la adversidad y capaces de descubrir una parte de bien en los acontecimientos.

La esperanza, por último, es una ventana al sentido de la vida y a la felicidad en la realización de este sentido. Quien camina en esperanza mira siempre más allá de lo inmediato que se presenta a los ojos, para descubrir la llamada que se le dirige en ese momento, para encontrar el sentido oculto de todo lo que sucede. Sólo mediante la esperanza podemos amar sin reservas, porque no agotamos el amor temerosamente salvaguardando nuestra vida, sino que podemos darlo a manos llenas, ya que captamos el valor interno del acto de amor y sabemos que ese

acto es un tesoro en ese futuro que ilumina nuestra esperanza: Jesucristo.

«Pues ahora, mientras vivís en vuestro cuerpo mortal, desterrados lejos del Señor, camináis por la fe; pero tenéis un camino seguro que es Cristo Jesús en cuanto hombre, el cual es al mismo tiempo el término al que tendéis, quien por nosotros ha querido hacerse hombre. Él ha reservado una inmensa dulzura para los que le temen y la manifestará y dará con toda plenitud a los que esperan en él, una vez que hayamos recibido la realidad de lo que ahora poseemos sólo en esperanza»⁷⁹.

Amar.

*«Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana,
Inspíranos el gesto y la Palabra oportuna
Frente al hermano solo y desamparado,
Ayúdanos a mostrarnos disponibles
Ante quien se siente explotado y deprimido.
Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor,
De libertad, de justicia y de paz,
Para que todos encuentren en ella
Un motivo para seguir esperando»⁸⁰.*

Relacionada íntimamente con todo lo que acabamos de decir esta la virtud del amor. No es amar simplemente. Es amar por la fe en esperanza. Esto redimensiona el amor dándole una calidad distinta.

Por la fe creemos que Dios nos ha amado primero. Que su amor me dignifica, me hace crecer. Su amor llega hasta el extremo de la muerte. Y este amor tiene promesa de perpetuidad. «El amor tiende a la eternidad»⁸¹. «El amor es rico»⁸². Por tanto este amor de Dios es el mar en el que está sumergida la existencia del hombre peregrino guiado por la esperanza.

El amor hace ver la belleza de las personas, de toda la realidad. El amor que nace de la fe descubre la belleza del plan de Dios para toda la humanidad, para cada acontecimiento. En el sufrimiento aflora el rostro sufriente de Jesús amándonos y dando vida con su muerte. En el problema concreto podemos escuchar, mediante el amor, una llamada de Dios. En el pecado se nos muestra ese amor sorprendente que Dios nos da sin medida.

En la vida del creyente este amor se desborda y se refleja en sus obras. Por la íntima relación con la fe y la esperanza, cada acto de amor que realizo alimenta estas otras en mí. Por esta razón la invitación ahora es manifestar este amor de forma que la fe y la esperanza crezcan. Amando creo. Esperando amo. Creo amando.

14. LA PARROQUIA, CASA DEL DUELO Y LA ESPERANZA.

En el tiempo del sufrimiento que estás viviendo es importante buscar espacios para la curación de las heridas profundas que vives. En la Iglesia tenemos un lugar que, por sus características, te ayudará en este momento: la parroquia.

En tu barrio existirá una parroquia. Más que un templo es el grupo vivo de creyentes que siguen a Jesús Resucitado y tienen puesta su esperanza en él. No son personas de otro mundo pero sí se saben elegidos por el amor de Dios que un día se manifestó en sus vidas. Viven como cualquier ciudadano pero sabiéndose ciudadanos del cielo, donde está su verdadera patria. En definitiva, son personas que creen en el Señor y saben que la muerte no es la última palabra en sus vidas.

“Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus

costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así

también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, sólo porque le impide disfrutar de los placeres; también el mundo aborrece a los cristianos, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres.

El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que éste la aborrece; también los cristianos aman a los que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene unido el cuerpo; también los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial. El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber; también los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican más y más. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar”⁸³.

LUGAR DE NUEVAS RELACIONES⁸⁴ .

El camino del duelo también es momento en que mucha gente acudirá a ti para intentar consolarte, darte una palabra de ánimo, ofrecerte su ayuda. Algunas veces agradecerás estas compañías pero otras desearás estar sólo.

⁸³ De la Carta a Diogneto (Cap. 5-6; Funk 1, 317-321).

⁸⁴ «Hablar con gente que ha pasado o está pasando por el proceso de duelo, personas que han perdido también a alguien que querían, nos ayuda a ver otros puntos de vista diferentes que no estamos viendo en este momento. Podemos participar en grupos de ayuda mutua que están formados por personas que han sufrido la pérdida de alguien querido en circunstancias similares a la nuestra y que se reúnen periódicamente para apoyarse en el proceso de elaboración del duelo. Ofrecen un lugar y un momento para compartir pensamientos y sentimientos que llevamos dentro cuando estamos en duelo, todo siempre en un clima de confianza, respeto y responsabilidad. Habrá alguien que haya pasado por ya por este camino, y desde el otro extremo pueda guiarte, orientarte y apoyarte en tu malestar. Participar en estos grupos da la oportunidad de conocer gente, de hacer nuevas amistades, de participar en más actividades. El paso por el grupo de ayuda mutua puede descubrir nuevos recursos para afrontar los problemas que hasta ahora desconocíamos y que nos harán ser más fuertes». AA.VV. Apoyo al duelo, Universidad Miguel Hernández y Grupo ASV Servicios Funerarios.

Las personas que te quieren viven la dificultad de no saber qué decir, como ayudarte. Muchas veces escucharás frases hechas o inadecuadas. Esto es signo de que no sabemos muy bien qué hacer o decir ante la persona que llora por la muerte de quien ama. Ninguno de los que te visitan conoce de primera mano lo que te sucede, lo que pasa por tu corazón y tu mente. Simplemente saben que estas sufriendo y mucho, pero no saben poner nombre ni distinguir tus sentimientos. Tampoco están obligados a saberlo. Ellos sólo quieren ayudar. Pero en ocasiones no lo logran. Algunos incluso no pudiendo soportar verte llorar, querrán que dejes de hacerlo. Pero realmente es su problema, quizá tengan que aprender a soportar verte así.

Digamos que en este momento del duelo, cuando necesites una compañía preferirás que sea alguien significativo. Personas que te comprendan y que no te fuercen a hacer o decir aquello que no quieres. Exigirás respeto a quien está a tu lado. En ocasiones necesitarás sólo una presencia cerca de ti, una mano que te acaricie, un abrazo.

La necesidad principal durante esta travesía es ser escuchado. Las palabras que salen de ti no serán grandes razonamientos. Querrás expresar cómo te sientes. Y no todo el mundo está dispuesto a escuchar a gente que le cuenta sus sentimientos. Son algo tan personal que no se alcanza a entender sino con mucho tiempo de escucha atenta y cualificada. Pero en algunos momentos tu necesitarás expresarte y ser escuchado sin ser reprendido por sentir esto o lo otro. No pedirás opinión. Solo que te escuchen.

Con estas letras te ofrezco la parroquia como nueva posibilidad. Allí hay personas que te escucharán. Donde haya una persona que acuda a la parroquia puedes tener la certeza que será de gran ayuda para ti. No estoy hablando de personas sobresalientes por alguna cualidad ni cosas parecidas. Lo que

hace especiales a estas personas es que, desde su fe, se sienten movidos por los mismos sentimientos de Dios hacia ti. La paternidad, maternidad de Dios se puede ver en su mirada.

Estas personas que encontrarás en la parroquia no estarán mirando el reloj mientras te escuchan. Pueden dedicarte muchos momentos. Compartir contigo la vida que no se mide con minutos, sino con comprensión. Ellos serán incondicionales a tus necesidades porque saben que Dios lo es.

A pesar de ser personas desconocidas para ti no te sentirás rechazado, sino acogido, porque ellos creen en esos brazos de Dios en los que todos tenemos hueco, sobre todo los más necesitados.

Sobre todo, cuando creas que es el momento, les puedes preguntar sobre su visión de la vida y la muerte. Más que las palabras te sorprenderá su propio testimonio. Tienen muchas historias que contarte sobre la esperanza. No una esperanza que han aprendido en libros, sino que está avalada por sus vivencias, a veces grandes milagros.

Son personas que se saben en camino hacia Dios. Este es el significado de la palabra «parroquia». Hace referencia a peregrinar, estar de paso, ser forastero. Es la casa de aquellos que se saben como exiliados y que caminan hacia la casa del Padre. Pero con una característica importante. No sólo miran hacia delante olvidándose del momento actual, sino que viven ya lo que esperan, y esto hace de ellos una verdadera casa de esperanza en el mundo de hoy.

Estos cristianos han escuchado de boca del Señor su mandamiento «amaos los unos a los otros como yo os he amado» y esta es la fuente de todo su amor y comprensión hacia ti. Además, saben que este amor de Dios es más fuerte que la

muerte y ese es el motor de su esperanza. Se lo creen y tú eres importante para ellos. Mas que contártelo seguro que será mejor que los conozcas por ti mismo.

LUGAR DE LA PALABRA DISTINTA.

En la parroquia podrás escuchar «palabras distintas». No serán palabras de hombres y mujeres sabios. Serán palabras del mismo Dios. Su voz invita a levantar la mirada ante los problemas, a mirar de frente el mal sin miedo, porque ya ha sido vencido.

Las palabras de esperanza brotan de quien nos ha prometido que estará con nosotros «hasta el fin del mundo», Jesús el Señor. Él es el centro de la vida de la parroquia. Sin él no tendría sentido este grupo de creyentes, «comunidad» podemos llamarles. A diario se reúnen para escuchar la Palabras de su Señor. Ellos dicen que son «alimento», «el pan nuestro de cada día». Y es cierto que salen bien alimentados de esperanza, fe y amor para todos.

Se oyen palabras extrañas a los oídos del mundo: perdón, fraternidad, vida, esperanza, amor hasta dar la vida. El no estar desgastadas y ver que se pueden vivir de verdad las hace especiales. Y se escuchan a diario en la parroquia.

Y no sólo se escuchan sino que mueven a dialogar. Te convierten en interlocutor de la Palabra capaz de responder a la misma en tu vida. ¡Podemos dialogar con Dios como lo hacen dos amigos! Hablar con Dios es orar. La parroquia es el lugar para hablar con Dios desde la escucha de su Palabra.

ESCUELA DE LA ESPERANZA.

La comunidad de la esperanza que es la parroquia no es un grupo de eruditos de las cosas de Dios. El Evangelio esta para «hacer» lo que dice. Un Obispo me decía hace un tiempo: «el

Evangelio es para hacerlo. Pon en práctica lo que ahí pone y lo entenderás»

Esto es importante. En el momento del duelo no sólo necesitamos palabras, presencias cercanas, sino realizar alguna actividad que ponga en funcionamiento la esperanza. No me refiero al tiempo inmediato de la muerte de la persona querida sino después de haber retomado la actividad habitual, haber solucionado las cuestiones administrativas, después de un tiempo en el que vayas aprendiendo a vivir sin esta persona. El tiempo lo marcas tú.

En la parroquia hay distintas acciones que ponen en marcha la esperanza y la alimentan. El mandamiento del amor de Jesús es un mandamiento de esperanza. Es una tarea continua que se ha de manifestar. La comunidad dispone de grupos que se alimentan de la Palabra de Dios, grupos de diálogo para personas mayores, acciones de ayuda a enfermos y a los pobres. Toda la vida de esperanza parroquial es alimentada por los sacramentos, donde bebemos de las mismas fuentes.

CULTURA DE LA VIDA.

La casa de la esperanza que es la parroquia también es un árbol que genera frutos de vida. Frente a la cultura preeminente de la muerte, los cristianos son un grito, un «sí» a la vida. Se oponen a cualquier conformismo con la cuestión de la muerte y afirman el bien de la vida frente a los que la banalizan.

Esto hace de la parroquia también un lugar distinto para quien sufre la pérdida, pues demuestra que algo distinto es posible. Que las teorías y prácticas que conducen a la muerte no son un bien real para el hombre. Que la muerte no tiene la última palabra pues ha sido vencida por la Vida.

Esta cultura de la vida no brota de ideas sino de la misma fuente que es la vida de Dios. Los que han sido bautizados han recibido esta vida por el sacramento. El Bautismo es el símbolo de la muerte y Resurrección de Jesús, de su victoria sobre el mal y la muerte. Los cristianos, al recibir este sacramento, vivimos realmente esta victoria en nuestra vida y nos convertimos en «publicidad activa» de la resurrección.

15. «ACÉRCATE Y CAMINA A SU LADO». EL GRUPO PARROQUIAL DE ACOMPAÑAMIENTO DEL DUELO.

«El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también el gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Pues la comunidad que ellos forman está compuesta por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar a hacia el reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para proponérselo a todos. Por ello, se sienten verdadera e íntimamente solidaria del género humano y de su historia⁸⁵».

«SOBRE TODO...».

He aquí la razón de ser del grupo parroquial de acompañamiento de las personas en duelo. Pertenece al discípulo de Cristo esta preocupación y solicitud por las personas que sufren, por los afligidos. En este marco encuadramos a las personas que han vivido la muerte de quien aman y que caminan por la travesía del duelo.

Este proceso es una realidad «verdaderamente humana». La muerte acontece en la vida de todo hombre. El misterio de

Cristo se sumerge en esta experiencia y por ello forma parte esencial de nuestra perspectiva cristiana. De hecho para comprender el misterio del hombre, todos los misterios de su vida, tenemos que impregnarnos del misterio de Cristo.

«ÍNTIMAMENTE SOLIDARIA». LA CARIDAD DEL DOLOR.

No es algo accesorio en la comunidad de la Iglesia acompañar al que vive el duelo. Es el desarrollo en el tiempo y el espacio del amor de Dios que alcanza a toda la humanidad y, por tanto, es un ejercicio de caridad. Podríamos llamar a este ejercicio «Caridad del dolor». De esta forma esta acción brota como esencial en la vida de la Iglesia.

Esta «caridad del dolor» coexiste con el ministerio de la palabra y con la liturgia de la Iglesia. Acompañamos al que sufre el duelo por esta fuerza interna del amor que nos urge a acercarnos y caminar al lado de esta persona. Lo hacemos partiendo siempre de la Palabra de Dios que abre a la esperanza y que conduce a la fuente de vida pascual que es la liturgia.

Con esta densidad de significado vemos que la atención actual en la mayoría de los casos es insuficiente. Es cierto que nos preocupamos de estas personas pero se reduce al momento puntual de la visita al tanatorio o a la casa de la familia y a la celebración del entierro. Quizá también a la Eucaristía de aniversario o a otros espacios. Pero queremos contemplar de forma amplia este acontecimiento y no reducirlo a esto. Para la persona que sufre la muerte del ser querido no se queda todo en momentos puntuales. Es un proceso, un camino muchas veces largo.

Al hablar de «caridad del dolor» pensamos en este aspecto procesual del acompañamiento del duelo. Situándolo dentro de la Caridad redimensionamos este aspecto puntual para insertarlo en una acción hoy y siempre prioritaria en la Iglesia.

PARA ACERCARSE A LA PERSONA EN DUELO.

Los deseos más profundos del corazón humano.

«Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no disminuye la importancia de las tareas terrenas, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su cumplimiento. Cuando, por el contrario, faltan el fundamento divino y la esperanza de la vida eterna, la dignidad del hombre sufre gravísimas lesiones, como consta a menudo hoy, y quedan sin solución los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, de tal modo que muchas veces los hombres caen en la desesperación»⁸⁶.

En nuestra perspectiva pensamos que el duelo que no es iluminado por la esperanza de la vida eterna queda sin resolver de forma plena. Nuestra misión es ayudar a responder a este enigma de la vida y de la muerte para que la persona que camina en el duelo pueda ver luz en sus interrogantes.

Es un camino de salvación y liberación que no podemos eludir. Es diario el goteo de personas que comienzan la travesía del duelo. La «caridad del dolor» es una tarea prioritaria siempre en la Iglesia pues alcanza de lleno el misterio de nuestra fe y nuestra misión: «dar razón de nuestra esperanza».

«La Iglesia sabe muy bien que su mensaje conecta con los deseos más profundos del corazón humano cuando reivindica la dignidad de la vocación humana, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de su destino más alto. Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, infunde luz, vida y libertad para su progreso; y fuera de él nada puede satisfacer el corazón del hombre»⁸⁷.

No tenemos que tener miedo al ofrecer esta esperanza pues realmente conecta con estos deseos profundos del corazón del hombre. Algunos pensarán que esta visión de la fe disminuye al hombre o que supone un retroceso plantearse estas cosas en la era científica. Pero sabemos que no es así. La esperanza cristiana infunde seriedad en la vida porque podemos aspirar a una realidad más alta no cerrada por la muerte y comenzar a vivir ya en este mundo de esa forma creando así una nueva sociedad.

Solicitud por todos.

«Esto vale no sólo para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido sólo por Dios, se asocien a este misterio pascual»⁸⁸.

«Otras veces, viviendo y muriendo sin Dios en este mundo, están expuestos a la desesperación más radical»⁸⁹.

Es importante acompañar teniendo en cuenta que la gracia actúa de modo invisible allí donde aparentemente no puede hacerlo o nosotros no lo percibimos.

Esta visión del hombre desde su vocación a la vida eterna no es una realidad superpuesta a otras perspectivas antropológicas adyacentes. Creemos que existe una única vocación que es la eterna. Ésta es el marco en el que nos basamos para acercarnos a todas las personas en este momento de su existencia que provoca incertidumbre y desesperación.

Por tanto, es necesario descubrir este modo de actuar de Dios más allá de nuestra conciencia y nuestros proyectos y creer

⁸⁸ GS 22.

⁸⁹ LG 16.

que cada persona, sea de la condición que sea, es un camino para acercarse a Él y está abierta a la acción de Dios que transforma.

A lo mejor podemos pensar alguna vez que no vale la pena acercarse a quien no cree o a familiares de difuntos que no creían. Esto no es motivo para hacerlo pues partimos del principio de que el corazón del hombre sólo lo conoce Dios. En la Eucaristía pedimos a Dios que se acuerde de «los que murieron en la paz de Cristo y de todos los difuntos, cuya fe sólo tú conociste». Ésta es la razón por la que somos enviados a toda persona que vive este tiempo del duelo.

TAREAS DEL GRUPO DE ACOMPAÑAMIENTO AL DUELO.

Quién.

Cualquier cristiano puede realizar esta misión en la Iglesia. Los pastores pueden detectar o suscitar este carisma en la comunidad parroquial dependiendo de las necesidades y sabiendo la importancia del mismo por el carácter universal de la experiencia del duelo. No es un mero encargo sino un verdadero carisma suscitado por el Espíritu de Dios. Es necesaria, pues, la comunión con los pastores para el desempeño de este carisma.

Preferiblemente personas que hayan vivido el proceso del duelo en sus vidas desde la fe cristiana, ya que han pasado por las etapas y las conocen vivencialmente. No es necesario pero puede ser de gran ayuda para comprender al que camina en el dolor por la muerte del ser querido.

El sacerdote tiene encomendada de una forma especial esta tarea aunque «resulta bastantes veces muy difícil en la situación actual de nuestro mundo. Para mover mejor las almas

de los oyentes, debe presentar la Palabra de Dios no sólo de manera abstracta y general, sino aplicando la verdad perenne del Evangelio a las circunstancias concretas de la vida»⁹⁰. Debe ser capaz de descubrir esta necesidad concreta en la vida de las personas que tiene encomendadas y promover los medios necesarios para que sean atendidos. Su propia persona es casi siempre motivo de consuelo para la familia que sufre la pérdida de quien aman. En no pocos casos es motivo esta visita e interés por ellos para acercarse a la fe de una forma nueva. Repetimos de nuevo que no puede ser sólo un acercamiento puntual, que se agradece, sino una tarea procesual.

Formación.

Estos son los aspectos fundamentales que ha de tener presente quien acompaña a la persona en duelo:

Conciencia de que el proceso del duelo es un camino pascual y de todas sus posibilidades. La tarea principal es acompañar pero lo hacemos como cristianos. Esto significa que somos conscientes de que el proceso del duelo es posibilidad de conversión a la fe en Jesucristo y de transformación de la persona.

Preparación básica en los aspectos fundamentales de la esperanza, fe y caridad. Conocer la teología de estas tres virtudes de la vida del cristiano y su enraizamiento en las aspiraciones profundas de la persona.

Conocimiento de la doctrina eclesial acerca de la “suerte de los difuntos”. A partir de la Palabra de Dios y del Magisterio adquirir nociones básicas de escatología. Aproximarse a la simbología bíblica del Reino de Dios y sus características. Profundizar en los últimos artículos del Credo desde el Catecismo de la Iglesia Católica.

Formación en aspectos básicos a nivel psicológico: escucha, empatía, resiliencia. Existen numerosos estudios acerca del acompañamiento de personas y de estrategias para la ayuda. Pueden ser de ayuda para esta misión sin perder la perspectiva de la fe cristiana y sus posibilidades en el proceso del duelo.

Conocimiento del carácter procesual del duelo y de las distintas etapas. Es necesario este aspecto para la comprensión real de la persona. No todos vivimos las mismas etapas de forma consecutiva ni con la misma intensidad. El acompañamiento ha de ser gradual.

Oración.

Conocimiento y vivencia del carácter de comunión de los santos de la oración del cristiano.

La oración alimenta la esperanza desde la cuál acompañamos a las personas en duelo.

Acción.

Visita a la casa del difunto o al tanatorio en el momento de la muerte, no a título personal, sino en nombre de la parroquia. Invitar a la oración en esos momentos y ofrecerse para preparar la celebración exequial con la familia.

Hacer una relación de las necesidades básicas de la persona en los momentos de la muerte y del tiempo que le sigue para facilitar a la persona los procedimientos: burocráticos, alimentación, etc. Facilitar este tipo de ayuda en la medida de las posibilidades.

Relación con el grupo de pastoral de la salud que visita a los enfermos.

Velar por la oración por los difuntos en la Eucaristía, intenciones de Misa, peticiones en la oración de los fieles, días señalados como Fieles difuntos, en la parroquia.

Visita a la casa de la persona en duelo una vez hayan pasado los días iniciales de la muerte. El tiempo del acompañamiento lo establecerá la necesidad desde los parámetros indicados. Hablar con la persona la posibilidad de un día fijo de visita en el primer año por lo menos.

Ofrecer una reunión de grupo o momento de encuentro con personas que viven el duelo en el que sea posible compartir vivencias, expresar sentimientos. Siempre tendrá que hacerse a la luz de la Palabra de Dios para iluminar desde la esperanza cristiana los sentimientos y vivencias manifestados en el grupo.



CUARTA PARTE: IMÁGENES PARA ACOMPAÑAR EL DUELO COMO TESTIGO.

Quédate con nosotros,
la tarde está cayendo.

¿Cómo te encontraremos
al declinar el día,
si tu camino no es nuestro camino?
Detente con nosotros;
la mesa está servida,
caliente el pan y envejecido el vino.

¿Cómo sabremos que eres
un hombre entre los hombres,
si no compartes nuestra mesa humilde?
Repártenos tu cuerpo,
y el gozo irá alejando
la oscuridad que pesa sobre el hombre.

Vimos romper el día
sobre tu hermoso rostro,
y al sol abrirse paso por tu frente.
Que el viento de la noche
no apague el fuego vivo
que nos dejó tu paso en la mañana.

Liturgia de las Horas. Himno II Vísperas, domingo I.

1. EL CAMINO DE EMAÚS

«Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

« ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, llamado Cleofás, le replicó:

« ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?».

Él les preguntó:

« ¿Qué?».

Ellos le contestaron:

«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron

también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces Jesús les dijo:

« ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?».

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron:

« ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan».
Lc 24, 13-35.

Desde la perspectiva que hemos planteado el proceso del duelo es esencial al mismo el acompañamiento. Al ser un camino espiritual es importante una persona o grupo que ayude a la persona que lo vive a descubrir la acción que Dios está realizando en su interior. Es necesario conocer las características de este proceso, las razones profundas del dolor que se exterioriza y ayudar a quien está en este camino a vivir las etapas del mismo desde su dimensión pascual.

Precisamente por este carácter pascual es fundamental que el acompañamiento lo realice la Iglesia, la comunidad pascual de Jesucristo, resucitado de entre los muertos⁹¹. Veremos a continuación cómo el ser de la Iglesia justifica el acompañamiento del duelo y las características de este acompañamiento. Contemplamos a Jesús acompañando el duelo de los discípulos de Emaús. Este será un primer cuadro esclarecedor para nuestra reflexión. En segundo lugar contemplaremos una de las imágenes de la fe: El Buen Pastor.

ALGUNOS ERRORES A TENER EN CUENTA.

Muchas veces reducimos en la experiencia el duelo al momento del velatorio y el entierro. Cuando ha terminado el entierro parece que «ya hemos cumplido» y que no es necesario hacer nada más. Esta es una equivocación muy frecuente.

En otras ocasiones se piensa que lo que hay que hacer es consolar a la persona y ayudarle a que no sufra más. Se oyen frases que no ayudan en nada a la persona que esta comenzando el duelo.

Por otra parte, es cierto que acompañar el duelo supone un tiempo largo. No disponemos de este tiempo cuando queremos soluciones ya e inmediatas.

Acompañar este momento también supone no rehuir el sufrimiento y comprenderlo dentro de la vida de la persona. Es importante una correcta visión del sufrimiento humano. Lo tendremos en cuenta en nuestra reflexión.

Otra dificultad es la idea generalizada que existe de alejar la muerte de la vida de las personas. No se quiere integrar la muerte en la vivencia cotidiana. No forma parte del mundo ni de la vida.

ACOMPañAR COMO TESTIGOS.

El acompañamiento de las personas en duelo por parte de los cristianos exige de los mismos no una profesionalidad del duelo, sino un testimonio veraz de la fe en su propia vida, una esperanza firme y la caridad hacia el que sufre este tiempo de dolor⁹².

Es importante la formación en los aspectos y diferentes etapas del duelo pero es más necesaria una sólida formación en los aspectos fundamentales de la fe, en concreto sobre la muerte y la esperanza cristianas en su dimensión pascual.

Los cristianos, que oran cada día por los difuntos en la Eucaristía, acercan la presencia del Señor y su Iglesia cuando se acercan a acompañar a los que han sufrido la pérdida. Son vínculo y presencia de la comunidad parroquial que intercede por los difuntos y que camina en esperanza.

La Eucaristía, comienzo de la transformación profunda del mundo y de las personas, es el alimento de aquellos que asisten y ayudan con su presencia a la persona que vive el duelo. Precisamente esta transformación profunda que el Señor realiza mediante el Espíritu Santo en la Eucaristía es signo y comienzo de lo que también quiere realizar en la persona. Quien acompaña

⁹² Cf. LG 31.35; GE 2; AA 4.16; PO 13, UR 12.

el duelo no es sólo un «asesor» y consejero sino alguien que conoce y acompaña el proceso de transformación de Dios en el que sufre. Desarrollaremos más este tema más adelante.

ACOMPañAR DESDE LA PROPIA EXPERIENCIA.

Cristo ya ha caminado a Emaús. Conoce el camino del sinsentido del hombre y ha vivido la transformación desde dentro de este camino. No sólo lo ha reflexionado como posibilidad sino que Él lo ha recorrido interiormente en los acontecimientos de su vida. En su muerte y Resurrección ha cambiado la realidad. El mal que es la muerte y que afectaba a toda la realidad personal del hombre ha sido vencido desde dentro: «porque Él aceptó la muerte, uno por todos, para librarnos del morir eterno; es más, quiso entregar su vida para que todos tuviéramos vida eterna»⁹³. Esto imperceptible a los sentidos incapaces de captar el ser en el mundo de superficial. Pero realmente ha sucedido. Las cadenas de la muerte están rotas. Jesús vuelve a caminar por el mundo. Su paso es firme porque es libre. La muerte ya no ata a la humanidad en la nada y la angustia. Y quiere comunicarlo. Es esencial comunicarlo para que la oveja deje de caminar perdida. Ahora la oscura cañada de la muerte ha sido iluminada. Sabe que este camino ahora también es camino de Dios con el hombre. Es lo que quiere mostrar a los discípulos en duelo. Es lo que quiere mostrar a toda persona en duelo.

EL CAMINO DEL DOLOR: ACOMPañAR DESDE DENTRO.

El texto de Emaús nos muestra a los dos discípulos en duelo por Jesús. Se hacen preguntas. Están tristes. La fe en Jesús ha sido afectada por la muerte. Han perdido toda esperanza. Jesús no ha respondido a sus expectativas. Están afectados en todas las dimensiones de su ser. Este dolor profundo no les permite ver y reconocer a Jesús en el dolor. Esto es habitual en toda persona. Está en cuestión el amor, el sentido, la esperanza y la razón.

En esta primera etapa del duelo, se es incapaz de relacionar objetivamente lo que me sucede. La persona está desvinculada de sí misma. Esta rota interiormente. El camino de Cristo con los discípulos es un cuadro significativo e iluminador para comprender la reconstrucción que lleva a cabo en la vida de camina por el duelo.

No podemos en este momento intervenir fácilmente. La persona está rota y tenemos que dejar que el dolor sea dolor. Tenemos que bajar a su camino concreto. Escuchar el dolor que sale desde el interior. Jesús durante su vida se ha ejercitado en esta escucha del dolor y ha captado la interioridad y las cuestiones hondas del mismo. Es importante aprender a escuchar el dolor que habla y captar su lenguaje peculiar y la apertura a la acción de Dios que transparenta el mismo.

El dolor que brota de esta desvinculación producida por la muerte de la persona amada requiere acompañamiento. No como consuelo superficial sino que es una exigencia del mismo dolor. Esta exigencia también determina la forma y calidad del mismo acto de acompañar.

Las personas, en relación con los otros, descubrimos como misterio nuestra identidad personal. Es lo que podemos llamar la intersubjetividad necesaria para todo crecimiento. La persona amada es para mí un hito en mi maduración puesto que el amor que nos une conduce a que esa identidad alcance los lugares más íntimos de mí. Esta relación en el amor a la vez ha conducido a la entrega total. Esto es una constante de toda persona ya que brota del mismo ser.

Por tanto, podemos comprender que, cuando ha muerto la persona amada, la ruptura no es sólo física. Tampoco es un acontecimiento superficial que afecte sólo a los sentimientos o emociones que se manifiestan y que todos vemos. Es un hecho

que alcanza al núcleo de ser quien soy. La muerte de esta relación requiere ahora nuevas relaciones cualificadas que me ayuden a caminar. En este ámbito encuadramos el acompañamiento. Es requerido por la herida en el ser que produce el dolor.

En esta profundidad camina Jesús. Este es el verdadero camino de Emaus, el camino del ser herido por el dolor. Los discípulos no reconocen a Jesús porque Él está caminando en un nivel de su conciencia que ellos mismos no son capaces de ver por los ojos ofuscados. Pero Él está ahí caminando. Jesús es el “otro” que da sentido. Él está “pasando” y en este nivel reconstruye la persona desde el interior del dolor. Es el Buen Pastor que lleva sobre los hombros el ser de los discípulos en duelo. Esto es salvar. Es camino Pascual.

CONTEMPLAR AL RESUCITADO ACOMPAÑANDO.

Jesús aparece en una visibilidad que es la del acompañante. El que acompaña ha de saber comprender el «no ser reconocido»: ni él mismo ni la razón esencial de su tarea. Es cierto que se agradecerá la compañía prestada en este momento pero posiblemente no se verá más allá de ésta.

Cuando Jesús hace arder el corazón ya no es necesaria la visibilización del acompañante ya que Él ha entrado y ha conformado el corazón de la persona en duelo. Ahora la visibilización de Jesús y el lugar de la experiencia pascual será la comunidad.

DE LA ALDEA Y LA CASA DE EMAUS A JERUSALEN Y LA COMUNIDAD: LA PARROQUIA QUE ACOMPAÑA.

Jesús acompaña a los discípulos a su destino. La aldea donde iban y la casa donde se alojarían, aldea ilocalizable y desconocida y casa de la que no se cita el propietario. La

experiencia de encuentro con Él y la transformación interior de su ser les muestra ahora la ciudad de Jerusalén y la comunidad cristiana con una nueva luz. Es la ciudad de Dios y la casa es su comunidad. Ha vuelto a ser significativa para ellos. Sin comprender la muerte de Jesús y su vida la comunidad de discípulos ya no era su casa. No había sentido de pertenencia porque ya no estaba el Maestro cuya misión e identidad eran razón de ser de las relaciones entre ellos como discípulos. Ahora han comprendido. Se les han abierto los ojos y han visto el camino real que habían recorrido y Quién les acompañaba. Su corazón, su ser «arde» porque Jesús está en él. «Es Cristo quien vive en mí».

Podemos establecer aquí un punto decisivo en la vivencia del duelo. No quiero hablar de final pues el corazón del hombre solo lo conoce Dios y siempre está en camino. Pero si que podemos afirmar que el descubrimiento por la acción de Dios de la comunidad cristiana como espacio y tiempo del encuentro con Jesús que suscita relaciones significativas y de vivificar la fe es un acontecimiento decisivo.

En la comunidad católica se hace presente Jesús y nuestra vida se sigue transformando por la acción de su Espíritu. ¡Este es el misterio de la fe! En la comunidad repetimos cada día: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, Ven Señor Jesús».

Ése es su lugar. Su hogar. Porque en ese lugar hay una comunidad de experiencia. Hay un lenguaje común con sentido. Hay alimento y calor.

«EMAÚS DISTA DE JERUSALÉN UNOS ONCE KILÓMETROS».

El camino del reconocimiento de Cristo en el proceso del duelo y de la transformación del corazón es un camino largo y, además, recorrido al paso lento y cansado de la tristeza y la desesperanza que brota del ser herido de la persona que sufre.

Cristo lo recorre entero. Es importante este dato. No podemos reducir como decíamos antes sólo estar el día de la muerte o el entierro. El acompañamiento pascual del Señor no elude ninguna etapa. ¿No es está una pregunta interesante para preguntarnos cómo es nuestra presencia en el camino del duelo?

Cuanto más breve es el camino de la muerte del ser querido podemos decir que más largo será el camino de acompañamiento del proceso espiritual del duelo. Pensemos en la muerte por accidente, suicidio o asesinato. El proceso del duelo en estas circunstancias «rápidas» será más largo.

Cristo había preparado a los discípulos interiormente. Pero la muerte es rápida. Sólo unas pocas horas que han ayudado a la huida que es signo de la huida interior. A este respecto nos preguntamos también como es la preparación espiritual que realizamos en la predicación y catequesis de la Iglesia. Es importante recalcar la totalidad de la catequesis y del año litúrgico y la centralidad del Misterio de Cristo en los mismos. En estos caminos de la Iglesia encontramos luz para anunciar el Misterio del Señor sin eludir aspectos, sobretudo los que atañen al misterio de la muerte y vida eterna incoada ya en la vida presente por la fe y la esperanza.

Algunos ponen la duración del duelo en el tiempo experimentable, establecen un punto de llegada determinado. Nosotros establecemos el punto de superación del duelo en el encuentro con Cristo. Esto va a determinar el lugar del momento pascual. Es un lugar teológico-espiritual y por eso no aparece en los mapas que determinan las personas, no aparece en nuestros esquemas. Excede a nuestra comprensión y medición. Este dato lo tenemos en cuenta y afirmamos que la verdadera superación del duelo es la transformación de la que estamos hablando en nuestra reflexión. Emaús es el momento de encuentro con Cristo y de transformación de los discípulos y por eso es reflejado en el Evangelio. De otra forma no sería significativo dicho camino para los cristianos.

«QUÉDATE CON NOSOTROS».

Estate, Señor, conmigo
siempre, sin jamás partirte,
y, cuando decidas irte,
llévame, Señor, contigo;
porque el pensar que te irás
me causa un terrible miedo
de si yo sin ti me quedo,
de si tú sin mí te vas.

Llévame en tu compañía,
donde tu vayas, Jesús,
porque bien sé que eres tú
la vida del alma mía;
si tú vida no me das,
yo sé que vivir no puedo,
ni si yo sin ti me quedo,
ni si tú sin mí te vas.

Por eso, más que a la muerte,
temo, Señor, tu partida
y quiero perder la vida
mil veces más que perderte;
pues la inmortal que tu das
sé que alcanzarla no puedo
cuando yo sin ti me quedo,
cuando tú sin mí te vas.

Liturgia de las Horas. Himno de Laudes, miércoles II.

Hay asimismo un momento importante que queremos resaltar. Es el momento de la petición de los discípulos: “quédate con nosotros”. La libertad de los discípulos, evidentemente “tocada” por la Gracia de Dios, manifiesta el querer alcanzar la totalidad de lo que ha empezado a gustar. Volvemos a recordar aquí la influencia interior de todas las dimensiones de la persona: libertad, amor, sentido, razón, etc. El discurso de Jesús explicando las Escrituras mueve todas éstas y, como vasos comunicantes, una requiere a la otra, el Espíritu de Dios tiende puentes de una a otra. El que acompaña el duelo ha de tener esto presente pues ha de iluminar desde la fe todas estas dimensiones. No hay que querer llegar a la petición de la libertad y decisión de la misma sin ofrecer sentido. No se puede ofrecer éste sin iluminar la razón. No se puede amar aquello que no se conoce. Y el amor nos ayudará a profundizar en la verdad. No pretendamos adelantar la decisión íntima de la persona de querer que Jesús «entre» en ella sin «regar» antes todas las demás parcelas de la persona.

En cierto modo la petición de los discípulos es una entrega a Quien les habla, un abandono a la Presencia que les acompaña e ilumina. Vislumbran un «halo de totalidad» en las palabras del Amigo invisible. Es razonable lo que dice. Sus palabras saben a «vida eterna». «Quédate con nosotros» son las palabras del corazón que arde. ¿A dónde iremos, Señor? Son palabras transformadas por la gracia. Son palabras de entregarse a Aquel que se me entrega. Las palabras del Invisible son incomprensibles pero se explican a sí mismas⁹⁴, tienen sentido en el conjunto del seguimiento de Jesús y abren la perspectiva de sus vidas.

«Cuando nos abandonamos a esta experiencia del espíritu, cuando se hunde todo lo concreto y posible de gozar, cuando todo suena a silencio mortal, cuando todo sabe a muerte y a destrucción, o cuando todo desaparece como en una bienaventuranza inefable casi blanca y sin color, inasible,

sabemos que no sólo el espíritu, sino el mismo Espíritu Santo está obrando de hecho en nosotros. Esa es la hora de la Gracia. Y entonces la falta de suelo que experimentamos en nuestra existencia, es la insondabilidad del Dios que se nos comunica, el comienzo de la llegada de su infinitad, que ya no tiene caminos, que gusta a nada, porque es la infinitad. Cuando nos hemos abandonado y no nos pertenecemos más a nosotros mismos, cuando nos hemos negado y no disponemos ya de nosotros, cuando todo, y nosotros también, nos es llevado a una infinita lejanía, empezamos a vivir en el mundo de Dios mismo, del Dios de la gracia y de la vida eterna»⁹⁵.

«ELLOS SE DETUVIERON ENTRISTECIDOS Y UNO DE ELLOS, LLAMADO CLEOFÁS, LE RESPONDIÓ...».

Este momento también es iluminador. Caminando con ellos ha escuchado el dolor, ha escuchado su conversación. Ha mirado desde su perspectiva, en su misma dirección. Con ellos ha divisado sus horizontes cerrados por la noche de la desesperanza. Pero ahora se detienen y, con este gesto, hay una mirada a los ojos de Jesús. Jesús mira cara a cara a quien sufre. Mira cara a cara su dolor. Ellos le muestran su rostro entristecido. El les mira al corazón porque ésta es la mirada de Dios. Esta es la mirada que duele pues, como estamos diciendo, ve el dolor de verdad, el dolor del ser herido. Pero Él conoce ese dolor pues se ha enfrentado cara a cara con El en su muerte, el es el único capaz de sanarlo pues lo ha vencido. Quien acompaña ha de conocer el rostro doliente de Jesús pues sólo desde esta contemplación puede mirar a la cara a quien sufre.

Jesús conoce la mirada de los discípulos. Pero en su mirada descubre nuevamente la falta de fe: «sólo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro»⁹⁶. Es más, a quienes mira son discípulos suyos. Nuevamente es la experiencia de que no le reconocen. Esto provoca en Jesús no rechazo sino quizá

⁹⁵ Rahner K., Sobre la experiencia de la gracia, Escritos de teología III, Taurus, Madrid, 106.

⁹⁶ NMI 19.

comprensión profunda de aquellos que ama. Él ha muerto y ha conocido en primera persona el poder que tiene el mal y la muerte sobre el hombre. Es difícil reconocer desde la imagen herida de Dios que tiene el hombre. Pero Él nos ha mostrado el verdadero rostro de Dios. Dios ha sufrido y está presente también en este camino del hombre, especialmente en este momento. Esto es lo que llamamos Redención. Dios caminando y curando el dolor del ser herido del hombre por la muerte, en su Hijo Jesucristo. Quien acompaña el duelo mira desde la mirada de Jesús sufriente. De otra forma es imposible acompañar. Sin Él no se acompaña.

Muchas veces en el proceso del duelo viviremos este «detenerse» de la persona que sufre. En la medida en que la Palabra de Dios penetra en la persona vamos siendo arrastrados por ella a la interioridad del dolor. Cada vez se hará más difícil en la parada mirar a la cara. Se «abrirán las antiguas compuertas» de la persona. Las heridas serán más profundas: el amor herido, la vida, etc. Comprendemos nuevamente que sólo desde Cristo podemos mirar estas profundidades oscuras. Estas «cañadas oscuras» sólo las conoce el Pastor que es Jesús. Acompañar es mirar en Jesús el dolor del otro.

«JESÚS DESAPARECIÓ DE SU LADO». LA MEDIACIÓN⁹⁷ EN EL ACOMPAÑAMIENTO DEL DUELO.

Ellos vieron a quien les acompañaba pero no reconocieron en el a Jesús. Podemos establecer aquí una distinción, no del todo correcta, entre esta doble visión de los discípulos. Es una única experiencia pero el puente es la mediación visible del caminante que explica el proceso interior que Dios está realizando en ellos. Recordemos que decíamos más arriba que Jesús estaba caminando en el nivel de su ser que ellos no son capaces de ver y por eso no le reconocen. Hay una relación interna entre la figura del caminante y Jesús. En coherencia con el lenguaje pascual de la Escritura y con la visión mística de Pablo podemos hablar de

una identidad-diferenciada, “Vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí.” El Evangelio dice que era “Jesús en persona”. En la dinámica de la acción del Señor en el hombre, y basado en la Encarnación, entendemos la mediación visible-sacramental en el proceso mismo. Mediata es la transformación de Dios porque mediatamente es capaz de conocer el hombre.

En este ámbito, entendemos que hemos de hablar de la necesidad de un acompañante en el proceso del duelo. Alguien que, «en» Cristo, acompaña a quien sufre el dolor. Alguien capaz de detectar los signos de la transformación pascual que el Resucitado obra en el corazón del discípulo en duelo. «No sólo hablar de Cristo sino hacérselo ver»⁹⁸. Se exige de quienes acompañan a las personas en duelo que sean verdaderos «contempladores del rostro de Jesús»⁹⁹.

2. ACÉRCATE Y CAMINA SU LADO. LA «CARIDAD DEL DOLOR».

“El ángel del Señor dijo a Felipe:

*- ¡En pie! Dirígete al sur, al camino que conduce de
Jerusalén a Gaza- un camino desierto-.*

El se puso en camino.

*Sucedio que un eunuco etíope, ministro de la reina
Candaces y administrador de sus bienes, volvía de una
peregrinación a Jerusalén, sentado en su carroza y leyendo la
profecía de Isaías.*

El Espíritu dijo a Felipe:

-acércate y pégate a la carroza.

⁹⁸ NMI 16.

⁹⁹ *Ibíd.*

Felipe la alcanzó de una carrera y oyó que estaba leyendo la profecía de Isaías, y le preguntó:

-¿Entiendes lo que estás leyendo?

Contestó:

-¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?

Y lo invitó a subir y sentarse junto a él.

El texto de la Escritura que estaba leyendo era el siguiente:

*Como cordero
Llevado al matadero,
Como oveja muda,
Ante el esquilador,
Así él no abrió la boca.
Lo humillaron negándole la justicia;
¿Quién describirá su destino?
Pues arrancaron de la tierra su vida.*

El eunuco preguntó a Felipe:

-Dime, por favor, ¿por quién lo dice el profeta? ¿por sí o por otro?

Felipe tomó la palabra y, comenzando por aquel texto, le explicó la Buena Noticia de Jesús.

Siguiendo camino adelante llegaron a un lugar donde había agua, y el eunuco le dijo:

-Ahí hay agua, ¿qué me impide ser bautizado?

Contestó Felipe:

-¿Crees de todo corazón?

Respondió el eunuco:

-Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Mandó parar la carroza, bajaron los dos hasta el agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó.

Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, de modo que el eunuco no lo vio más: y continuó su viaje muy contento.

Felipe apareció por Azoto, y recorriendo la comarca iba anunciando la Buena Noticia a todas las poblaciones hasta Cesarea.

Hechos 8, 26-40.

«ACÉRCATE Y CAMINA A SU LADO»: EL EJERCICIO DE LA «CARIDAD DEL DOLOR». GRUPOS PARROQUIALES DE ACOMPAÑAMIENTO DEL DUELO.

La naturaleza de este grupo ha quedado explicada arriba. Ahora pensaremos en los fines y medios que pueden articular una pastoral de acompañamiento de personas en duelo. Lo haremos partiendo del texto de Hechos de los Apóstoles.

Elijo este texto porque propone elementos que nos pueden ayudar a la comprensión de los fines y medios del grupo parroquial que acompaña el duelo. Es cierto que el personaje no está en duelo. Pero ha motivado mi elección el hecho de que estuviera leyendo el texto que refiere la muerte de Jesús. Comprendiendo

el misterio del Señor, de su muerte y resurrección, podremos comprender el misterio del hombre. La catequesis de Felipe, constituirá una «preparación remota» para el acontecimiento de la muerte de los seres queridos. En definitiva, allí donde se explica íntegramente el misterio del Señor, se da una comprensión de toda la vida y sentido del hombre.

PONTE EN PIE.

El Señor, mediante el Espíritu, ordena a Felipe que vaya a un camino que cruzaba el desierto. Cuando el Señor nos pone en camino es para salir al encuentro de los hombres, de los necesitados. Felipe ha de ponerse en pie porque así se puede divisar mejor las personas, distinguir caminos, fijar horizontes reales. De pie es el signo del cristiano que ha contemplado «al que está en pie», que es el Señor Resucitado, el vencedor de la muerte. De esta forma, es más que una postura corporal, es la actitud interior de quien cree en Jesucristo, vencedor de la muerte y Evangelio de esperanza para todo hombre.

ESCUCCHAR SU VOZ.

La primera tarea de este grupo es la escucha atenta de la voz de Dios. La contemplación del misterio del Resucitado. Esta tarea une formación y oración. Comprender al hombre que sufre desde la comprensión espiritual del misterio de la muerte y resurrección de Cristo.

La educación en escuchar la voz de Dios es prioritaria. La persona en duelo alberga en lo profundo de su corazón, quizá como deseo o desechada por incomprensible, una voz de Dios en forma de esperanza. Hemos de aprender a distinguir-discernir las voces que escucharemos en la persona que acompañamos. Para eso hemos de acostumbrar nuestro oído. Tener un oído contemplativo que capte la voz que quizá el otro desconozca. Y

anunciar que esa voz proviene del Dios de los vivos que nos ha creado a imagen y semejanza de su Hijo Resucitado, origen y término de nuestra esperanza.

ÉL SE PUSO EN CAMINO.

Felipe se pone en camino. Ya sabe que esta llamada de Dios le va a acercar a alguna persona necesitada. La Iglesia tiene siempre su mirada fija en la persona que sufre. Felipe no calcula los tiempos, no pide explicaciones ni se queja. Simplemente va donde está la necesidad. La prioridad la establece el Señor.

El grupo de acompañamiento del duelo ha de estar dispuesto a acercarse para que Dios actúe. Supone dejar otras cosas de lado que pueden parecer más prioritarias o urgentes. Pero en este momento solo hay una cosa importante que es la persona. Es una misión que hace presente al Señor y su proyecto de amor con el hombre. Jesús es enviado por Dios a la humanidad para desatlarla de las cadenas de la muerte y el mal. Nosotros somos introducidos en esta misión de Jesús con la fuerza del Espíritu.

Es un camino. Es proceso. Tiene la característica de la lentitud porque el paso de la persona que no entiende la vida y la muerte no es firme sino temeroso. Es paso lento pero seguro porque es proceso de responder a los interrogantes profundos del hombre que se lamenta. Concluye no en un tiempo determinado sino en la conversión. El tiempo ahora se entiende en el marco del anuncio y conversión. ¿No es esto una nueva cultura?

El camino es en el desierto. Pero ya hay una ruta establecida. La ruta que sigue el etíope es conocida para ir a Jerusalén. Pero Felipe va a señalarle otra ruta. Será el camino que Jesús utiliza. No la ruta material de los hombres llena de seguridades sino el camino del sentido que Jesús ofrece a sus

discípulos: «morir para dar fruto». El bautismo que recibirá el ministro de Candaces es el comienzo de la subida a Jerusalén de Jesús para su muerte y resurrección.

El desierto es el lugar del diálogo de Dios y el hombre. La tradición bíblica hace de este lugar espacio de encuentro con Dios. El desierto forma parte del credo judío a partir de la liberación de la esclavitud de Egipto y del paso del Mar Rojo. Es signo del amor y de la alianza eterna de Dios. Acompañar es caminar el éxodo de quien sufre. Ayudar a salir de la esclavitud de una vida sin sentido ante el enigma de la muerte.

BAJABA DE JERUSALÉN.

Viene de la celebración religiosa de la Pascua pero sin alcanzar el sentido de la misma. El mismo dice que no entiende lo que lee. Y lo que está leyendo ya ha sucedido en la vida de Jesús. Nosotros nos acercamos a la persona que sufre ya que tampoco entiende la página de su vida que tiene en sus manos. Explicar, clarificar, son actitudes del que acompaña.

No tenemos que buscar grandes discursos. Partimos de la propia vida que se ha convertido en incomprensible para el que vive el duelo. En esa vida escuchamos las incongruencias que puede provocar la muerte de la persona amada. Tenemos que detectar aquellos pensamientos erróneos que son una carga pesada y ofrecer aquella perspectiva que da sentido a lo vivido. La escucha es fundamental para la comprensión. Si escuchamos bien, ayudaremos bien.

Felipe no pregunta si es de los nuestros. Si es de la parroquia. Simplemente se acerca y acompaña. Porque el acompañamiento no requiere rostros conocidos. El tiempo del acompañamiento nos descubrirá a la otra persona y nos unirá a ella.

De la circunstancia a la persona. Del contexto a la concreción personal. El desierto es el lugar de muchos caminantes, de muchas historias. Pero el Señor quiere que se acerque a este en concreto. Es una ruta transitada y más por esas fechas. Pero el Dios personal quiere entablar un diálogo personal de tú a tú.

ACÉRCATE.

Acércate y pégate a la carroza. No predicamos desde lejos. Evangelio es cercanía. Es mirar a la cara. Es posibilidad de rechazo o de aceptación de la invitación. Felipe sube. Se pone a la misma altura. Se sienta junto a Él. El desconocido que adquiere rostro. La circunstancia se convierte en historia.

Iniciativa de Felipe. No provocativa. Pregunta acertada. La pregunta acertada ha de ser pedida a Dios. La iniciativa ya ha sido previa de Dios en el corazón del eunuco que le ha llevado a leer el texto de Isaías y a hacerse preguntas.

LA PALABRA INCOMPREENSIBLE QUE TRANSFORMA.

El etíope va recitando la Palabra de Dios en el camino. Está cumpliendo un mandamiento de Dios. Pero el acompañante le va a ayudar para pasar del mandamiento externo incomprensible a la vivencia personal del mismo. De la palabra oída a la palabra vivida. De la esperanza de oídas a la esperanza hecha carne.

El texto que lee es, aparentemente un texto de muerte. Pero esto no satisface. Cuando mi comprensión de la vida se termina con la limitación de la muerte es incompleta y produce insatisfacción y angustia. El que acompaña es mediación de Dios para transformar la lectura negativa de la existencia en lectura positiva y esperanzada.

El anuncio de Felipe lleva al deseo de vivir lo que se le ha dicho. Bautizarse. El anuncio implica a la persona. Si se anuncia bien a Dios se anuncia al hombre y su dignidad ante Dios, su vocación más íntima: la vida eterna. El quiere vivir esa vida nueva y pide el sacramento mediante el cual se concede a la persona: el Bautismo. El que acompaña no ofrece teorías sino que invita a una vida nueva en la fe.

SIEMPRE HAY AGUA CERCA.

«Me mostró un río de agua viva, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero».

Ap 22, 1

El Bautismo es el sacramento de la muerte y resurrección de Jesús. El cristiano, al recibir este sacramento, ya comienza esa vida nueva que un día se verá colmada junto a Dios con la resurrección. Es sumergido en la muerte del Señor para ser levantado a su Resurrección. Este gesto bautismal: sumergir y emerger, es lo que se produce realmente en el cristiano que es bautizado. Alcanza la vida de una forma misteriosa pero real. Es la semilla que brotará a lo largo de toda la vida y que un día dará fruto: la vida eterna.

«¿Crees de todo corazón?». El corazón del hombre, muchas veces dividido, puede creer. No está incapacitado a pesar del dolor. No creer sólo con la razón sino con toda mi persona, con toda mi interioridad: historia, esperanza, pasado, futuro, relaciones, etc. La fe alcanza todo lo que soy.

Oración del acompañante a la persona en duelo

Señor Jesús

Que sea hoy para mi hermano que sufre reflejo de tu rostro

Señálame los caminos de las personas que viven en el desierto del dolor

Aviva en mí el fuego de tu Espíritu de vida para acompañar a las fuentes de la vida

Fortaléceme para no desanimarme buscando el resultado inmediato de tu acción

Haz arder mi corazón de discípulo para compartir el pan del sentido y de la paz

Dame tu sabiduría para iluminar la historia de quien está al borde del camino

Lléname de esperanza para abrir las puertas cerradas de tantos hombres abatidos

*Aliméntame con tu Palabra que sabe a eternidad
Que pueda sembrar con paciencia la semilla de tu Presencia*

*Que pueda intuir las necesidades que no se dicen
Que aprenda a servir la mesa de la soledad de quien llora*

*Señor Jesús, transforma mi vida en tu misterio de amor,
misterio de muerte y de vida*

Sal conmigo a caminar y quédate para convertir el atardecer en mañana luminosa

Hoy y siempre confiaré en ti, Camino, Verdad y Vida de los hombres.

Gracias Señor



QUINTA PARTE: EL DUELO Y LOS NIÑOS.

«Los que aprenden a conocer la muerte, más que a temerla y luchar contra ella, se convierten en nuestros maestros sobre la vida. Hay cientos de niños que saben mucho más de la muerte que los adultos. Hay adultos que restan importancia a lo que dicen los niños y pasan por alto sus ideas, pues piensan que los niños no comprenden la muerte. Pero quizás un día, al cabo de unos años, cuando tengan ante sí al «último enemigo», recuerden sus enseñanzas, y se den cuenta de que esos niños eran sabios maestros, y ellos, alumnos principiantes».

Elisabeth Kubler Ros, Los niños y la muerte.

1. EL DUELO Y LOS NIÑOS.

Nos preguntamos ahora cómo acompañar en el duelo a los niños. Cómo explicarles la realidad de la muerte. Cómo hacerles comprender lo que ha sucedido en su familia.

Con respecto a este tema invito a que reflexionemos un momento acerca de algunos aspectos de los niños en nuestro tiempo actual.

Muchas veces pensamos que no les podemos explicar lo que ha sucedido para no crear traumas en sus vidas. Creemos que no pueden entender la realidad de la muerte. Que es mejor ocultar el acontecimiento. Por otra parte pensamos que la claridad absoluta es la mejor herramienta. Algo así se recomienda a la hora de actuar con los niños en el duelo, dependiendo de las edades. Otro problema importante es determinar el registro de lenguaje que utilizamos para explicar la muerte. Pienso que éste es uno de los mayores problemas junto con los prejuicios acerca de la capacidad de comprensión por parte de los niños.

Pero no podemos perder de vista algunas puntualizaciones con respecto a este tema. ¿Es la muerte acaso más comprensible para nosotros? ¿Están los adultos exentos de representaciones erróneas o basadas en la fantasía con la muerte? ¿No es el mismo lenguaje que están aprendiendo simbólico, al igual que muchas materias que aprenden en la escuela y que dan por hecho muchos contenidos que requerirían más explicación?

Hemos de hablar de la cultura de la muerte que se respira en el ambiente. La muerte no es ajena a los niños. Constantemente están recibiendo ideas e imágenes de muerte. La antropología que fundamenta muchas ideologías que aprenden incluso en la escuela limitan al hombre: existe el reduccionismo desde los componentes meramente biológicos, la ética basada en la

legislación que establece los criterios del bien según esté legislado o no (aborto, pena de muerte, eutanasia, etc.), el pragmatismo utilitarista con el hombre, el cientificismo carente de límites morales. Tenemos en cuenta, por último, la influencia de los medios de comunicación que tantas veces trivializan la realidad de la muerte y de las consecuencias de la misma en los entornos en los que acontece.

Por eso es necesario no una explicación concreta en el momento, tema al que nos ceñiremos, sino una purificación profunda del sentido de la muerte y de cómo se muestra en general a los niños.

En este sentido la fe posee unas características y un lenguaje que puede ayudar a la vivencia del duelo en el niño. Es más, en el momento de crecimiento y asimilación de experiencias, la muerte vivida y explicada desde la fe puede ser un salto importante en su formación vital. No obstante sigue habiendo también prejuicios ante la perspectiva cristiana de la muerte. La fe posee también unos elementos simbólicos que expresan la misma como, por ejemplo, la Cruz. Los niños pueden abrirse a este universo simbólico de la fe. Esta es nuestra visión y lo que explicamos a continuación. Utilizaremos como fuentes para nuestra reflexión el lenguaje de la Iglesia con los niños en las plegarias para las misas con niños del Misal Romano y el Catecismo de la Conferencia Episcopal Española «Jesús es el Señor».

2. DE LA FANTASÍA AL «UNIVERSO SIMBÓLICO DE LA FE».

Pretendemos mostrar ahora cómo, lo que hemos llamado el «universo simbólico de la fe», puede ayudar a explicar con realismo la muerte a los niños y cómo constituye un apoyo en la posterior vivencia del duelo.

El lenguaje de la fantasía, común en los niños que se están abriendo a la realidad, es un medio para el descubrimiento de la misma pero, a la vez, también expresa un deseo del niño de una «realidad tras la realidad» que tenemos que considerar. De alguna forma el niño percibe que todo lo real no se agota en lo que alcanzan a ver sus ojos.

La fantasía carece de base en la realidad. Lo que la sustenta no ha acontecido, no es refugio seguro ni razonable, no da sentido a mis experiencias, no da una visión de totalidad coherente de la vida, la fantasía es limitada a mí y ahora o, quizá a un grupo reducido, la fantasía pretende explicar «cómo» y, en este sentido, es cercana al mito. Muchas veces es una huida de la realidad. Aún así, manifiesta una fuerza espiritual del niño importante que no podemos olvidar. Así, puede ser camino hacia la fe en el crecimiento del niño.

La fe, siendo «realidad tras la realidad», difiere de la fantasía, aún siendo ésta camino hacia aquella. Es más, acerca a Quien sostiene la realidad y *explica el «qué»*, la razón de todo: «Te damos gracias por esta tierra tan hermosa que nos has dado, por los hombres que la habitan y por habernos hecho el regalo de la vida»¹⁰⁰. Dios es quien lo ha hecho todo. El me espera al final de la vida. «No podemos imaginar cómo será el Cielo que Dios nos promete, pero tenemos la certeza de que El nos espera al final de la vida»¹⁰¹.

La Iglesia utiliza el lenguaje de la acción de gracias y la alabanza con los niños: «Te alabamos por todas las cosas bellas que has hecho en el mundo y por la alegría que has dado a nuestros corazones. Te alabamos por la luz del sol y por tu Palabra que ilumina nuestras vidas. Te damos gracias por esta tierra tan hermosa...»¹⁰². Esta referencia a la acción de gracias y la admiración ante el Dios que lo ha hecho todo es importante en nuestra reflexión. En el fondo nos está ayudando a comprender la vida desde su principio y fundamento absoluto: Dios. En la primera parte hablábamos de esta actitud ante la vida como suscitada por el Espíritu en el corazón de las personas. Es una actitud pascual que brota de la muerte y Resurrección del Señor y que provoca el reconocimiento de Jesús como Señor de tiempo, la vida y la historia: «Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra» (Mt 28, 18). El lenguaje de la acción de gracias es ayuda para la vivencia del duelo en el niño.

3. «QUEREMOS QUE NUESTRA VIDA SEA UN SÍ A TU AMOR»¹⁰³.

«De veras, Señor, tú nos amas, eres bueno y haces maravillas por nosotros»¹⁰⁴. El amor de Dios es otro de los parámetros insustituibles en la explicación de la muerte al niño. La imagen que se tenga de El es fundamental. El niño se preguntará dónde y con quién estará ahora la persona que ha muerto. Saber que Dios, con quien está ahora el difunto, es Amor. «Acuérdate de los que ya murieron y recíbelos con amor en tu casa»¹⁰⁵.

¹⁰² *ibid.*

¹⁰³ JES 131.

¹⁰⁴ *ibid.*

¹⁰⁵ PEMN II.

4. «LA VIDA ETERNA ES VIVIR SIEMPRE Y FELICES CON DIOS»¹⁰⁶.

«Tú eres el Dios de los vivientes, que nos llamas a la vida y quieres que gocemos de una felicidad eterna. Tú has resucitado a Jesucristo de entre los muertos, el primero de todos, y le has dado una vida nueva. A nosotros nos has prometido lo mismo; una vida sin fin, sin penas ni dolores»¹⁰⁷. Esta es la imagen que ofrece la Iglesia para los niños de la vida eterna. El dolor que ahora sufrimos y la pena un día desaparecerán junto a Dios. «En este mundo nuevo no habrá cansancio, ni hambre, ni sed. No habrá penas, ni lágrimas, ni muerte. Toda la creación será transformada»¹⁰⁸. Es decir, habrá alegría siempre. Este lenguaje es accesible a los niños y nos ayuda para abrir caminos a la acción de la esperanza en ellos. Es ayuda para el momento de dolor por el duelo. En el cielo estaremos con todos los que queremos. «Concédenos que todos, un día, junto con Cristo y María, la Madre de Jesús, y todos los santos, vivamos contigo en el cielo para siempre»¹⁰⁹. Esta imagen de la reunión futura es también consuelo para ellos.

5. LA PETICIÓN.

A Dios pedimos «por todas las personas que amamos y a los que han muerto en tu paz»¹¹⁰. La oración de petición forma parte también del lenguaje de la fe con los niños. Podemos pedir a Dios, que es Amor, que se preocupa siempre de las personas y no está lejos¹¹¹, por los que han muerto. Ya no están con nosotros, están en su casa. Están con «Jesús, tu enviado, el amigo de los niños y de los pobres»¹¹². «Él vive ahora junto a ti y está también con nosotros»¹¹³. «Acuérdate también de nuestros hermanos que han muerto, admítelos a contemplar la luz de tu rostro»¹¹⁴. «La oración de la Iglesia ayuda a los que han muerto para que sean transformados por el amor de Dios»¹¹⁵.

6. ORACIÓN DE LA IGLESIA.

El momento del duelo también es un momento para la vivencia eclesial del niño. Es toda la Iglesia la que ora, la que acompaña en este momento, es la Iglesia en la que está Jesús. «Nos unimos a todos los que creen en ti»¹¹⁴. «No estamos solos para alabarte, Señor. La Iglesia entera, que es tu pueblo, extendida por toda la tierra, canta tus alabanzas»¹¹⁷. El niño no está sólo, tiene a su familia todavía con él, a pesar de la pérdida, y tiene a la Iglesia, «todos los amigos de Jesús»¹¹⁸. Si el niño está presente en el funeral y ve a todas las personas que acompañan a su familia en este momento puede entender esta compañía.

¹¹⁴ *Ibid.*

¹¹⁵ JES 130-131.

¹¹⁶ *Ibid.*

¹¹⁷ PEMN I.

¹¹⁸ PEMN II.



SEXTA PARTE: SENTIDO DE LAS EXEQUIAS.

Una cosa pido al Señor,
Eso buscaré;
Habitar en la casa del Señor,
Por los días de mi vida;
Gozar de la dulzura del Señor,
Contemplando su templo.
Espero gozar de la dicha del Señor
En el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
Espera en el Señor.

Salmo 26.

1. LAS EXEQUIAS: ENTRE EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD. LA «FRONTERA ECLESIAL».

«Tú eres el que amas así. Tú eres el que, amando, asumiste tan de corazón nuestro destino, que por nosotros has tomado destino sobre Ti. Enséñame tu santo rostro, para que vea quién es mi Dios. Enséñame a comprender Tu amor, y a comprender qué ha hecho Tu amor»¹¹⁹.

¿Por qué tenemos la sensación de que se detiene el tiempo y el espacio está vacío de sentido? Estamos entre el tiempo y la eternidad. En esta etapa de shock aún creemos que el difunto está vivo, aún existen los lazos y todas las referencias vitales con él. De alguna forma hemos sido introducidos con el en su muerte, en el nuevo «tiempo» y «espacio» al que él ha pasado. Evidentemente rehuimos aquí toda representación del espacio de la eternidad y no la contraponemos al tiempo.

Entre las personas que se aman hemos explicado que existe el vínculo de la comunión personal. Este vínculo, que alcanza al «yo íntimo» del otro, no se rompe en la muerte. En el momento de la misma el dolor es provocado por esta entrada en lo desconocido con quien amo. Dolor e incertidumbre por estar en un ámbito que es extraño. Estamos en el momento de la ruptura de la semilla de eternidad que porta nuestro tiempo y nuestro amor. Ante este momento la experiencia humana es puesta a prueba. Estamos sufriendo nuestra misma finitud que reclama otra forma de existencia no limitada. Es el «ansia de eternidad» de nuestro ser que aflora en este momento. Esta reflexión nos conduce por sí mismo a una mirada más allá en busca de respuestas que nos ofrece la fe. Miraremos la Revelación en las Escrituras y la Liturgia de la Iglesia como respuesta.

Los «ritos humanos» alcanzan su plenitud de sentido también en los ritos de la Iglesia. Se vive el momento de la agonía, muchas veces con la presencia familiar, y la muerte, la preparación del difunto para la inhumación (vestirlo, ponerlo en el féretro, etc.), es llevado al tanatorio o al lugar de la casa para el velatorio, hay algún tipo de «último adiós», se lleva al cementerio para el entierro, es depositado en la sepultura. La familia y conocidos visitan a los afectados y se acercan a contemplar al difunto. Los vecinos conocen lo que sucede. Es también un fenómeno con repercusiones sociales (trabajo, entorno del difunto, etc.), el tiempo del luto. Vamos a ver cómo cada uno de estos ritos alcanzan significación última en la celebración de la Iglesia, en las exequias.

Este momento es un momento que podemos definir como frontera eclesial. Vivimos con el difunto el «espacio y tiempo» del paso-pascua del tiempo a la eternidad, de la Iglesia peregrina a la Iglesia del cielo. En nuestra misma reflexión encontramos dificultad para expresarnos ya que estamos en el ámbito de lo desconocido y sólo explicable desde la Revelación de Dios: el ámbito del misterio de Dios.

«Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo» (Sal 22) En este camino oscuro del misterio el Señor nos acompaña, al que muere y a quien llora su muerte. Precisamente por esta razón la Iglesia ofrece los ritos que llamamos exequias: son el signo de la Presencia invisible que acompaña, Cristo Resucitado. En este ámbito del misterio solo el misterio de la Muerte y Resurrección de Jesús ofrece el espacio y tiempo adecuado para vivirlo¹²⁰. Esto son las exequias.

Vamos a mostrar a continuación el sentido de estos momentos y signos rituales que la Iglesia celebra.

LA PUERTA DE LA ETERNIDAD.

Tenemos la experiencia de estar perdidos porque estamos tocando las «puertas de la eternidad», ante la cual no sabemos hablar o actuar. Lo mismo sucede a los que acompañan o visitan a quien ha sufrido la pérdida.

«Concédenos saber consolarnos con palabras de fe y esperanza hasta que también nos llegue el momento de reunirnos con el, junto a ti, en el gozo de tu Reino eterno». El único consuelo real en esta situación existencial son las palabras de fe y esperanza que nos ofrece la Iglesia. Son las únicas capaces de traspasar la puerta que nuestros sentidos no pueden. «Esta es la puerta del Señor, los vencedores entrarán por ella» (Salmo 117).

«Todo lo que podamos decir como cristianos acerca de la muerte lo debemos referir siempre a la muerte de Cristo. En ella, advertimos una dimensión personal, ya que Cristo asumió libremente la muerte; una dimensión comunitaria, puesto que El murió por nosotros, por todos los hombres; y una relación con la misma muerte, porque El triunfó totalmente sobre su poder»¹²¹.

El acompañamiento de la Iglesia es el único «autorizado» pues es quien ha cruzado con su Señor las puertas de la muerte.

LAS EXEQUIAS EN LOS MOMENTOS DE LA MUERTE.

Vamos a ver ahora cada uno de los momentos de la muerte y a estudiar su significado desde la celebración de las exequias. Hemos de resaltar que no siempre se dan todos los momentos, pero nos parece conveniente repasarlos uno a uno para reflejar su unidad interna de significado. La vivencia de estos momentos

o la relectura posterior desde la fe es acción de Dios en las personas que sufren por la persona que muere. Es ayuda para el duelo y por eso nos detenemos a explicar cada momento.

La agonía.

Es el momento previo a la muerte. La persona está en los últimos momentos de su vida. Es el final de su tiempo. La vida está a punto de llegar a su culminación, a su definitividad. Es un momento importante y cargado de gran sentido en la vida de la persona. En cierta manera lo podemos comparar con el momento del nacimiento. La expectación por una vida que es esencialmente posibilidad se convierte ahora en el cierre de todas las posibilidades como culmen de la misma. Reviste una especial importancia pues es el desenlace de la persona. Es un momento asimismo que se vive en la soledad interior de quien ha de cerrar el asunto central de su vida, la última decisión y quizá la más importante que me ha sido ofrecida: dar la vida¹²². Evidentemente este momento también puede haber sido preparado durante toda la vida ya que ésta se hace presente en el final como razón del mismo.

Es también, como decíamos, el paso a lo desconocido para la persona. El paso a otra forma de vida de la que, sin la fe, no conocemos nada.

Es un momento importante para las personas que acompañan a quien muere ya que son testigos de este momento decisivo. Y el dolor que sufren podemos decir que es por «no poder hacer nada». Experimentan el no ser dueños de la vida, el recibirla dada y no poder poseerla.

En el fondo de estas características se puede percibir un deseo de prolongación de la vida. Ciertamente no de la misma

¹²² Cf. Boros L., *Vivir de esperanza*, Verbo Divino, 1973, 29-39.

forma pues también experimentamos la necesidad de un final. En el fondo hay un deseo de continuidad-ruptura en la vida. ¿Dónde hallar explicación para estos interrogantes profundos del hombre?

Vemos como esta reflexión nos conduce ahora, como por un camino necesario, a la búsqueda de respuestas en la fe. Utilizaremos los textos de la celebración de las exequias según su Ritual así como la entrega de los moribundos a Dios en el Ritual de Pastoral de Enfermos.

La fe cristiana enseña que el momento de la agonía es el paso a la vida definitiva junto a Dios. «Que el Señor guarde tu salida de este mundo y tu entrada en su reino, en su paz y en su amor»¹²³. El tránsito que supone la muerte encuentra sentido como paso del hombre en camino dentro de la Iglesia a la «Jerusalén del cielo». En Cristo es un momento de libertad, de ofrenda, pues la muerte no tiene poder sobre nosotros ya que fue vencida por Él. El hombre no cae en la nada sino que el Buen Pastor sale a su encuentro para llevarlo en sus hombros. El final de la vida es un momento de acción de gracias a Dios que se visibiliza en devolverle a El su aliento de vida que nos dio al dárnosla. Es momento de reconocer al Espíritu de Dios como «Señor y dador de vida».

La presencia de los cristianos en este momento es importante, más allá de ser consuelo y compañía: «La presencia de la Iglesia en este momento es un signo: si el cristiano se salva formando parte del Pueblo de Dios, a la hora de alcanzar la salvación también lo hace dentro del pueblo de Dios peregrinante que lo entrega a su porción gloriosa ya en el cielo»¹²⁴. La oración de la comunidad es una entrega de la persona que va a morir a Cristo que por nosotros murió¹²⁵.

La muerte.

Es el momento final de la vida. Aparentemente es el fin. Estamos tocando la definitividad de la vida. Es el momento del misterio. Vemos que la persona ya no respira. Ha muerto. ¿Puede acabar la vida así? ¿Se convierte la persona a partir de ahora en un mero recuerdo? ¿Para esto vivimos? ¿Se ha acabado así su vida, su amor, sus promesas? Estos interrogantes y otros surgen en quien comienza ahora el duelo. Nos dirán los psicólogos que es una etapa de no aceptación de lo sucedido. Yo pienso que es un grito profundo del ser que no acepta este momento como el final y pide una prolongación de la vida. Este es el dolor verdadero que provoca las demás reacciones. «Desde lo hondo a ti grito Señor, Señor escucha mi voz».

Continuamos en nuestra dinámica de ofrecer ahora las respuestas en forma de plegaria de la Iglesia, «testigo del destino feliz que sobrepasa las fronteras de la muerte»¹²⁶, en este momento decisivo como respuesta y apoyo de sentido al duelo:

«La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo»¹²⁷. Esta es una de las certezas de la fe. Creo en la vida eterna como transformación de la persona. Creemos que ahora la persona, la misma persona, es transformada y se ensanchan las dimensiones de su existencia al estar con Dios. Podemos decir que adquiere la plenitud en la consumación de su vida en Dios¹²⁸.

«Pidamos al Señor que le conceda gozar del cielo nuevo y de la tierra nueva que El ha dispuesto para sus elegidos»¹²⁹. Comienza ahora la súplica confiada de la Iglesia a Dios. Es el lenguaje de la intercesión del que hablábamos más arriba. Recordamos el sentido de comunión de este lenguaje para no

¹²⁶ RE 1321.

¹²⁷ *Prefacio de III difuntos.*

¹²⁸ Cf. Boros L., op. Cit 41-51; Rahner K., "Muerte", en *Sacramentum Mundi III*; Rahner K., *Sentido Teológico de la muerte.*

¹²⁹ RE 68.

pensar en esta súplica como meras fórmulas de consuelo de quien sufre. Ahora comienzan para quien ha muerto una serie de relaciones nuevas que en este mundo sólo tuvo en la fe: relación con un nuevo «lugar», el cielo y tierra nuevos; relación con los santos que están ya en Dios: «Venid en su ayuda santos de Dios, salid a su encuentro ángeles del Señor»¹³⁰; una nueva forma de vida que llamamos «el descanso eterno»¹³¹.

En esta «frontera» de la Iglesia pedimos a Dios que nos fortalezca: «contempla Señor nuestra tristeza, fortalece nuestra fe en este momento de prueba»¹³².

Hay un signo que se contempla en la celebración que me parece interesante resaltar. Se ofrece la posibilidad de que, después que la persona haya expirado, todos se pongan de rodillas y se recite una oración¹³³. La Iglesia ora de rodillas en momentos en que se necesita una especial asistencia de Dios que con su Espíritu transforma a la persona o la realidad (Eucaristía, Letanía de los santos, Absolución de los pecados) y en los momentos de Adoración Eucarística. Es sugerente que se pida este signo en el momento de la muerte. Pedimos la asistencia del cielo ante el momento que sobrepasa nuestras posibilidades y la transformación de la persona en el encuentro con Cristo que va a vivir ahora. ¿No es además, asistencia y transformación para la persona que ahora comienza el duelo? Los gestos de la Iglesia nos ayudan a comprender más en profundidad lo que estamos viviendo y disponen el corazón para la acción de Dios que nos transforma. ¿No es la muerte un momento sacramental del Bautismo ya que se experimenta plenamente la Muerte de Cristo que aquel día fue místicamente y de una forma incoada? Pienso que algo de esta perspectiva posee el momento de la muerte y la Iglesia, comprendiéndolo así, nos pide que nos arrodillemos ante este misterio.

La muerte es el encuentro decisivo con el Señor¹³⁴. Veremos a Dios cara a cara en Cristo. Experimentaremos el fuego de su amor¹³⁵. Esta es, en definitiva, la experiencia cristiana de la muerte y la Buena Noticia que consuela a quienes experimentan la muerte del ser querido. En la muerte se ha encontrado con el Señor, con su justicia y con su gracia, con el juez y el abogado¹³⁶.

La casa.

La realidad de la casa forma parte de nuestra cotidianidad. Pero queremos verla como enraizada en el ser de la persona como deseo de eternidad. En este sentido la casa se convierte en signo de un deseo de permanencia en medio este mundo que pasa. La casa es un signo pascual en cuanto que forma parte de la peregrinación del hombre en este mundo y su condición de caminante en el desierto del tiempo hacia el mundo que no pasa y que permanece para siempre.

La costumbre que se conserva en algunos lugares de orar por el difunto y acompañar a la familia que sufre la muerte en su casa responde a este carácter de signo que encierra ésta.

Quien ha muerto está las últimas horas en esta casa en la que se han desarrollado una serie de relaciones en la comunión.

¹³⁴ Cf. SpS 47.

¹³⁵ Ibídem; Benedicto XVI, hablando del Juicio de Dios, dice: «*algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, a la vez que salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador(...) Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos*». Esta es la perspectiva de Ladislaus Boros, hablando del Juicio y el purgatorio (que el autor identifica con el momento de nuestra muerte, momento de la definitiva decisión a favor de Cristo), en el libro citado *Vivir de esperanza: «El purgatorio es el encuentro con Cristo, la penetración en la llama de sus amantes ojos, nuestra definitiva depuración. Cristo, lleno de amor y de Gracia, mira al hombre (...) Su mirada está incandescente y llega a lo más íntimo, oculto y esencial del ser humano (...) Sería el paso a través del fuego del amor de Cristo»*. 37-39. Cf. Durrwell F-X, *El más allá. Miradas Cristianas*, Ed. Sígueme, Verdad e Imagen, Salamanca 1997, 60-65. Este autor cita a Santa Catalina de Génova con esta visión del purgatorio: «*No creo que se pueda encontrar alegría comparable a la de un alma en el purgatorio exceptuando la de los santos que ya están en el paraíso. Cada día se acrecienta esta alegría por la acción de Dios en estas almas, acción que va creciendo, conforme se va consumiendo lo que impide esta acción divina. Este impedimento es la herrumbre del pecado. El fuego consume progresivamente esta herrumbre, y así el alma se expone cada vez más a la acción de Dios...Esta herrumbre es consumida por el fuego. Cuanto más se consume, más se expone el alma al verdadero sol*». Cf. También el libro del entonces cardenal Ratzinger J., *La Eucaristía centro de la vida*, Edicep, Valencia, 2005, 162-164.

¹³⁶ Cf. SpS 47; Cf. Durrwell F-X., *El más allá. Miradas Cristianas*, Ed. Sígueme, Verdad e Imagen, Salamanca 1997, 57-60.

Ha formado un hogar. Este lugar que expresaba esta ansia de comunión y eternidad le ha acompañado a lo largo de su vida y ahora trasciende su propio significado desde su relación con quien muere. Ahora expresa con total transparencia el ser lugar de paso.

Al mismo tiempo, es signo del deseo de una casa permanente en un mundo permanente. Un mundo que no varíe con los vientos de la mentira o los muros del odio. Es deseo de poder asomarse desde las ventanas de una casa y poder contemplar un cielo nuevo y tierra nueva donde habite la justicia.

En este sentido la casa está llamada a ser lugar de eternidad por la validez permanente de lo que allí se vive y enseña. Es visibilización de nuestro destino eterno ya aquí y ahora. Así podemos comprender la casa como llamada a ser lugar de esperanza en nuestro mundo actual y en todos los tiempos.

Desde esta perspectiva de símbolo de eternidad y ahora con la presencia de la muerte de uno de los habitaban aquí, también descubrimos su profunda realidad sacramental. Es la casa que remite a la casa de Dios. A su morada en la cuál hay sitio preparado para mí y donde Alguien me está esperando. Donde muchos me esperan.

Esta visión es importante no sólo para recuperar el sentido de la presencia del difunto en las paredes que él construyó como hogar, sino para alentar la esperanza de quien vive el duelo. Percibir esta profunda significación en toda su carga existencial es ya acción de Dios en el duelo.

Recordemos que la casa seguirá siendo este lugar para los que quedan en ella. Por tanto será nuevamente espacio de comunión pascual con la vida de Dios, con la casa de quien murió pero vivirá para siempre.

En este aspecto quiero señalar la importancia de redescubrir la comunidad parroquial como «casa»¹³⁷. Su mismo nombre indica que este carácter del peregrinar de todo hombre¹³⁸ y es sugerente para reflexionar acerca del acompañamiento de la parroquia en la travesía del duelo. En las últimas sugerencias presentaremos este tema como tal.

El tanatorio.

Muchas veces el lugar para orar por el difunto y para acompañar a la familia no es la propia casa sino el «lugar extraño» del tanatorio. Evidentemente se ofrece por comodidad para la familia del difunto.

Es un lugar desligado de referencias a la vida del difunto. Por esta razón la presencia de los cristianos es importante como presencia eclesial significativa. Visitan los familiares, allegados y no puede faltar la presencia de los cristianos «vecinos» del difunto y de quien está comenzando el camino del duelo.

La visita y oración de los cristianos responde a una familiaridad más profunda que las demás. Además expresa los lazos hondos con el que ha muerto. Es la Iglesia una para quien no es ajeno aquel que ha pasado a la casa del Padre común. Su «estar» en ese momento responde a su «ser», es misión que brota del misterio de la comunión existencial de todos los hombres en Jesús Resucitado. Esta presencia es la no reconocida de los discípulos de Emaús. Es la presencia del Amigo resucitado que camina por estos caminos irreconocibles aún por quien está comenzando el duelo, el camino de Emaús de la acción de Dios.

Su presencia es, a la vez, llamada y ofrecimiento de acompañamiento en este «camino de Emaús». Es puente entre la casa que es la parroquia y el dolor. Es una red interna, es la comunión que se convierte en evangelización.

¹³⁷ Es interesante a este respecto la reflexión y sugerencias que encontramos en: García Ferrer A. J., *La casa de la Palabra, Revitalizar las parroquias con la Palabra de Dios*, Materiales de apoyo, «Un mismo corazón» La parroquia: familia, casa, mesa, calle, Programación Diocesana 2008-09, Diócesis de Orihuela-Alicante.

¹³⁸ Cf. Bianchi E.-Corti R., *La parroquia*, Sígueme, Salamanca, 2005, 15-16.

El reconocimiento de los cristianos como importantes y significativos en el comienzo del duelo en este lugar «extraño» del tanatorio, este gesto silencioso y tan humano de «dejarse acompañar» por ellos es ya acción de Dios. Es comienzo de la gracia.

«Pero aunque la salvación consista en reconocerle, lo primero y lo último, lo que ni siquiera puede dar un ojo penetrante, sigue siendo que Él, el Señor, está ahí y hace el mismo camino, que El mismo nos acompaña en el camino que huye de Él. Esto solamente lo da Él. Por el camino va ciertamente junto a muchos, que no se dan cuenta»¹³⁹.

La eucaristía en las exequias: anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!

La celebración de la Eucaristía encierra muchas connotaciones de las que se pueden hablar en esta reflexión: oración por los difuntos, comunión entre vivos y muertos, enseñanza para los vivos¹⁴⁰. Me voy a centrar en un aspecto que me parece importante en la línea de todo lo expuesto hasta el momento. De hecho es lo que da sentido a todo lo escrito hasta ahora. Lo explico brevemente destacando el aspecto de transformación de la realidad que se produce en la celebración de la Misa. Transformación que alcanza la vida de quien ha muerto y la del caminante del duelo.

En la Eucaristía celebramos la mayor transformación que se ha dado en nuestra historia. La victoria del amor sobre la muerte en la Resurrección de Jesucristo. Esta transformación alcanza a toda la realidad, a todas las personas. Nosotros podemos participar de este dinamismo de transformación¹⁴¹. Desde aquí hablamos de la Eucaristía como núcleo de la travesía del duelo.

«Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que a su vez nosotros mismos seamos transformados»¹⁴².

Por esta razón nos quedaríamos en la periferia de la celebración Eucarística en las exequias al comienzo del duelo si sólo viéramos en ella un momento terapéutico. Realmente es la transformación ya obrada en el mundo y en mí como parte de él. Ésta me alcanza y se hace visible en la Misa.

«Ésta es, por usar una imagen muy conocida para nosotros, la fisión nuclear llevada en lo más íntimo del ser; la victoria del amor sobre el odio, la victoria del amor sobre la muerte. Solamente esta íntima explosión del bien que vence al mal puede suscitar después la cadena de transformaciones que poco a poco cambiarán el mundo. Todos los demás cambios son superficiales y no salvan»¹⁴³.

Esta transformación, que escapa en primer lugar a nuestros sentidos, también tiene una fuerza de atracción. La presencia de los cristianos en el momento de la muerte, en el tanatorio, etc., visibiliza esta atracción y son cauce para la llamada del Señor a sentarse a su mesa y experimentar dicha transformación.

Retomando el tema de la comunión, que ya hemos aludido anteriormente, podemos ver el alcance de la comunión transformadora que da sentido a las oraciones de la Eucaristía exequial. En el sentido al que aludimos de la comunión entre vivos y difuntos en el Señor Resucitado entendemos que alcanza plenitud en la Misa. Precisamente podemos pedir por ellos, por la transformación de sus posibles pecados por la misericordia de

¹⁴² Ibid.

¹⁴³ Ibid.

Dios: «Tú nos has dado la certeza de que en los fieles difuntos se realizará el misterio de tu Hijo muerto y resucitado, por la fe que profesamos, concede a nuestro hermano, que acaba de participar de la muerte de Cristo, resucitar también con él en la luz de la vida eterna»¹⁴⁴.

Comprendemos que ellos no escapan a la realidad porque no han caído en la nada, sino que siguen formando parte de la realidad que espera su transformación definitiva al final de los tiempos y, precisamente por esto, son tocados por la fuerza de la Resurrección del Testigo Fiel, Jesucristo.

Este fuego de la acción transformante del Señor sigue ardiendo siempre en la Eucaristía y por eso ésta es el lugar central de la vivencia del duelo.

«¡Tomad y comed: éste es mi cuerpo entregado!». «Entrad en comunión conmigo, donde yo estoy : en el corazón del mundo, en la confluencia de todos los tiempos. Llegad a ser un mismo cuerpo conmigo en mi muerte glorificadora, allí donde yo encuentro al hombre en su muerte. La mano que parece que se os ha escapado, ¡cogedla! Y conmigo, ¡ayudad a vuestro hermano, a vuestra hermana, a pasar la muerte!»¹⁴⁵.

El cementerio.

Señalaremos ahora algunos aspectos de este lugar donde es depositado el cadáver del difunto. El entierro en el cementerio es ya, en sí mismo, un gesto de veneración del cuerpo como Templo del Espíritu. Gesto que durante todos los momentos está presente: velatorio, colocación en el féretro, celebración exequial con en presencia del cuerpo del difunto, etc.

Pero me quiero fijar en el gesto de «llevar» el cuerpo al cementerio. Es el último momento de presencia visible del mismo. En algunos lugares que el cementerio está próximo a la ciudad es acompañado a través de las calles por la gente que ha asistido a la celebración exequial. Es un momento de sumo respeto y normalmente de silencio.

Este gesto reviste un carácter de signo para la Iglesia. Es importante descubrirlo para la vivencia del duelo. De hecho es un momento decisivo. A partir de ahora la persona en duelo continuará este camino sola. Pero depende de si vemos en la muerte un camino sin salida o si vemos un camino que se prolonga, cómo será el posterior trayecto del duelo.

Efectivamente, en la fe experimentamos este camino hacia el cementerio como un paso más en la peregrinación hacia la morada de Dios. Así, es verdadera procesión sagrada. Caminamos todos a dejar el cuerpo de nuestro hermano pero seguimos caminando al encuentro del Señor y, en Él, de nuestro hermano que ha muerto en la futura resurrección. «Hasta que nos llegue el momento de volver a reunirnos con él, junto a Ti en el gozo de tu Reino eterno».

Esta sacralización, razón interna de este camino al cementerio, la Iglesia lo tiene presente y lo anuncia para que así la persona en duelo, por el poder de Dios, descubra esta dimensión de procesión, signo del peregrinar del cristiano junto a la humanidad para estar para siempre con el Señor. Es un camino que Dios transforma. Camino pascual.



CONCLUSIONES:

Hemos llegado al final de nuestro camino. Ahora callaré. Espero que mi compañía haya sido grata. Pero he de contarte algo importante. Si algo ha quedado de este recorrido dentro de ti, si algo te ha llamado la atención de forma especial o te ha ayudado a vivir el dolor, no me des las gracias a mí. Hay que dárselas a quien realmente te ha hablado y acompañado en esta travesía: Jesús, el Señor con su Espíritu.

Éste es el secreto de estas páginas. Abrir el corazón era la intención primordial. Ahora queda continuar el Evangelio. Dile al Señor que se quede contigo. Pídele que no siga adelante sin ti. Que te lleve con Él adonde quiera ir. No le dejes pasar.

Me despido ya. Hay muchas personas que vivirán tu misma experiencia del dolor. Tú serás el mejor apoyo. Tú eres el mejor libro. Acércate y camina al lado de quien vive el tiempo del duelo. Háblale de esperanza, de nuevas posibilidades. Háblale de Dios y de lo que ha hecho en ti.

Ahora guardaré silencio. Ahora queda tu palabra. Ahora quedas tú.

Cuando la muerte sea vencida
y estemos libres en el reino,
cuando la nueva tierra nazca
en la gloria del nuevo cielo,
cuando tengamos la alegría
con un seguro entendimiento
y el aire sea como una luz
para las almas y los cuerpos,
entonces, sólo entonces, estaremos contentos.

Cuando veamos cara a cara
lo que hemos visto en un espejo
y sepamos que la bondad
y la belleza están de acuerdo,
cuando, al mirar lo que quisimos,
lo veamos claro y perfecto
y sepamos que ha de durar,
sin pasión, sin aburrimiento,
entonces, sólo entonces, estaremos contentos.

Cuando vivamos en la plena satisfacción
de los deseos,
cuando el Rey nos ame y nos mire,
para que nosotros le amemos,
y podamos hablar con él
sin palabras, cuando gocemos
de la compañía feliz de los que aquí tuvimos lejos,
entonces, sólo entonces, estaremos contentos.
Cuando un suspiro de alegría
nos llene, sin cesar, el pecho,
entonces —siempre, siempre—, entonces
seremos bien lo que seremos.

Liturgia de las horas. Himno de II Vísperas, domingo IV.

ORACIONES PARA EL TIEMPO DE DUELO.

Nada te turbe,
Nada de espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda;
La paciencia todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene nada le falta;
Sólo Dios basta.

Liturgia de las Horas. Himno Hora Intermedia, lunes I.

ORACIONES EN EL DUELO.

Ofrecemos ahora una serie de oraciones y celebraciones que podemos utilizar para distintos momentos en la vivencia del duelo, sobre todo en los primeros momentos de la muerte de la persona querida.

El sacerdote o las personas del grupo de pastoral del duelo, al hacerse presente en la casa o el tanatorio, pueden sugerir a los familiares la posibilidad de orar unos momentos por quien ha muerto. Este gesto fortalece a la familia y expresa el signo de la Iglesia que acompaña y anuncia el Evangelio a todos, sobre todo los que más sufren.

Hemos de superar el miedo al rechazo ya que, en estos momentos, nuestra cercanía puede suponer un cambio importante en la vida de las personas en duelo. Por supuesto, siempre actuaremos sin forzar nada, sugiriendo, proponiendo.

«Pablo decía a sus fieles de Tesalónica, en un trance parecido al que ahora estamos viviendo: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza». El Apóstol no prohíbe a los cristianos la tristeza; pero les advierte que la suya no tiene por qué ser una tristeza desesperada. A la separación sucederá el reencuentro, en un plazo más o menos próximo, pero en todo caso seguro y ya a salvo de toda limitación. El cristiano, como Cristo, no muere para quedar muerto, sino para resucitar; no entrega la vida a fondo perdido; la devuelve a su Creador y en él alcanza esa plenitud de ser y de sentido que es la vida verdadera y que llamamos vida eterna. Porque, notémoslo bien, no hay dos vidas, ésta y la otra; lo que se suele designar como «la otra vida» no es, sino ésta plenificada, la que había comenzado con el Bautismo y la fe y que ahora se consuma en la comunión inmediata con el ser mismo de Dios.

La separación que la muerte representa no significa que el difunto quede fuera del alcance de nuestro amor. Nuestro amor le llega, en la medida en que lo necesite, en forma de oración. Y es toda la Iglesia la que ahora se une a nosotros avalando, con su intercesión, a este hijo suyo (esta hija suya) en el momento crítico de su comparecencia ante Dios. No comparece solo, la Iglesia entera está con él (ella) y evoca para él (ella) las palabras consoladoras del Evangelio: «Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; pasa al banquete de tu Señor» (Mt 25, 21).¹⁴⁸

CELEBRACION EN EL MOMENTO DEL VELATORIO

1. INTRODUCCIÓN A LA ORACIÓN

Nos hemos reunido para orar por nuestro hermano (hermana) que acaba de morir. En el dolor y la desesperación acudimos a Dios que escucha nuestro llanto y acoge la oración de sus hijos que sufren.

Oramos en la casa que fue su hogar, el lugar del amor en familia. Esta casa es símbolo de la casa a la que caminamos en esta vida: la casa de Dios donde todos tenemos sitio. El cielo es el hogar de la familia del Señor, de los hijos de Dios. Sabemos que allí el (ella) se sentirá en familia y ahora, delante de Dios, experimenta su gran amor y perdón.

Que este momento nos consuele y experimentemos la cercanía del Señor Resucitado, el Buen Pastor que aliviará nuestro dolor.

¹⁴⁸ El misterio de la muerte, Homilias exequiales, RE, 1469-1470.

2. PALABRA DE DIOS

Lectura de la primera carta del Apóstol San Juan 3, 1-2

Queridos hermanos:

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a Él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es.

Palabra de Dios.

3. REFLEXION

Dios nos ama como hijos suyos. Este amor nada lo puede romper, ni la muerte. Esta es la fuerza que nos mueve a los cristianos para vivir nuestra vida con esperanza. Sabemos que Dios mismo vela por nosotros y nos protege.

Pero en esta vida aún parece que tenga poder la muerte. Nos separa de los nuestros pero no rompe la familiaridad con Dios y entre nosotros. Ahora lo intentamos manifestar con nuestras obras pero un día lo podremos vivir perfectamente tras la muerte.

Sabemos por nuestra fe que nuestro hermano (nuestra hermana) está viendo a Dios y está siendo mirada por Él con una mirada capaz de perdonar todo lo que necesite de ese amor de Dios y de acercarla a Él para siempre.

Confiamos en que un día volveremos a reunirnos con él (ella).

4. PADRENUESTRO

Ahora oramos juntos con las palabras que Jesús, el Señor, nos ha enseñado.

5. DESPEDIDA

Todos respondemos: En ti confiamos, Señor

Un lector:

- Señor Jesús, creemos en ti.
- En ti confiamos, Señor
- Señor Jesús, proclamamos tu Resurrección.
- En ti confiamos, Señor
- Señor Jesús, tú eres el camino, la verdad, y la vida.
- En ti confiamos, Señor

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

Si conocemos algún canto podemos entonarlo después de la despedida. Al final incluimos un apéndice con cantos apropiados para este momento.

PETICIONES PARA ORAR POR QUIEN HA MUERTO

Un lector: En estos momentos vamos a orar por nuestro hermano (hermana) que ha muerto. Presentamos a Dios estas oraciones y todas las peticiones que llevamos en nuestro corazón.

- Para que el Señor acoja a nuestro hermano N. que acaba de morir en la paz de Cristo. Roguemos al Señor.
- Para que el Señor fortalezca a esta familia que llora la muerte de quien aman. Roguemos al Señor.
- Para que este acontecimiento nos acerque más al Dios de la esperanza que nos espera en su casa al final de la vida. Roguemos al Señor.
- Para que no vivamos como incrédulos en nuestro mundo, sino que anunciemos con nuestra vida las realidades que no pasan nunca. Roguemos al Señor.
- Para que hagamos presente aquí y ahora el cielo que esperamos amándonos unos a otros como Jesús nos ha enseñado. Roguemos al Señor.

MEDITAMOS CON LA PALABRA DE DIOS

Un familiar:

Queridos amigos y hermanos que compartís con nosotros este momento de dolor: Hoy hemos vivido la muerte de quien amamos. Es para toda la familia un acontecimiento que marcará nuestra vida. Pero no queremos vivir como personas sin esperanza. Por eso os invitamos a que oréis con nosotros por esta persona tan querida para todos. Mediante la escucha de su Palabra dirijamos nuestro pensamiento y afecto a Jesús Resucitado.

Un lector va leyendo estos textos dejando unos espacios de silencio para meditar la Palabra de Dios:

Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has revelado los secretos del reino a la gente sencilla.

Momento de silencio

Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo.

Momento de silencio

Yo soy la resurrección y la vida, -dice el Señor-; el que cree en mí no morirá para siempre.

Momento de silencio

Si morimos con Cristo, viviremos con Él. Si perse-veramos, reinaremos con Él.

Momento de silencio

Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan.

LECTURAS DEL EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 11, 25-30

Un lector:

En aquel tiempo, exclamó Jesús:

«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

Palabra del Señor

MEDITAMOS LA PALABRA DEL SEÑOR

Lector:

Estamos viviendo el acontecimiento de la muerte de una persona que queremos. Es momento de intenso dolor y de sufrimiento.

Nuestras lágrimas explican mejor que las palabras el amor. Cuando el corazón se rompe se derraman estas lágrimas de dolor.

En este momento de oración, escuchamos al Señor que no nos abandona. Hoy está cerca de nosotros y acabamos de escuchar su voz que nos invita a acercarnos a Él con todo lo que estamos viviendo. El Señor no nos pide que no lloremos, que no nos desmoronemos. El simplemente nos pide que acudamos

a él con nuestro cansancio y la fatiga del corazón que se ha roto por la muerte de la persona amada.

Si experimentamos el agobio, el sinsentido, la angustia por la muerte que ha pasado cerca de nosotros, es momento de acudir al Señor, de ir a Él que nos espera para consolarnos.

Jesús ha vivido también la muerte y nos promete que no es el acontecimiento definitivo de la vida. El Señor ha vencido a la muerte resucitando y nos ha prometido que nosotros viviremos lo mismo. Esta es nuestra esperanza y nuestro consuelo.

Le pedimos a Dios que nos acompañe en este momento y que despierte en nosotros este sentido de la fe que nos abre a la esperanza. Amén.

Podemos invitar a la familia a rezar ahora juntos la oración que Jesús nos ha enseñado, el Padrenuestro.

ORAMOS CON LA PALABRA DEL SEÑOR

Un lector:

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 7, 11-17

En aquel tiempo, iba Jesús de camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío.

Cuando se acercaba a la entrada de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad le acompañaba.

Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo:

«No llores».

Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo:

« ¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!».

El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre.

Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios, diciendo:

«Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo».

La noticia del hecho se divulgó a toda la comarca y por Judea entera.

Palabra del Señor.

Lector (leyendo claro y despacio para dar tiempo a la meditación):

REFLEXIONAMOS

Sin Jesús...soy alguien más entre la masa de la gente y mi sufrimiento no importa.

Con Jesús...mi problema es importante, no es algo más que ha sucedido.

Sin Jesús...voy caminando al exterior de mi vida por senderos de muerte...

Con Jesús...mi camino se cruza con el suyo y se llena de vida.

Sin Jesús...hay impotencia, deseos de ayudar pero sin alcanzar la totalidad del dolor.

Con Jesús...su mano llega al centro de mi corazón herido y escucho su palabra que cambia los acontecimientos.

Sin Jesús...la muerte se lleva a quien amo.

Con Jesús...veo que la muerte se detiene ante el Señor de la vida, el único que tiene poder para hacerlo.

Sin Jesús...la muerte es una realidad que asusta, que no queremos tocar ni que nos toque.

Con Jesús...de su mano tocamos la muerte porque sabemos que desemboca en la resurrección.

Sin Jesús...hay postración, silencio, soledad.

Con Jesús...quien muere es levantado por Dios y se le devuelve la palabra, signo de la vida.

Sin Jesús...me arrebatan a quien amo para no verlo nunca más.

Con Jesús...quien amo no muere para siempre y se que está con Jesús.

Cantoral para las oraciones

1. Yo le resucitaré.

Yo soy el Pan de vida.
El que viene a mi no tendrá hambre.
El que cree en mi no tendrá sed.
Nadie viene a mi si mi Padre no le atrae.

YO LE RESUCITARÉ.
YO LE RESUCITARÉ.
YO LE RESUCITARÉ EN EL DÍA FINAL.

2. Desde lo hondo.

Desde lo hondo a ti grito Señor.
Señor escucha mi voz.
Estén tus oídos atentos.
A la voz de mi suplica.

MI ALMA ESPERA EN EL SEÑOR.
MI ALMA ESPERA EN SU PALABRA.
MI ALMA AGUARDA AL SEÑOR.
PORQUE EN ÉL ESTÁ LA SALVACIÓN.

3. Tu nos dijiste que la muerte.

Tu nos dijiste que la muerte.
No es el final del camino.
Que aunque morimos no somos.
Carne de un ciego destino.

Tu nos hiciste tuyos somos.
Nuestro destino es vivir.
Siendo felices contigo.
Sin padecer ni morir.

4. Resucitó.

Resucitó
Resucitó
Resucitó
Aleluya.

La muerte.
¿Dónde está la muerte?
¿Dónde está mi muerte?
¿Dónde su victoria?

5. Acuérdate de Jesucristo.

Acuérdate de Jesucristo.
Resucitado de entre los muertos.
Él es nuestra salvación.
Nuestra gloria.
Para siempre.

6. Venid en su ayuda santos de Dios.

Venid en su ayuda santos de Dios.
Salid a su encuentro ángeles del Señor.
Recibid su alma y presentadla ante el Altísimo.

7. Hacia ti morada santa.

Hacia ti, morada santa.
Hacia ti, tierra de salvación.
Peregrinos, caminantes.
Vamos hacia ti.

8. Alma mía recobra tu calma.

Alma mía, recobra tu calma.
Que el Señor fue bueno contigo.
Alma mía, recobra tu calma.
Que el Señor escucha tu voz.

9. El Señor es mi pastor.

El Señor es mi pastor.

Nada me falta.

El Señor es mi pastor.

10. Al atardecer de la vida.

Al atardecer de la vida.

Me examinarán del amor.

Al atardecer de la vida.

Me examinarán del amor.

Si ofrecí mi pan al hambriento.

Si al sediento di de beber.

Si mis manos fueron sus manos.

Si en mi hogar le quise acoger.

¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?

Meditación cristiana en el duelo

La fe cristiana nos ofrece respuestas totales y coherentes que, además, transforman nuestra vida en el tiempo del duelo. Estas respuestas, junto a la acción de Dios que nos transforma, es la vivencia cristiana del duelo. Es apertura a la fe. He aquí la idea nuclear de este libro que presentamos. El tiempo del duelo es un momento lleno de posibilidades para la fe y la transformación de la persona. Esto es lo que llamamos el duelo como travesía pascual.

Para la elaboración de esta guía, hemos aunado esfuerzos entre el Obispado de Orihuela-Alicante y Grupo ASV Servicios Funerarios, con el fin de acompañar a los católicos en esos momentos de duelo y de fe.

